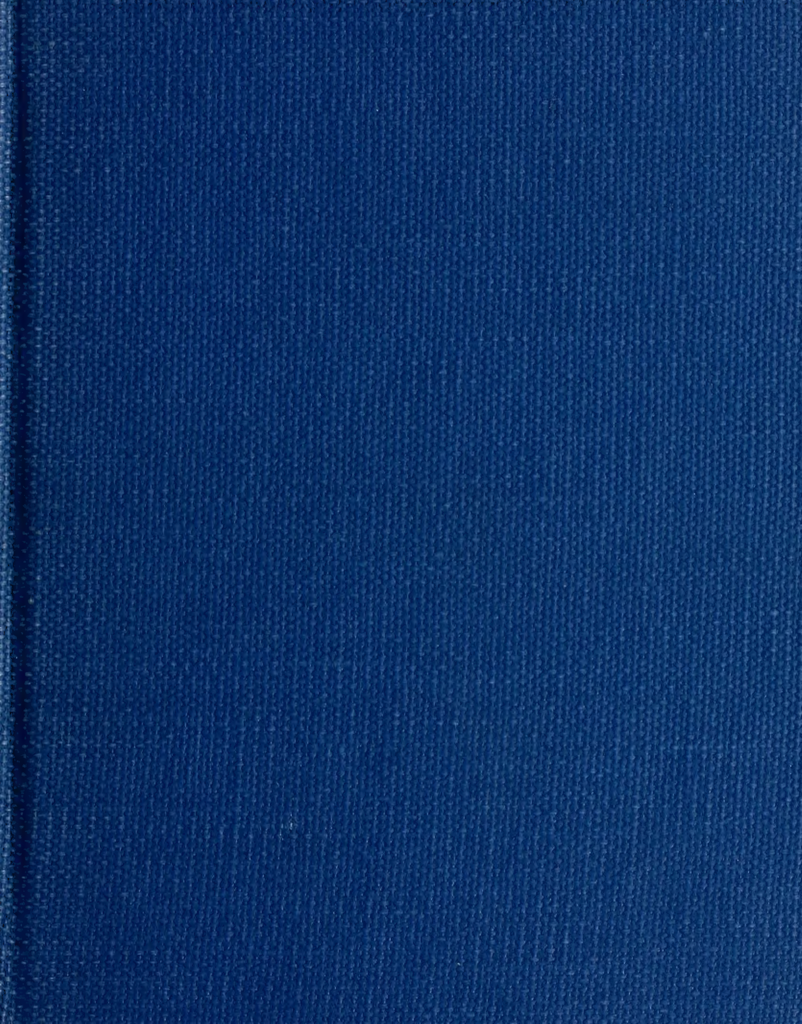
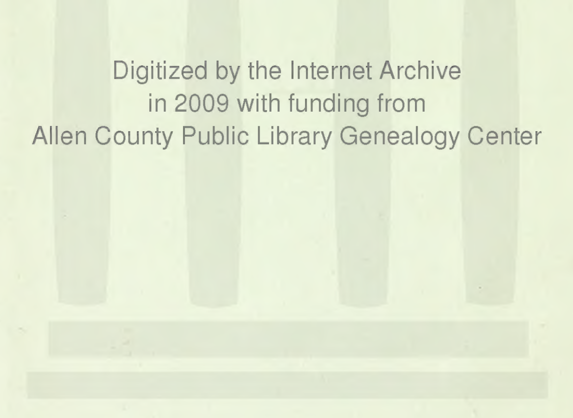






HISTORIA

DE LA FLORIDA

POR EL INCA

GARCILASO DE LA VEGA.

NUEVA EDICION.

V. 1

TOMO I.

MADRID.

IMPRENTA DE VILLALPANDO.

1803.

PROEMIO DEL AUTOR.

Conversando mucho tiempo, y en diversos lugares con un caballero grande amigo mio que se halló en esta jornada, y oyéndole muchas y muy grandes hazañas que en ella hicieron, asi Españoles como Indios, me pareció cosa indigna y de mucha lástima, que obras tan heroicas que en el mundo han pasado quedasen en perpetuo olvido : por lo qual, viéndome obligado de ambas naciones, porque soy hijo de un Español y de una India, importuné muchas veces á aquel

caballero escribiesemos esta historia, sirviéndole yo de escribiente ; y aunque de ambas partes se deseaba el efecto , lo estorvaban los tiempos y las ocasiones que se ofrecieron, ya de guerra, por acudir yo á ella , ya de largas ausencias que entre nosotros hubo , en que se gastaron mas de veinte años. Empero creciéndome con el tiempo el deseo, y por otra parte el temor que si alguno delos dos faltaba perecia nuestro intento, porque muerto yo no habia él de tener quien le incitase y sirviese de escribiente , y faltándome él no sabia yo de quien podria haber la relacion que él podia darme , determiné atajar los estorvos y dilaciones que habia , con dexar el asiento y comodidad que tenia en un pueblo

caballero escribiessemos esta historia, sirviendole yo de secretario; y aunque de ambas partes se deseaba el efecto, lo estorvaban los tiempos y las ocasiones que se ofrecieron, ya de guerra, por acudir yo á ella, ya de largas ausencias que entre nosotros hubo, en que se gastaron mas de veinte años. Empero creciendome con el tiempo el deseo, y por otra parte el temor que si alguno de los dos faltaba perecia nuestro intento, porque muerto yo no habia él de tener quien le incitase y sirviese de escribiente, y faltandome él no sabia yo de quien podria haber la relacion que él podia darme, determiné atajar los estorvos y dilaciones que habia, con dexar el asiento y comodidad que tenia en un pueblo

donde yo vivia, y pasarme al suyo, donde atendimos con cuidado y diligencia á escribir todo lo que en esta jornada sucedió desde el principio de ella hasta su fin, para honra y fama de la nacion Española, que tan grandes cosas ha hecho en el Nuevo Mundo, y no menos de los Indios que en la historia se mostraren, y parecieren dignos del mismo honor.

En la qual historia, sin las hazañas y trabajos qus en particular y en comun los Christianos pasaron é hicieron, y sin las cosas notables que entre los Indios se hallaron, se hace relacion de las muchas y muy grandes provincias que el Gobernador y Adelantado Hernando de Soto, y otros muchos caballeros



Estremeños, Portugueses, Andaluces, Castellanos y de todas las demas provincias de España, descubrieron en el gran reyno de la Florida: para que de hoy mas (borrado el mal nombre que aquella tierra tiene de estéril y cenegosa, lo qual es á la costa de la mar) se esfuerce España á la ganar y poblar, aunque sin lo principal, que es el aumento de nuestra santa fé católica, no sea mas de para hacer colonias donde envie á habitar sus hijos, como hacian los antiguos Romanos quando no cabian en su patria, porque es tierra fértil y abundante de todo lo necesario para la vida humana, y se puede fertilizar mucho mas de lo que al presente lo es de suyo, con las semillas y ganados que de España y otras



partes se le pueden llevar, á que está muy dispuesta, como en el discurso de la historia se verá.

El mayor cuidado que se hubo fue escribir las cosas que en ella se cuentan como son, y pasaron; porque siendo mi principal intencion que aquella tierra se gane, para lo que se ha dicho, procuré desentrañar al que me daba la relacion de todo lo que vió, el qual era hombre noble, hijodalgo, y como tal se preciaba tratar verdad en toda cosa, y el Consejo Real de las Indias, por hombre fidedigno le llamaba muchas veces, como yo lo lo ví, para certificarse de él, asi de las cosas que en esta jornada pasaron, como de otras en que él se habia hallado.

Fue muy buen soldado, y

mucha veces fue caudillo, y se halló en todos los sucesos de este descubrimiento, y asi pudo dar la relacion de esta historia tan cumplida como vá; y si alguno digere lo que se suele decir, queriendo motejar de cobardes ó mentirosos á los que dan buena cuenta de los particulares hechos que pasaron en las batallas en que se hallaron: que si pelearon ¿cómo vieron todo lo que en la batalla pasó? y si lo vieron ¿cómo pelearon? porque dos oficios juntos como mirar y pelear no se pueden hacer bien? se responde: que era comun costumbre entre estos soldados, como lo es en todas las guerras del mundo, volver á referir delante del General y de los demas Capitanes los trances mas notables que en las

batallas habian pasado: y muchas veces, quando lo que contaba algun capitan ó soldado era muy hazañoso y dificil de creer, lo iban á ver los que lo habian oido, por certificarse del hecho por vista de ojos: de esta manera pudo haber noticia de todo lo que me relató para que yo lo escribiese: y no le ayudaban poco para volver á la memoria los sucesos pasados, las muchas preguntas y repreguntas que yo sobre ellos, y sobre las particularidades y calidades de aquella tierra le hacia.

Sin la autoridad de mi autor tengo la contestacion de otros dos soldados testigos de vista que se hallaron en la misma jornada, el uno se dice Alonso de Carmona, natural de la villa de Priego, el

qual, habiendo peregrinado por la Florida los seis años de este descubrimiento, y despues otros muchos en el Perú, y habiéndose vuelto á su pátria, por el gusto que recibia con la recordacion de sus trabajos pasados, escribió estas dos peregrinaciones suyas, y así las llamó; y sin saber que yo escribia esta historia, me las envió ambas para que las viese, con las quales holgué mucho, porque la relacion de la Florida, aunque muy breve, y sin orden de tiempo ni de los hechos, y sin nombrar provincias, sino muy pocas, cuenta, saltando de unas partes á otras, los hechos mas notables de nuestra historia.

El otro soldado se dice Juan Coles, natural de la villa de Zafra, el qual escribió otra desor-

denada y breve relacion de este mismo descubrimiento, y cuenta las cosas mas hazañosas que en él pasaron. Escribiólas á pedimento de un Provincial de la provincia de Santa Fé, en las Indias, llamado Fray Pedro Aguado, de la religion del Seráfico Padre San Francisco, el qual, con deseo de servir al Rey Católico Don Felipe II, habia juntado muchas y diversas relaciones de personas fidedignas, de los descubrimientos que en el Nuevo Mundo hubiesen visto hacer; particularmente de esto primero de las Indias, como son todas las islas que llaman de Barlovento, Vera-Cruz, Tierra Firme, el Darien, y otras provincias de aquellas regiones, las quales relaciones dexó en Cordoba en po-

der y guarda de un impresor, acudió á otras cosas de la obediencia de su religion, y desamparó sus relaciones, que aun no estaban en forma de poderse imprimir. Yo las vide, y estaban muy mal tratadas, comidas las medias de polilla y ratones. Tenian mas de una resma de papel en quadernos divididos, como los habia escrito cada relator, y entre ellas hallé la que digo de Juan Coles; y esto fue poco despues que Alonso de Carmona me habia enviado la suya; y aunque es verdad que yo habia acabado de escribir esta historia, viendo estos dos testigos de vista tan conformes con ella, me pareció, volviéndola á escribir de nuevo, nombrarlos en sus lugares, y referir en muchos pasos las mismas

palabras que ellos dicen, sacadas á la letra, por presentar dos testigos contestes con mi autor, para que se vea como todas tres relaciones son una misma.

Verdad es que en su proceder no llevan sucesion de tiempo, sino es al principio, ni órden en los hechos que cuentan, porque van anteponiendo unos, y posponiendo otros: ni nombran provincias, sino muy pocas y salteadas; solamente van diciendo las cosas mayores que vieron, como se iban acordando de ellas; empero cotejados los hechos que cuentan con los de nuestra historia, son ellos mismos; y algunos casos dicen con adicion de mayor encarecimiento y admiracion, como los verán notados con sus mismas palabras.

Estas inadvertencias que tuvieron, debieron de nacer de que no escribieron con intencion de imprimir, á lo menos el Carmona, porque no quiso mas de que sus parientes y vecinos leyesen las cosas que habia visto por el Nuevo Mundo; y asi me envió las relaciones como á uno de sus conocidos, nacido en las Indias, para que yo tambien las viese. Juan Coles tampoco puso su relacion en modo historial, y la causa debió de ser, que como la obra no habia de salir en su nombre, no se le debio de dar nada por ponerla en orden, y dixo lo que se le acordo, mas como testigo de vista que como autor de la obra, entendiendo que el padre provincial que pidio la relacion la pondria en forma para

poderse imprimir; y así va la relacion escrita en modo procesal, que parece que escribia otro lo que él decia; porque unas veces dice: este testigo dice esto y esto; otras: este declarante dice que vió tal y tal cosa; y en otras habla como que él mismo la hubiese escrito, diciendo, vimos esto, hicimos esto, &c. Y son tan cortas ambas relaciones, que la de Juan Coles no tiene mas de diez pliegos de papel de letra procesada, muy tendida; y la de Alonso de Carmona tiene ocho pliegos y medio, aunque por el contrario de letra muy recogida.

Algunas cosas dignas de memoria que ellos cuentan, como decir Juan Coles, que yendo él con otros infantes (debio de ser sin orden del General) halló un

templo con un idolo guarnecido con muchas perlas y aljofar, y que en la boca tenia un jacinto colorado de un geme en largo, y como el dedo pulgar en grueso, y que lo tomó sin que nadie lo viese, &c. esto y otras cosas semejantes no las puse en nuestra historia, por no saber en quales provincias pasaron; porque en esto de nombrar las tierras que anduvieron, como yá lo he dicho, son ambos muy escasos, y mucho mas el Juan Coles: en suma digo que no escribieron mas sucesos de aquellos en que hago mencion de ellos, que son los mayores; y huelgo de referirlos en sus lugares, por poder decir que escribo de relacion de tres autores contestes: sin los quales tengo en mi favor una gran mer-

ced que un Coronista de la Magestad Católica me hizo por escrito, diciendo entre otras cosas lo que se sigue: Yo he conferido esta historia con una relacion que tengo, que es la que las reliquias de este excelente Castellano que entró en la Florida hicieron en México á Don Antonio de Mendoza, y hallo que es verdadera, y se conforma con la dicha relacion, &c.

Esto baste para que se crea que no escribimos ficciones, que no me fuera licito hacerlo habiéndose de presentar esta relacion á toda la república de España, la qual tendria razon de indignarse contra mí si se la hubiese hecho siniestra y falsa.

Ni la Magestad eterna, que es lo que mas debemos temer, de-

xa de ofenderse gravemente, si pretendiendo yo incitar y persuadir con la relacion de esta historia á que los Españoles ganen aquella tierra para aumento de nuestra santa Fe Católica, engañase con fábulas y ficciones á los que en tal empresa quisiesen emplear sus haciendas y vidas; que cierto, confesando toda verdad digo, que para trabajar y haberla escrito no me movió otro fin sino el deseo de que por aquella tierra tan larga y ancha se estienda la Religion Christiana; que ni pretendo, ni espero por este largo afan mercedes temporales; que muchos dias ha desconfié de las pretensiones, y despedì las esperanzas por la contradiccion de mi fortuna: aunque mirándolo desapasionada-

mente debo agradecerle muy mucho el haberme tratado mal; porque si de sus bienes y favores hubiera partido largamente conmigo, quizá yo hubiera echado por otros caminos y senderos que me hubieran llevado á peores despeñaderos, ó me hubieran anegado en este gran mar de sus olas y tempestades, como casi siempre suele anegar á los que mas ha favorecido y levantado en grandezas de este mundo; y con sus disfavores y persecuciones me ha forzado, á que habiéndolas yo experimentado le huyese y me escondiese en el puerto y abrigo de los desengañados, que son los rincones de la soledad y pobreza, donde consolado y satisfecho con la escasez de mi poca hacienda, paso una vida (gra-

cias al Rey de los Reyes, y Señor de los Señores) quieta y pacífica, mas envidiada de ricos, que envidiosa de ellos: en la qual, por no estar ocioso, que cansa mas que el trabajar, he dado en otras pretensiones y esperanzas de mayor contento y recreacion del animo que las de la hacienda, como fué traducir los tres *Diálogos de Amor de Leon Hebreo*; y habiéndolos sacado á luz, dí en escribir esta historia; y con el mismo deleyte quedo fabricando, forjando y limando la del Perú, del origen de los Reyes Incas, sus antiguallas, idolatría y conquistas: sus leyes, y el orden de su gobierno en paz y en guerra, en todo lo qual, mediante el favor Divino, voy yá casi al fin. Y aunque son tra-

bajos, y no pequeños, por pretender y atinar yo á otro fin mejor, los tengo en mas que las mercedes que mi fortuna pudiera haberme hecho, quando me hubiera sido próspera y favorable; porque espero en Dios que estos trabajos me serán de mas honra y de mejor nombre que el vínculo que de los bienes de esta señora pudiera dexar. Por todo lo qual antes le soy deudor que acreedor, y como tal le doy muchas gracias, porque á su pesar, forzada de la Divina Clemencia, me dexa ofrecer y presentar esta Historia á todo el mundo, la qual vá escrita en seis libros (*) conforme á los seis años que en la jornada se gastaron.

(*) En el tomo primero de la nueva edicion de la historia general del

Perú que acabamos de publicar, hemos dado razon de los motivos que tuvimos para suprimir esta division arbitraria, los mismos que desde luego se nos representaron á la vista para hacer en esta igual supresion. Tambien la dimos, y bastante extensa de las causas que nos estimularon á emprender la reimpresion de aquella obra, y una idea sucinta, ó llamese analisis, de su contenido, juntamente con algunas advertencias relativas á una y á otra, es decir á la historia del Perú y de la Florida: asi los que quieran saciar su curiosidad podran recurrir al citado prólogo, que puede mirarse como una introducion á las obras de este ilustre mestizo. Por esto no nos ha parecido del caso repetir aquí lo que allí dexamos dicho, que es lo unico que podriamos hacer, a no ser que quisiésemos detenernos en discusiones y refutaciones agenas del plan

que se propuso el Inca, que fué transmitir á la posteridad los famosos hechos y asombrosas proezas de los Castellanos é Indios, como lo anuncia en su proemio, y justificar la buena memoria del Adelantado Hernando de Soto, vulnerada cruelmente por algunos escritores ingleses, franceses é italianos.

Aunque parece este el lugar mas propio para hablar del descubrimiento de la Florida oriental y occidental y de sus descubridores, de sus antignos nombres, y de su extension y limites, por no sacar las cosas de su quicio, y apropiarnos un trabajo ageno, lo suspendemos para el tomo quinto, que es en donde se dará principio al ensayo cronologico para la historia general de la Florida, obra del juicioso é infatigable Señor Don Andres Gonzalez de Barcia, de los Consejos de Castilla y Guerra, conocido baxo el defectuoso anagrama

de Don Gabriel de Cárdenas z Cano, quien en su erudita introduccion al referido Ensayo trata á fondo todos estos puntos, revatiendo como zeloso patricio, con unos hechos incontestables, las groseras injurias que én todos tiempos ha vomitado contra nuestras glorias nacionales là negra envidia de las plumas extrangeras.



HISTORIA DE LA FLORIDA.

CAPITULO PRIMERO.

Hernando de Soto pide la conquista de la Florida al Emperador Carlos V: S. M. le hace merced de ella.

El Adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitan general que fue de las provincias y señoríos del gran reyno de la Florida, cuya es esta historia, con la de otros muchos caballeros Españoles é Indios, que para la gloria y honra de la Santísima Trinidad, Dios nuestro Señor, y con deseo del aumento de su santa fé católica, y de la corona de España pretendemos escribir, se halló en la primera conquista del

Perú, y en la prision de Atahuallpa, Rey tirano, que siendo hijo bastardo usurpó aquel reyno al legítimo heredero, y fue el ultimo de los Incas que tuvo aquella Monarquia, por cuyas tiranias y crueldades, que en los de su propia carne y sangre usó mayores, se perdió aquel imperio, ó á lo menos por la discordia y division que en los naturales su revelion y tirania causó, se facilitó á que los Españoles lo ganasen con la facilidad que lo ganaron (como en otra parte diremos con el favor divino) de la qual, como es notorio, fue el rescate tan soberbio, grande y rico, que excede á todo credito que á historias humanas se puede dar, que segun la relacion de un contador de la hacienda de S. M. en el Perú, que dixo lo que valió el quinto de él; y por el quinto, sacando el todo, y reduciendole á la moneda usual de los ducados de Cas-

tilla de á trescientos y setenta y cinco maravedis cada uno, se sabe que valió tres millones, doscientos noventa y tres mil ducados, y dineros mas, sin lo que se desperdició sin llegar á quintarse, que fue otra mucha suma. De esta cantidad, y de las ventajas que como á tan principal capitan se le hicieron, y con lo que en el Cuzco los Indios le presentaron, quando él y Pedro del Barco solos fueron á ver aquella ciudad, y con las dadivas que el mismo Rey Atahuallpa le dió (cá fue su aficionado, por haber sido el primer Español que vió y habló) hubo este caballero mas de cien mil ducados de parte.

Esta suma de dineros trajo Hernando de Soto, quando él y otros sesenta conquistadores juntos con las partes y ganancias que en Casamarca tuvieron se vinieron a España. y aunque con esta cantidad de

tesoro, que entonces por no haber venido tanto de Indias como despues acá se ha traido valia mas que ahora, pudiera comprar en su tierra, que era Villanueva de Barcarota, mucha mas hacienda que al presente se puede comprar, porque no estaban las posesiones en la estima y valor que hoy tienen, no quiso comprarla, antes levantando los pensamientos, y el ánimo con la recordacion de las cosas que por él habian pasado en el Perú, no contento con lo ya trabajado y ganado, mas deseando emprender otras hazañas iguales o mayores, si mayores podian ser, se fue á Valladolid, donde entonces tenia su corte el Emperador Carlos V, Rey de España, y le suplico le hiciese merced de la conquista del reynó de la Florida, llamada así por haberse descubierto la costa dia de Pasqua Florida, que la queria hacer á su costa y riesgo,

gastando en ella su hacienda y vida por servir á S. M., y aumentar la corona de España.

Esto hizo Hernando de Soto movido de generosa envidia y celo magnánimo de las hazañas nuevamente hechas en Mexico, por el Marques del Valle Don Hernando Cortés, y en el Perú, por el Marques Don Francisco Pizarro, y el Adelantado Don Diego de Almagro, las quales él vió y ayudó á hacer. Empero como en su ánimo libre y generoso no cupiese ser súbdito, ni fuese inferior á los ya nombrados en valor y esfuerzo para la guerra, ni en prudencia y discrecion para la paz, dexó aquellas hazañas, aunque tan grandes, y emprendio estas otras para él mayores, pues en ellas perdia la vida y la hacienda que en las otras habia ganado. De donde por haber sido asi hechas casi todas las conquistas principales

del nuevo mundo, algunos no sin falta de malicia, y con sobra de envidia se han movido á decir, que á costa de locos, necios y porfiados, sin haber puesto otro caudal mayor, ha comprado España el señorío de todo el nuevo mundo, y no miran que son hijos de ella, y que el mayor ser y caudal que siempre ella hubo y tiene, fue producirlos y criarlos tales que hayan sido para ganar el mundo nuevo, y hacerse temer del viejo: en el discurso de la historia usarémos de estos dos apellidos, Españoles y Castellanos, y adviertase que queremos significar por ellos una misma cosa.

CAPÍTULO II.

Descripcion de la Florida. Quien fue su primero, segundo y tercero descubridor.

La descripcion de la gran tierra Florida, será cosa dificultosa poderla pintar tan cumplida como la quisieramos dar pintada; porque como ella por todas partes sea tan ancha y larga, y no esté ganada, ni aun descubierta del todo, no se sabe qué confines tenga.

Lo mas cierto, y lo que no se ignora es, que al mediodia tiene el mar océano, y la gran isla de Cuba. Al septentrion, aunque quieren decir que Hernando de Soto entró mil leguas la tierra adentro, como adelante tocarémos, no se sabe donde vaya a parar, si confine con la mar, o con otras tierras.

Al levante viene á descabezar con la tierra que llaman de los Bacallaos, aunque cierto cosmógrafo frances pone otra grandísima provincia en medio, que llama la Nueva Francia, por tener en ella siquiera el nombre.

Al poniente confina con las provincias de las siete ciudades, que llamaron así los descubridores de aquellas tierras, los quales, habiendo salido de Mexico por orden del Visorey Don Antonio de Mendoza, las descubrieron año de mil quinientos treinta y nueve, llevando por capitan a Juan Vazquez Coronado, vecino de dicha ciudad. Por vecino se entiende en las Indias el que tiene repartimiento de Indios, y esto significa el nombre vecino, porque estaban obligados a mantener vecindad donde tenian los Indios, y no podian venir a España sin licencia del Rey, so pena que

pasados los dos años que no hubiesen mantenido vecindad, perdian el repartimiento.

Juan Vazquez Coronado, habiendo descubierto mucha y muy buena tierra, no pudo poblar por grandes inconvenientes que tuvo. Volviose á México, de que el Visorey hubo gran pesar, porque la mucha y muy buena provision de gente y caballos que para la conquista habia juntadó, se hubiese perdido sin fruto alguno. Confina asímismo la Florida al poniente con la provincia de los Chichimecas, gente valentisima, que cae a los términos de tierras de México.

El primer Español que descubrió la Florida fue Juan Ponce de Leon, caballero natural del reyno de Leon, hombre noble, el qual habiendo sido Gobernador de la isla de San Juan de Puerto Rico, como entonces no entendiesen los Espa-

ñoles sino en descubrir nuevas tierras, armó dos caravelas, y fue en demanda de una isla que llamaban Bimini, y segun otros, Buycca, donde los Indios fabulosamente decian habia una fuente que remozaba á los viejos, en demanda de la qual anduvo muchos dias perdido sin la hallar. Al cabo de ellos, con tormenta, dió en la costa al septentrion de la isla de Cuba; la qual costa, por ser dia de Pasqua de Resurreccion quando la vio, la llamó Florida, y fue el año de mil quinientos y trece, que segun los computistas se celebró aquel año á los 27 de Marzo.

Contentose Juan Ponce de Leon solo con ver que era tierra, y sin hacer diligencia para ver si era tierra firme, ó isla, vino á España á pedir la Gobernacion y conquista de aquella tierra: los Reyes catolicos le hicieron merced de ella, donde

fue con tres navios el año de quince: otros dicen que fue el de veinte y un; yo sigo á Francisco Lopez de Gomara: que sea el un año ó el otro importa poco. Habiendo pasado algunas desgracias en la navegacion, tomó tierra en la Florida. Los Indios salieron á recibirle, y pelearon con él valerosamente, hasta que le desvarataron y mataron casi todos los Españoles que con él habian ido, que no escaparon mas de siete, y entre ellos Juan Ponce de Leon, y heridos se fueron á la isla de Cuba, donde todos murieron de las heridas que llevaban. Este fin desdichado tuvo la jornada de Juan Ponce de Leon, primer descubridor de la Florida, y parece que dexó su desdicha en herencia á los que despues acá le han sucedido en la misma demanda.

Pocos años despues, andando rescatando con los Indios un piloto

llamado Miruelo, Señor de una caravela, dió con tormenta en la costa de la Florida, ó en otra tierra que no se sabe á qué parte, donde los Indios le recibieron de paz, y en su contratacion, llamado rescate, le dieron algunas cosillas de plata y oro en poca cantidad, con las quales volvió muy contento á la isla de Santo Domingo, sin haber hecho el oficio de buen piloto en demarcar la tierra, y tomar el altura, como le fuera bien haberlo hecho, para no verse en lo que despues se vió por esta negligencia.

En este mismo tiempo hicieron compañia siete hombres ricos de Santo Domingo, entre los quales fue uno Lucas Vazquez de Aylon, Oidor de aquella audiencia, y Juez de apelaciones que habia sido en la misma isla, antes que la audiencia se fundara, y armaron dos navios que enviaron por entre aquellas is-

las á buscar y traer los Indios que como quiera que les fuese posible pudiesen haber, para los echar á labrar las minas de oro que de compañia tenian. Los navios fueron á su buena empresa, y con mal temporal dieron acaso en el cabo que llamaron de Santa Elena, por ser en su dia, y en el rio llamado Jordan, á contemplacion de que el marinero que primero lo vió se llamaba así. Los Españoles saltaron en tierra, y los Indios vinieron con gran espanto á ver los navios por cosa estraña, nunca jamas de ellos vista, y se admiraron de ver gente barbuda, y que anduviese vestida; mas con todo esto se trataron unos á otros amigablemente, y se presentaron cosas de las que tenian. Los Indios dieron algunos aforros de martas finas, de suyo muy olorosas, aljofar y plata en poca cantidad. Los Españoles asimismo les dieron cosas de

su rescate: lo qual pasado, y habiendo tomado los navios el matalotage que hubieron menester, y la leña y agua necesaria, con grandes caricias combidaron los Españoles á los Indios á que entrasen á ver los navios, y lo que en ellos llevaban; á lo qual, fiados en la amistad y buen tratamiento que se habian hecho, y por ver cosas para ellos tan nuevas, entraron mas de ciento y treinta Indios. Los Españoles, quando los vieron debaxo de las cubiertas, viendo la buena presa que habian hecho, alzaron las anclas, y se hicieron á la vela en demanda de Santo Domingo: mas en el camino se perdió un navio de los dos, y los Indios que quedaron en el otro, aunque llegaron á Santo Domingo se dexaron morir todos de tristeza y hambre, que no quisieron comer de corage del engaño que debaxo de amistad se les habia hecho.

CAPITULO III.

Otros descubridores que han ido á la Florida.

Con la relacion que estos Castellanos dieron en Santo Domingo de lo que habian visto, y con la de Miruelo, que ambas fueron casi á un tiempo, vino á España el oidor Lucas Vazquez de Ayllon á pedir la conquista y gobernacion de aquella provincia, la qual entre las muchas que la Florida tiene se llama Chicoria. El Emperader se la dió, honrándole con el hábito de Santiago: el oidor se volvio á Santo Domingo, y armo tres navios grandes año de 1524, y con ellos, llevando por piloto á Miruelo, fue en demanda de la tierra que el Miruelo habia descubierto, porque decian que era mas rica que Chicoria. Mas Mirue-

lo, por mucho que lo porfió, nunca pudo atinar donde habia sido su descubrimiento, del qual pesar cayó en tanta melancolia que en pocos dias perdió el juicio y la vida.

El licenciado Ayllon paso adelante en busca de su provincia Chicoria, y en el rio Jordan perdió la nave capitana, y con las dos que le quedaban siguió su viage al levante, y dió en la costa en una tierra apacible y deleytosa cerca de Chicoria, donde los Indios le recibieron con mucha fiesta y aplauso. El oidor, entendiendo que todo era ya suyo, mandó que saltasen en tierra doscientos Españoles, y fuesen á ver el pueblo de aquellos Indios, que estaba tres leguas de tierra adentro. Los Indios los llevaron, y despues de los haber festejado tres ó quatro dias, y aseguradolos con su amistad, los mataron una noche, y de sobresalto dieron al amanecer en los

pocos Españoles que con el oidor habian quedado en la costa en guarda de los navios, y habiendo muerto y herido los mas de ellos, les forzaron á que rotos y desbaratados se embarcasen y volviesen á Santo Domingo, dexando vengados los Indios de la jornada pasada.

Entre los pocos Españoles que escaparon con el oidor Lucas Vazquez de Ayllon, fue uno llamado Hernando Mogollon, caballero natural de la ciudad de Badajoz, el qual pasó despues al Perú, donde contaba muy largamente lo que en suma hemos dicho de esta jornada, yo le conocí.

Despues del oidor Lucas Vazquez de Ayllon, fue á la Florida Pamfilo de Narvaez año de 1537, donde con todos los Españoles que llevo, se perdio tan miserablemente como lo cuenta en sus Naufragios Alvar Nuñez Cabeza de Baca, que

fue con él por tesorero de la hacienda real. El qual escapó con otros tres españoles y un Negro, y habiéndoles hecho Dios nuestro Señor tanta merced que llegaron á hacer milagros en su nombre, con los quales habian cobrado tanta reputacion y crédito con los Indios que les adoraban por Dioses, no quisieron quedarse entre ellos; antes en pudiendo se salieron á toda priesa de aquella tierra, y se vinieron á España á pretender nuevas gobernaciones; y habiéndolas alcanzado, les sucedieron las cosas de manera que acabaron tristemente, como lo cuenta todo el mismo Alvar Nuñez Cabeza de Baca, el qual murio en Valladolid, habiendo venido preso del rio de la Plata, donde fue por Gobernador.

Llevó Panfilo Narvaez en su navegacion quando fue á la Florida un piloto llamado Miruelo, pariente

del pasado, y tan desdichado como él en su oficio, que nunca acertó á dar en la tierra que su tio habia descubierto, por cuya relacion tenia noticia de ella, y por esta causa lo habia llevado Panfilo de Narvaez consigo.

Despues de este desgraciado capitan, fue á la Florida el Adelantado Hernando de Soto, y entró en ella año de 39, cuya historia con las de otros muchos famosos caballeros Españoles é Indios pretendemos escribir largamente, con la relacion de las muchas y grandes provincias que descubrió hasta su fin y muerte, y lo que despues de ella sus capitanes y soldados hicieron, hasta que salieron de la tierra, y fueron á parar á México.

CAPÍTULO IV.

Otros que han hecho la misma jornada de la Florida. Costumbres y armas en comun de sus naturales.

Luego que en España se supo la muerte de Hernando de Soto, salieron muchos pretensores á pedir la gobernacion y conquista de la Florida, y el Emperador Cárlos V, habiéndola negado á todos ellos, envió á su costa el año de 1549 un religioso dominico llamado Fray Luis Cancer Balbastro, por caudillo de su orden, que se ofrecieron á reducir con su predicacion aquellos Indios á la doctrina evangelica. Estos religiosos, habiendo llegado á la Florida, saltaron en tierra á predicar; mas los Indios escarmentados de los Castellanos pasados, sin quererlos oir, dieron en ellos y mata-

ron á Fr. Luis, y á otros dos de los compañeros. Los demas se acogieron al navio, y volvieron á España, afirmando que gente tan bárbara é inhumana no quiere oir sermones.

El año de 1562 un hijo del oidor Lucas Vazquez de Ayllon pidió la misma conquísta y gobernacion, y se la dieron, el qual murió en la Española, solicitando su partida; y la enfermedad y la muerte se le causo de tristeza y pesar de que por su poca posibilidad se le dificultase de dia en dia la empresa. Despues acá han ido otros, y entre ellos el Adelantado Pedro Melendez de Valdes, de los quales dexo de escribir por no tener entera noticia de sus hechos.

Esta es la relacion mas cierta, aunque breve, que se ha podido dar de la tierra de la Florida, y de los que a ella han ido á descubrirla y conquistarla: y antes que pasemos

adelante, será bien dar noticia de algunas costumbres que en general los Indios de aquel gran reyno tenian, á lo menos los que el Adelantado Hernando de Soto descubrió, que casi en todas las provincias que anduvo son unas, y si en alguna parte en el proceso de nuestra historia se diferenciaren, tendremos cuidado de notarlas, empero en lo comun todos tienen casi una manera de vivir.

Estos Indios son gentiles de nacion é idólatras, adoran al sol y á la luna por principales Dioses; mas sin ningunas ceremonias de tener ídolos, ni hacer sacrificios, ni oraciones, ni otras supersticiones, como la demas gentilidad. Tenian templos que servian de entierros, y no de casa de oracion, donde por grandeza, demas de ser entierro de sus difuntos, tenian todo lo mejor y mas rico de sus haciendas, y era grandisima la veneracion en que te-

nian estos sepulcros y templos, y á las puertas de ellos ponian los trofeos de las victorias que ganaban á sus enemigos.

Casaban en comun con sola una muger, y esta era obligada á ser fidelisima á su marido, so pena de las leyes que para castigo del adulterio tenian ordenadas, que en unas provincias eran de cruel muerte, y en otras de castigo muy afrentoso, como adelante en su lugar diremos. Los señores, por la libertad señoril, tenian licencia de tomar las mugeres que quisiesen: y esta ley ó libertad de los señores se guardó en todas las Indias del nuevo mundo; empero siempre fue con distincion de la muger principal legítima, que las otras mas eran concubinas que mugeres; y así servian como criadas, y los hijos que de estas nacian, ni eran legítimos, ni se igualaban en honra, ni en la herencia con

los de la muger principal.

En todo el Perú la gente comun casaba con sola una muger, y el que tomaba dos tenia pena de muerte. Los Incas, que son los de la sangre Real, y los curacas, que eran los señores de vasallos, tenian licencia para tener todas las que quisiesen ó pudiesen mantener; empero con la distincion arriba dicha de la muger legítima á las concubinas. Y como gentiles decian, que se permitia y dispensaba con ellos esto, por que era necesario que los nobles tuviesen muchas mugeres para que tuviesen muchos hijos; porque para hacer guerra, gobernar la República, y aumentar su imperio, afirmaban era necesario hubiese muchos nobles; porque estos eran los que se gastaban en las guerras, y morian en las batallas, y que para llevar cargas, labrar la tierra, y servir como siervos, habia en la ple-

beya gente demasiada, la qual, porque no era gente para emplearla en los peligros que se empleaban los nobles, por pocos que naciesen, multiplicaban mucho; y que para el gobierno eran inútiles: ni era lícito que se lo diesen, que era hacer agravio al mismo oficio; porque el gobernar y hacer justicia era oficio de caballeros hijosdalgo, y no de plebeyos. Y volviendo á los de la Florida.

El comer ordinario de ellos es el maiz en lugar de pan, y por vianda frisoles y calabaza de las que acá llaman romana, y mucho pescado, conforme á los rios de que gozan. De carne tienen carestia, porque no la hay de ninguna suerte de ganado manso; con los arcos y flechas matan mucha caza de ciervos, corzos y gamos, que los hay muchos en numero, y mas crecidos que los de España. Matan mucha diversidad de

aves, así para comer la carne, como para adornar sus cabezas con las plumas, que las tienen de diversos colores, y galanas de media braza en alto, que traen sobre las cabezas, con las quales se diferencian los nobles de los plebeyos en la paz, y los soldados de los no soldados en la guerra. Su bebida es agua clara, como la dio la naturaleza, sin mezcla de cosa alguna. La carne y pescado que comen ha de ser muy asado y muy cocido, y la fruta muy madura, y en ninguna manera la comen verde ni á medio madurar, y hacian burla de que los Castellanos comiesen agraz.

Los que dicen que comen carne humana se lo levantan, á lo menos á los que son de las provincias que nuestro Gobernador descubrio; antes lo abominan, como lo nota Alvar Nuñez Cabeza de Baca en sus Naufragios, capitulo XIV y XVII,

donde dice, que de hambre murieron ciertos Castellanos que estaban alojados á parte, y que los compañeros que quedaban, comian los que se morian hasta el postrero, que no hubo quien lo comiese, de lo qual dice, que se escandalizaron los Indios tanto, que estuvieron por matar todos los que habian quedado en otro alojamiento: puede ser que la coman donde los nuestros no llegaron, que la Florida es tan ancha y larga que hay para todos.

Andan desnudos, solamente traen unos pañetes de gamuza de diversas colores, que les cubre honestamente todo lo necesario por delante y atras, que casi son como calzones muy cortos: en lugar de capa traen mantas abrochadas al cuello, que les baxan hasta medias piernas, son de martas finisimas que de suyo huelen á almizque; hacenlas tambien de diversas pellejinas de animales, co-

mo gastos de diversas maneras, gamos, corzos, venados, osos y leones, y cueros de vaca, los quales pellejos aderezan en todo extremo de perfeccion, que un cuero de vaca y de oso con su pelo lo aderezan y dexan tan blando y suave que se puede traer por capa, y de noche les sirve de ropa de cama. Los cabellos crian largos, y los traen recogidos y hechos un gran ñudo sobre la cabeza: por tocado traen una gruesa madeja de hilo del color que quieren, la qual rodean á la cabeza, y sobre la frente le dan con los cabos de la madeja dos medios ñudos, de manera que el un cabo queda pendiente por la una sien, y el otro por la otra hasta lo baxo de las orejas. Las mugeres andan vestidas de gamuza y traen todo el cuerpo cubierto honestamente.

Las armas que estos Indios comunmente traen son arcos y flechas;

y aunque es verdad que son diestros en otras diversas armas que tienen, como son picas, lanzas, dardos, partesanas, honda, porra, montante y baston, y otras semejantes, si hay mas, excepto arcabuz y ballesta que no la alcanzaron; con todo eso no usan de otras armas sino del arco y flechas, porque para los que las traen son de mayor gala y ornamento; por lo qual los gentiles antiguos pintaban á sus dioses mas queridos, como eran Apolo, Diana y Cupido con arco y flechas, porque demas de lo que estas armas en ellos significan, son de mucha hermosura y aumentan gracia y donaire al que las trae; por las quales cosas, y por el efecto que con ellas mejor que con algunas de las otras se puede hacer de cerca y de lejos, huyendo ó acometiendo, peleando en las batallas, o recreándose en sus cacerias, las traian estos Indios, y en



todo el nuevo mundo es arma muy usada.

Los arcos son del mismo altor del que les trae, y como los Indios de la Florida sean generalmente crecidos de cuerpo, son sus arcos de mas de dos varas de largo, y gruesos en proporcion: hacenlos de robles, y de otras diversas maderas que tienen fuertes, y de mucho peso. Son tan recios de enarcar, que ningun Español, por mucho que lo porfiaba, podia llevando la cuerda llegar la mano al rostro; y los Indios, por el mucho uso y destreza que tienen, llevan la cuerda con grandisima facilidad, hasta ponerla detras de la oreja, y hacen tiros tan bravos y espantables como adelante lo verémos

Las cuerdas de los arcos hacen de correa de venado, sacan del pellejo desde la punta de la cola hasta la cabeza una correa de dos dedos

de ancho, y despues de pelada la mojan y tuercen fuertemente, y el un cabo de ella atan á un ramo de arbol, y del otro cuelgan un peso de quatro ó cinco arrobas, y lo dexan así hasta que se pone como una cuerda de las gruesas de violon de arco, y son fortisimas. Para tirar con seguridad de que la cuerda al soltar no lastime el brazo izquierdo, lo traen guarnecido por la parte de adentro con un medio brazal que les cubre de la muñeca hasta la sangradura, hecho de plumas gruesas, y atado al brazo con una correa de venado que le da siete ú ocho vueltas donde sacude la cuerda con grandisima pujanza.

Esto es lo que en suma se puede decir de la vida y costumbres de los Indios de la Florida. Ahora volvamos á Hernando de Soto, que pedia la conquista y gobernacion de aquel gran reyno, que tan infelice y

costoso ha sido á todos los que á él han ido.

CAPITULO V.

Publícanse en España las provisiones de la conquista: aparato grande que para ella se hace.

La Cesarea Magestad hizo merced á Hernando de Soto de la conquista, con título de Adelantado y Marques de un estado de treinta leguas en largo, y quince de ancho, en la parte que él quisiese señalar de lo que á su costa conquistase. Dióle asimismo, que durante los dias de su vida fuese Gobernador y Capitan General de la Florida, que tambien lo fuese de la isla de Santiago de Cuba, para que los vecinos y moradores de ella, como á su Gobernador y Capitan le obedeciesen, y acudiesen con mayor prontitud á las co-

sas que mandase necesarias para la conquista La gobernacion de Cuba pidio Hernando de Soto con mucha prudencia, porque es cosa muy importante para el que fuere á descubrir, conquistar y poblar la Florida.

Estos titulos y cargos se publicaron por toda España con gran sonido de la nueva empresa que Hernando de Soto emprendia, de ir á sujetar y ganar grandes reynos y provincias para la corona de España; y como por toda ella se dixese que el Capitan que la hacia habia sido conquistador del Perú, y que no contento con cien mil ducados que de él habia traido, los gastaba en esta segunda conquista, se admiraban todos, y la tenian por mucho mejor y mas rica que la primera: por lo qual de todas partes de España acudieron muchos caballeros muy ilustres en linage, muchos hijosdal-

go, muchos soldados prácticos en el arte militar, que en diversas partes del mundo habian servido á la corona de España, y muchos ciudadanos y labradores, los quales todos, con la fama tan buena de la nueva conquista, y con la vista de tanta plata, oro y piedras preciosas como veian traer del nuevo mundo, dexando sus tierras, padres, parientes y amigos, y vendiendo sus haciendas se apercibian y se ofrecian por sus personas y cartas para ir á esta conquista, con esperanzas que se prometian que habia de ser tan rica ó más que las dos pasadas de México y del Perú. Con las mismas esperanzas se movieron tambien á ir a esta jornada de la Florida seis ó siete de los conquistadores que diximos se habian vuelto del Perú: no advirtiendo, que no podia ser mejor la tierra que iban a buscar que la que habian dexado, ni satisfaciéndo-

se con las riquezas que de ella habian traido: antes parece que la hambre de ellas les habia crecido conforme á su naturaleza, que es insaciable. Los conquistadores nombraremos en el proceso de esta historia como se fueren ofreciendo.

Luego que el Gobernador mandó publicar sus provisiones, entendio en dar orden que se comprasen navios, armas, municiones, bastimentos y las demas cosas pertenecientes á tan gran empresa como la que habia tomado. Para los cargos eligio personas suficientes, cada qual en su ministerio: convocó gente de guerra, nombró capitanes y oficiales para el exército, como diremos en el capítulo siguiente: en suma proveyó con toda magnificencia y largueza, como quien podia y queria, todo lo que convenia para su demanda.

Pues como el General y los de-

mas Capitanes y Ministros acudiesen con tanta liberalidad al gasto, y con tanta diligencia á las cosas que eran á cargo de cada uno de ellos, las concluyeron y juntaron todas en San Lucar de Barrameda, donde habia sido la embarcacion, en poco mas tiempo de un año que las provisiones de S. M. se habian publicado. Traido los navios, y llegado el plazo señalado para que la gente levantada viniese al mismo puerto, y habiéndose juntado toda, que era lucidisima, y hechas las demas provisiones, así de matalotage como de mucho yerro, acero, barretas, azadas, azadones, serones, sogas y espuertas, cosas muy necesarias para poblar, se embarcaron y pusieron en su navegacion en la forma siguiente.

CAPITULO VI.

Número de gente, y Capitanes que se embarcaron para la Florida.

Novecientos y cincuenta Españoles de todas calidades se juntaron en San Lucar de Barrameda para ir á la conquista de la Florida, todos mozos, que apenas se hallaba entre ellos uno que tuviese canas, cosa muy importante para vencer los trabajos y dificultades que en las nuevas conquistas se ofrecen. A muchos de ellos dio el Gobernador socorro de dineros: envió a cada uno segun la calidad de su persona, conforme á la estofa de ella, y segun la compañia y criados que traia. Muchos por necesidad recibieron el socorro, y otros, con respeto y comedimiento de ver la máquina grande que el Ge-

neral traia sobre sus hombros, no quisieron recibirlo, pareciéndoles mas justo socorrerle, si pudieran, que ser socorridos de él.

Llegado el tiempo de las aguas vivas, se embarcaron en siete navios grandes y tres pequeños que en diversos puertos de España se habian comprado. El Adelantado, con toda su casa, muger y familia se embarcó en una nao llamada S. Christoval, que era de ochocientas toneladas, la qual iba por capitana de la armada, bien apercibida de gente de guerra, artilleria y municion, como convenia á nao Capitana de tan principal Capitan.

En otra no menor, llamada la Magdalena, se embarcó Nuño Tovar, uno de los sesenta conquistadores, natural de Xerez de Badajoz. Este caballero iba por Teniente General, y en su compañia llevaba otro caballero, Don Carlos Enriquez, natu-

ral de la misma ciudad, hijo segundo de un gran mayorazgo de ella. Luis de Moscoso de Alvarado, hijo del Comendador Diosdado de Alvarado, caballero natural de Badajoz, y vecino de Zafra, y uno de los sesenta conquistadores, elegido y nombrado para Maese de Campo en el exército, iba por Capitan del galeon llamado la Concepcion, que era de mas de quinientas toneladas.

En otro galeon igual á este, llamado Buena Fortuna, iba el Capitan Andrés de Vasconcelos, caballero fidalgo Portugués, natural de Ye ves, el qual llevaba una muy hermosa y lucida compañia de fidalgos Portugueses, que algunos de ellos habian sido soldados en las fronteras de Africa. Diego Garcia, hijo del Alcayde de Villanueva de Barcarrota, iba por Capitan de otro navio grueso llamado San Juan. Arias Tinoco, nombrado por Capitan de

infanteria, iba por Capitan de otra nao grande llamada Santa Bárbara.

Alonso Romo de Cardeñosa, hermano de Arias Tinoco, que tambien era nombrado Capitan de infanteria, iba por Capitan de un galeoncillo llamado San Anton: con este Capitan iba otro hermano suyo llamado Diego Arias Tinoco, nombrado para Alferez General del exército. Estos tres hermanos eran deudos del General. Por Capitan de una caravela muy hermosa iba Pedro Calderon, caballero natural de Badajoz, y en su compañia iba el Capitan Micer Espindola, caballero genovés, el qual era Capitan de sesenta alabarderos de la guardia del Gobernador. Sin estos ocho navios llevaban dos vergantines para servicio de la armada, que por ser mas ligeros y mas faciles de gobernar que las naos gruesas, sirviesen como espias de descubrir por todas partes

lo que hubiese por la mar.

En estos siete navios, caravela y vergantines se embarcaron los novecientos y cincuenta hombres de guerra, sin los marineros y gente necesaria para el gobierno y servicio de cada nao. Sin la gente que hemos dicho, iban en la armada doce sacerdotes, ocho clérigos, y quatro frayles: los nombres de los clérigos que la memoria ha retenido son, Rodrigo de Gallegos, natural de Sevilla, deudo de Baltasar de Gallegos, Diego de Bañuelos y Francisco del Pozo, naturales de Cordoba. Dionisio de Paris, natural de Francia, de la misma ciudad de Paris. Los nombres de los otros quatro clerigos se han olvidado. Los frayles se llamaban Fr. Luis de Soto, natural de Villanueva de Barcarrota, deudo del Gobernador Hernando de Soto. Fr. Juan de Gallegos, natural de Sevilla, hermano

del Capitan Baltasar de Gallegos, ambos frayles de la orden de Santo Domingo. Fray Juan de Torres, natural de Sevilla, de la religion de San Francisco, y fray Francisco de la Rocha, natural de Badajoz, de la advocacion é insignia de la Santisima Trinidad, todos ellos hombres de mucho exemplo y doctrina.

Con esta armada de la Florida iba la de Mexico, que era de veinte naos gruesas, de la qual iba tambien por General Hernando de Soto hasta el parage de la isla de Santiago de Cuba, de donde se habia de apartar para la Vera-Cruz; y para de allí adelante iba nombrado por General de ella un caballero principal llamado Gonzalo de Salazar, el primer christiano que nacio en Granada despues que la quitaron á los moros: por lo qual, aunque él era caballero hijodalgo, los Reyes Catolicos de gloriosa memoria que ga-

raron aquella ciudad, le dieron grandes privilegios é hicieron mercedes, de que se fundó un mayorazgo para sus descendientes, que habia sido conquistador de México. Este caballero volvió por fator de la hacienda imperial de la misma ciudad.

Con esta orden salieron por la barra de San Lucar las treinta naos de las dos armadas, y se hicieron á la vela á los 6 de Abril del año de 1538, y navegaron aquel dia y otros muchos con toda la prosperidad y bonanza de tiempo que se podia desear. La armada de la Florida iba tan abastecida de todo matalotage, que á quantos iban en ella se daba racion doblada, cosa bien impertinente; porque se desperdiciaba todo lo que sobraba, que era mucho; mas la magnificencia del General era tanta, y tan grande el contento que llevaba de llevar en su compañia gente tan lucida y noble, que

todo se le hacia poco para el deseo que tenia de regalarlos.

CAPITULO VII.

Lo que sucedió á la armada la primera noche de su navegacion.

El primer dia que navegaron, poco antes que anocheciese, llamó el General á un soldado, de muchos que llevaba escogidos para traer cerca de su persona, llamado Gonzalo Silvestre, natural de Herrera de Alcántara, y le dixo: Tendreis cuidado de dar esta noche orden á las centinelas como hayan de velar, y apercibireis al Condestable, que es el artillero mayor, que lleve toda su artilleria aprestada y puesta á punto, y si paresciere algun navio de mal andar, hareis que le tiren, y en todo guardareis el orden que la navegacion buena requiere. Asi se pro-

proveyó todo como el Gobernador lo mandó.

Siguiéndose pues el viage con muy prospero tiempo, sucedió á poco mas de media noche, que los marineros de la nao que habia de ser capitana de las de México, en que iba el fator Gonzalo de Salazar, ó por mostrar la velocidad y ligereza de ella, ó por presumir que tambien era capitana como la de Hernando de Soto, o porque, como será lo mas cierto, el piloto y el maestre con la bonanza del tiempo se hubiesen dormido, y el marinero que gobernaba la nao no fuese práctico de las reglas y leyes del navegar, la dexaron adelantarse de toda la armada, é ir adelante de ella a tiro de cañon, y á barlovento de la Capitana: que por qualquiera de estas dos cosas que los marineros hagan tienen pena de muerte.

Gonzalo Silvestre, que por dar

buena cuenta de lo que se le habia encargado, aunque tenia sus centinelas puestas no dormia, como lo debe hacer todo bien soldado é hijodalgo, como él lo era, recordando al Condestable, preguntó si aquel navio era de su armada y compañia, ó de mal andar: fuele respondido que no podia ser de la armada, porque si lo fuera, no se atreviera á ir donde iba, por tener pena de muerte los marineros que tal hacian, por tanto se afirmaba que era de enemigos. Con esto se determinaron ambos á le tirar, y al primer cañonazo le horadaron todas las velas por medio de popa á proa; y al segundo le llevaron del un lado parte de las obras muertas; y yendo á tirarle mas, oyeron que la gente de ella daba grandes gritos pidiendo misericordia, que no les tirasen que eran amigos.

El Gobernador se levantó al ruido, y toda la armada se alborotó y

puso en arma, y encaró hácia la nao Mexicana: la qual, como se le iba el viento por las roturas que la pelota le habia hecho en las velas, vino decayendo sobre la Capitana, y la Capitana que iba en su seguimiento, la alcanzo presto, donde les hubiera de suceder otro mayor mal y desventura que la que se tenia por lo pasado; y fue, que como los unos con el temor y confusion de su delito atendiesen mas á disculparse que á gobernar su navio, y los otros con la ira y enojo que llevaban de pensar que el hecho hubiese sido desacato y no descuido, y con deseo de lo castigar o vengar, no mirasen como, ni por donde iban, hubieran de envestirse y encontrarse con los costados ambas naos, y estuvieron tan cerca de ellos, que los de dentro para socorrerse en este peligro, no hallando remedio mejor, a toda priesa sacaron muchas picas, con

las quales, entivando de la una en la otra nao porque no diesen golpe, rompieron mas de trescientas, que parecio una hermosisima folla de torneo de a pie, é hicieron buen efecto. Mas aunque con las picas y otros palos les estorvaron se encontrasen con violencia, no les pudieron estorvar se travasen y asiesen con las jarcias, velas y entenas, de manera que se vieron en el último punto de ser ambas anegadas; porque el socorro de los suyos del todo las desamparó, que los marineros turbados con el peligro tan eminente y repentino, desconfiaron de todo remedio, ni sabian qual hacer que les fuese de provecho: y quando pudieran hacer alguno, la voceria de la gente que veia la muerte al ojo era tan grande que no les dexaba oirse; ni la obscuridad de la noche, que acrecienta las tormentas, daba lugar á que viesen lo que les con-

venia hacer; ni los que tenian algun animo y esfuerzo podian mandar, porque no habia quien les obedeciese ni escuchase, que todo era llanto, grita, voces, alaridos y confusion.

En este punto estuvieron ambos Generales, y sus dos naos capitanas, quando Dios nuestro Señor las socorrio, con que la del Gobernador con los trajamares ó navajas que en las entenas llevaba, cortó a la del Fator todos los cordeles, jarcias y velas con que las dos se habian asido. Las quales cortadas, pudo la del General con el buen viento que hacia apartarse de la otra, quedando ambas libres.

Hernando de Soto quedó tan airado, así de haberse visto en el peligro pasado, como de pensar que el hecho que lo habia causado hubiese sido por desacato, maliciosamente hecho, que estuvo por hacer

un gran exceso en mandar cortar luego la cabeza al Fator; mas él se disculpaba con gran humildad, diciendo que no habia tenido culpa en cosa alguna de lo sucedido, y así lo testificaron todos los de su nao, con lo qual, y con buenos terceros, que no faltaron en la del Gobernador que escusaron y abonaron al Fator, se aplacó la ira del General, y le perdonó y olvidó todo lo pasado: aunque el Fator Gonzalo de Salazar, despues de llegado á México, siempre que se ofrecia plática sobre el suceso de aquella noche, como hombre sentido del hecho, solia decir, que holgara toparse en igual fortuna con Hernando de Soto para le reptar, y desafiar sobre las palabras demasiadas que con sobra de enojo le habia dicho en lo que él no habia tenido culpa: y así era verdad que no la habia tenido, mas tampoco el General le habia dicho cosa de que

él pudiese ofenderse. Pero como el uno sospechó que el hecho habia sido malicioso, así el otro se enojó, entendiendo que las palabras habian sido ofensivas. No habia pasado ni lo uno ni lo otro, mas la sospecha y la ira tienen grandísima fuerza y dominio sobre los hombres, principalmente poderosos, como lo eran nuestros dos Capitanes.

Los marineros de la nao del Fator, habiendo remendado las roturas de las velas y jarcias con toda la presteza, diligencia y buena maña que en semejantes casos suelen tener, siguieron su viage, dando gracias a nuestro Señor que los hubiese librado de tanto peligro.

CAPÍTULO VIII.

Llega la armada á Santiago de Cuba: lo que á la nao capitana sucedió á la entrada del puerto.

Sin otro caso mas que de contar sea, llegó el Gobernador á los 21 de Abril, dia de Pasqua Florida, á la Gomera, una de las islas de la Canaria, donde halló al Conde, Señor de ella, que lo recibió con gran fiesta y regocijo.

En este paso dice Alonso de Carmona en su peregrinacion estas palabras. Salimos del puerto de S. Lucar año de 38 por quaresma, y fuimos navegando por las islas de la Gomera, que es á donde todas las flotas van á tomar agua y refresco de matalotage; y a los quince dias andados, llegamos á vista de la Go-

mera, y diré dos cosas que acaecieron aquel dia en mi nao: la una fue que peleando dos soldados se asieron á brazo partido, y dieron consigo en la mar, y así se murieron, que no pareció pelo ni hueso de ellos. La otra, que iba allí un hidalgo que se llamaba Tapia, natural de Arévalo, y llevaba un lebrel muy bueno y de mucho valor, y estando como doce leguas del puerto cayó a la mar; y como llevabamos viento próspero se quedó, que no lo pedimos tomar, y fuimos prosiguiendo nuestro viage, y llegamos al puerto; y otro dia de mañana vido su amo el lebrel en tierra, y admirandose de ello, fuelo con gran contento á tomar, y demandóse el que lo llevaba, y averiguose que viniendo un barco de una isla á otra lo hallaron en la mar que andaba nadando, y lo metieron en el barco, y averiguóse que habia nadado el lebrel cinco horas, y to-

mamos refresco y lo demas, y proseguimos nuestro viage, y á vista de la Gomera se llegó el amo del lebrel á bordo, y le dio la vela un envion que le echó à la mar, y así se sumió como si fuera plomo, y nunca mas paresció, de que nos dió mucha pesadumbre á todos los del armada, &c.

Todas son palabras de Alonso de Carmona, sacadas á la letra, y puselas aquí, porque los tres casos que cuenta son notables, y tambien porque se vea quan conforme va su relacion con la nuestra, así en el año y en los primeros quince dias de la navegacion, como en el temporal y en el puerto que tomaron, que todo se ajusta con nuestra Historia. Por lo qual pondre de esta manera otros muchos pasos suyos y de Juan Coles, que es el otro testigo de vista, los quales se hallaron en esta jornada juntamente con mi autor.

Pasados los tres dias de pasqua, en que tomaron el refresco que habian menester, siguieron su viage. El Gobernador en aquellos dias alcanzo del Conde con muchos ruegos y suplicas le diese una hija natural que tenia, de edad de diez y siete años, llamada Doña Leonor de Bobadilla, para llevarla consigo y casar y hacerla gran señora en su nueva conquista. La demanda del Gobernador concedio el Conde, confiado en su magnanimidad que cumpliria mucho mas que le prometia; y así se la entregó á Doña Isabel de Bobadilla, muger del Adelantado Hernando de Soto, para que admitiendola por hija la llevase en su compañia.

Con esta dama, cuya hermosura era estremada, salió el Gobernador muy contento de la isla de la Gomera á los 24 de Abril, y mediante el buen viento que siempre le hizo, dio

vista á la isla de Santiago de Cuba á los postreros de Mayo, habiendo doce dias antes pedido licencia el Fator Gonzalo de Salazar para apartarse con la armada de México, y guiar su navegacion á la Vera-Cruz, que lo habia deseado en estremo por salir de jurisdiccion agena; porque voluntad humana siempre querria mandar mas que no obedecer, y el Gobernador se la habia dado con mucha facilidad, por sentirle el deseo que de ella tenia.

El Adelantado y los de su armada iban á tomar el puerto con mucha fiesta y regocijo de ver que se les habia acabado aquella larga navegacion, y que llegaban á lugar por ellos tan deseado, para tratar y apercibir de mas cerca las cosas que convenian para su jornada y conquista; quando he aquí vieron venir un hombre que los de la ciudad de Santiago habian mandado salir á caba-

llo, corriendo hacia la boca del puerto, dando grandes voces á la nao capitana, que iba ya a entrar en el, y diciendo: á vabor a vabor, que en lenguage de marineros, para los que no lo saben, quiere decir á mano derecha del navio, con intencion que la Capitana y las demas que iban en pos de ella se perdiesen todas en unos baxios y peñas que el puerto tiene muy peligrosas a aquella parte.

El piloto y los marineros que en la entrada de aquel puerto no debian de ser tan experimentados como fuera razon, para que se vea quanto importa la practica y experiencia en este oficio, encaminaron la nao a donde decia el de a caballo. El qual, como hubiese reconocido que la armada era de amigos y no de enemigos, volvio con mayores voces y gritos a decir en contra, a estribor, que es a mano izquierda del

navio, que se pierden: y para darse á entender mejor, se echó del caballo abaxo, y corrio hácia su mano derecha, haciendo señas con los brazos y la capa, diciendo, volved, volved á la otra vanda que os perdereis todos. Los de la nao capitana quando lo hubieron entendido, volvieron con toda diligencia á mano izquierda; mas por mucha que pusieron no pudieron escusar que la nao no diese en una peña un golpe tan grande, que todos los que iban dentro entendieron que se habia abierto y perdido: y acudiendo á la bomba, sacaron á vueltas del agua mucho vino y vinagre, aceyte y miel, que del golpe que la nao habia dado en la roca se habian quebrado muchas vasijas de las que llevaban estos licores; y con los ver se certificaron en el temor que habian cobrado de que la nao era perdida. A mucha priesa echaron al agua el batel, y

sacaron á tierra la muger del Gobernador y sus dueñas y doncellas, y á vueltas de ellas salieron algunos caballeros mozos, no experimentados en semejantes peligros, los quales se daban tanta priesa á entrar en el batel, que perdido el respeto que á las damas se les debe, no se comedian, ni daban lugar á que ellas entrasen primero, pareciéndoles que no era tiempo de comedimientos. El General, como buen capitan y practico, no quiso, aunque se lo importunaron, salir de la nao hasta ver el daño que habia recibido, y tambien por la socorrer de mas cerca si fuese menester, y por obligar con su presencia á que no la desamparasen todos. Acudiendo pues muchos marineros á lo baxo de ella, hallaron que no habia sido mas el daño que la quiebra de las botijas, y que la nao estaba sana y buena, como lo certificaba la bomba en no sacar mas

agua : con que se alegraron todos, y los que habian sido mal comedidos y muy diligentes en salir a tierra quedaron corridos.

CAPITULO IX.

Batalla naval de dos navios dentro del puerto de Santiago de Cuba, que duró quatro dias.

Para descargo de los de la ciudad será razon digamos la causa que les movió á dar este mal aviso, por el qual sucedió lo que se ha dicho : que cierto, bien mirado el hecho que lo causo, y la porfia tan obstinada que en el hubo, se verá que fue un caso notable y digno de memoria, y que en alguna manera disculpa a estos ciudadanos: porque el miedo en los ánimos comunes y gente popular impide y estorba los buenos consejos. Para lo qual es de saber,

que diez dias antes que el Gobernador llegase al puerto, habia entrado en el una muy hermosa nao de un Diego Perez, natural de Sevilla, que andaba contratando por aquellas islas; y aunque andaba en trage de mercader, era muy buen soldado de mar y tierra, como luego verémos: no se sabe qual fuese la calidad de su persona, mas la nobleza de su condicion, y la hidalguia que en su conversacion, tratos y contratos mostraba, decian que derechamente era hijodalgo, porque ese lo es que hace hidalguias. Este Capitan platico traia su navio muy pertrechado de gente, armas, artilleria y municion para si fuese necesario pelear con los cosarios que por entre aquellas islas y mares topase, que alli son muy ordinarios. Pasados tres dias que Diego Perez estaba en el puerto, sucedio que otra nao no menor que la suya, de

un cosario frances que andaba á sus aventuras, entro en él.

Pues como los dos navios se reconociesen por enemigos de nacion, sin otra alguna causa, envistio el uno con el otro, y aferrados pelearon todo el dia hasta que la noche los despartió. Luego que cesó la pelea se visitaron los dos Capitanes por sus mensageros, que el uno al otro envio con recaudos de palabras muy comedidas, y con regalos y presentes de vino y conservas, fruta seca y verde, de la que cada uno de ellos traia, como si fueran dos muy grandes amigos: y para adelante pusieron treguas sobre sus palabras, que no se ofendiesen ni fuesen enemigos de noche sino de dia, ni se tirasen con artillería, diciendo que la pelea de manos, con espadas y lanzas era mas de valientes que las de las armas arrojadizas; porque las ballestas y arcabuces de suyo daban tes-

timonio haber sido invenciones de animos cobardes ó necesitados; y que el no ofenderse con la artilleria, demas de la gentileza de pelear y vencer á fuerza de brazos y con propia virtud, aprovecharia para que el vencedor llevase la nao y la presa que ganase, de manera, que le fuese de provecho sana y no rota. Las treguas se guardaron inviolablemente, mas no se pudo saber de cierto que intencion hubiesen tenido para no ofenderse con la artilleria, sino fue el temor de perecer ambos sin provecho de alguno de ellos. No embargante las paces puestas, se velaban y recataban de noche por no ser acometidos de sobresalto, porque de palabra de enemigo no se debe fiar el buen soldado, para descuidarse por ella de lo que le conviene hacer en su salud y vida.

El segundo dia volvieron á pe-

lear obstinadamente , y no cesaron hasta que el cansancio y la hambre los despartio ; mas habiendo comido y tomado aliento tornaron á la batalla de nuevo, la qual duro hasta el sol puesto : entonces se retiraron y pusieron en sus sitios, y se visitaron y regalaron como el dia antes, preguntando el uno por la salud del otro , y ofreciéndose para los heridos las medicinas que cada qual de ellos tenia.

La noche siguiente envió el Capitan Diego Perez un recaudo á los de la ciudad diciendo , que bien habian visto lo que en aquellos dias habia hecho por matar o rendir al enemigo , y como no le habia sido posible, por hallar en el gran resistencia : que les suplicaba, pues á la ciudad le importaba tanto quitar de su mar y costas un cosario tal como aquel , le hiciesen merced de darle palabra, si en la batalla se perdiese,

como era acaecedero, restituirian á él o á sus herederos lo que su nao podia valer, y mil pesos menos: que el se ofreceria á pelear con el contrario hasta le vencer, ó morir á sus manos; y que pedia esta recompensa porque era pobre, y no tenia mas caudal que aquel navio; que si fuera rico, holgara de lo arriesgar libremente en su servicio, y que si venciese no queria de ellos premio alguno. La ciudad no quiso conceder esta gracia á Diego Perez, antes le respondió desabridamente diciendo, que hiciese lo que quisiese, que ellos no querian obligarse á cosa alguna. El qual vista la mala respuesta a su peticion, y tanta ingratitud á su buen ánimo y deseo, acordó pelear por su honra, vida y hacienda, sin esperar en premio ageno, diciendo quien puede servirse asimismo, mal hace en servir á otro, que las pagas de los hombres ca-

si siempre son como esta.

Luego que amaneció el dia tercero de la batalla de estos bravos Capitanes, Diego Perez se halló á punto de guerra, y acometió á su enemigo con el mismo ánimo y gallardia que los dos pasados, por dar á entender á los de la ciudad que no peleaba en confianza de ellos, sino en la de Dios, y de su buen ánimo y esfuerzo. El frances salio á recibirle con no menos deseo de vencer ó morir aquel dia que los pasados, que cierto parece que la obstinacion y el haberlo hecho caso de honra les instigaba á la pelea, mas que el interes que se les podia seguir de despojarse el uno al otro; porque sacados los navios, debia de valer bien poco lo que habia en ellos. Aferrados pues el uno con el otro pelearon todo aquel dia, como habian hecho los dos pasados, apartandose solamente para comer y descansar quan-

do sentian mucha necesidad, y en habiendo descansado volvian á la batalla tan de nuevo como si entonces la empezaran, y siempre con mayor enojo y rabia de no poderse vencer. La falta del dia los despartió con muchos heridos, y algunos muertos que de ambas partes hubo: mas luego que se retiraron, se visitaron y regalaron como solian, con sus dadivas y presentes, como si entre ellos no hubiera pasado cosa alguna de mal. Asi pasaron la noche con admiracion de toda la ciudad, que dos hombres particulares que andaban á buscar la vida sin otra necesidad ni obligacion que les forzase, porfiasen tan obstinadamente en matarse el uno al otro, no habiendo de llevar mas premio que el haberse muerto, ni pudiendo esperar gratificacion alguna de sus Reyes, pues no andaban en servicio de ellos, ni a su sueldo: empero todo

esto y mas pueden las pasiones humanas quando empiezan á reynar.

CAPITULO X.

Prosigue el suceso de la batalla naval hasta su fin.

Venido el quarto dia, habiéndose hecho salva con los tiros, y saludadose con palabras del un navio al otro, segun costumbre de Mareantes, volvieron Españoles y Franceses á la porfia de la batalla con el mismo ánimo y esfuerzo que los tres dias pasados, aunque con menos fuerzas; porque andaban ya muy cansados, y muchos de ellos mal heridos. Mas el deseo de la honra, que en los animos generosos puede mucho, les daba esfuerzo y vigor para sufrir y llevar tanto trabajo. Todo este dia pelearon como los pasados, apartandose solamente para comer,

descansar y curar los heridos, y luego volvian á la batalla como de nuevo, hasta que la noche los puso en paz. Retirados que fueron, no faltaron de visitarse con sus presentes de regalos y buenas palabras: que cierto son de notar los dos estremos tan contrarios, uno de enemistad, y otro de comedimientos que entre estos Capitanes aquellos quatro dias pasaron; porque es verdad que la pelea de ellos era de enemigos mortales, ansiosos de quitarse las vidas y haciendas, y en cesando de ella, todo se les convertia en amistad de hermanos, deseosos de hacerse todo el regalo posible, por mostrar que no eran menos corteses y afables en la paz, que valientes y feroces en la guerra, y que no deseaban menos vencer de la una manera que de la otra.

Volviendo a los de la batalla, el Español que habia sentido aquel dia

flaqueza en su enemigo, le envió entre sus comedimientos y regalos á decir, que en estremo deseaba que aquella batalla, que tanto habia durado, no cesase hasta que el uno de los dos hubiese alcanzado la victoria: que le suplicaba le esperase el dia siguiente, que él le prometia buenas albricias si así lo hiciese, y que por obligarle con las leyes militares á que no se fuese aquella noche, le desafiaba de nuevo para la batalla del dia venidero, y que confiaba no la rehusaria, pues en todo lo de atrás se habia mostrado tan principal y valiente Capitan.

El frances, haciendo grandes ostentaciones de regocijo por el nuevo desafío, respondió que lo aceptaba, y que esperaria el dia siguiente y otros muchos que fuesen menester para cumplir su deseo, y fenecer aquella batalla, cuyo fin no deseaba menos que su contrario, que de

esto estuviese cierto, y descuidadamente reposase toda la noche, y tomase vigor y fuerzas para el dia siguiente, y que le suplicaba no fuese aquel desafio fingido y con industria, artificiosamente hecho, para le asegurar é descuidar, é irse á su salvo la noche venidera, sino que fuese cierto y verdadero, que asi lo deseaba él, por mostrar en su persona la valerosidad de su nacion.

Mas con todas estas bravatas, quando vió tiempo acomodado, alzando las anclas con todo el silencio que pudo, se hizo á la vela, por no arrepentirse de haber cumplido palabra dada en perjuicio y daño propio: que no dexa de ser muy gran simpleza la observancia de ella en tales casos, pues el mudar consejos es de sabios, principalmente en la guerra, por la instabilidad que hay en los sucesos de ella, de lo qual carece la paz: y tambien porque el

último fin que en ella se pretende es alcanzar victoria.

Los centinelas de la nao Española, aunque sintieron algun ruido en la francesa, no tocaron arma, ni dieron alerta, entendiendo que se aprestaban para la batalla venidera, y no para huir. Venido el dia se hallaron burlados. Al Capitan Diego Perez le pesó mucho que sus enemigos se hubiesen ido, porque segun la flaqueza que el dia antes los habia sentido, tenia por muy cierta la victoria de su parte, y con deseo de ella, tomando de la ciudad lo que habia menester para los suyos, salió en busca de los contrarios.

CAPITULO XI.

Fiestas que al Gobernador hicieron en Santiago de Cuba.

De este caso tan notable y estraño quedó la ciudad de Santiago muy escandalizada y temerosa; y como sucedió tan pocos dias antes que el Gobernador llegase al puerto, temio que era el cosario pasado, que habiendo juntado otros consigo, volvia á saquear y quemar la ciudad; por esto dió el mal aviso que hemos dicho para que se perdiesen en las peñas y baxios que hay en la entrada del puerto.

El Gobernador se desembarcó, y toda la ciudad salió con mucha fiesta y regocijo á le recibir, y dar el parabien de su buena venida, y en disculpa de haberle enojado con el mal recaudo, le contaron mas

larga y particularmente todo el suceso de los quatro dias de la batalla del frances con el español, y las visitas y regalos que se enviaban; y le suplicaron les perdonase, que aquel gran miedo les habia causado este mal consejo. Mas no se disculparon de haber sido tan crueles y desagradecidos con Diego Perez, como el Gobernador lo supo despues en particular, de que se admiró no menos que de la pelea y comedimientos que los dos Capitanes habian tenido. Porque es cierto que le informaron, que demas de la mala respuesta que habian dado al partido que Diego Perez les habia ofrecido, habian estado tan tiranos con él, que en todos los quatro dias que habia peleado, con ser la batalla en servicio de ellos, y con salir toda la ciudad á verla cada dia, nunca se habian comedido á socorrerle mientras peleaba, ni a regalarle siquiera

con un jarro de agua quando descansaba; sino que le habian tratado tan esquivamente como si fuera de nacion y religion contraria á la suya. Ni en propio beneficio habian querido hacer cosa alguna contra el frances, que con enviar veinte ó treinta hombres en una barca o balsa, que hicieran muestra de acometer al enemigo por el otro lado, sin llegar con él á las manos, solo con divertirle, dieran la victoria á su amigo, que qualquiera socorro, aunque pequeño, fuera parte para darsela, pues las fuerzas de ellos estaban tan iguales, que pudieron pelear quatro dias sin reconocerse ventaja, Mas ni esto ni otra cosa alguna habian querido hacer los de la ciudad por sí, ni por el Español, como si no fueran Españoles, temiendo que si el frances venciese, no la saquease o quemase, trayendo otros en su favor, como habian sospechado que

traia: y no advertian que el enemigo de nacion o de religion, siendo vencedor, no sabe tener respeto á los males que le dexaron de hacer, ni agradecimiento á los bienes recibidos, ni vergüenza á las palabras y promesas hechas, para dexarlas de quebrantar, como se vé por muchos exemplos antiguos y modernos. Por lo qual en la guerra, principalmente de infieles, el enemigo siempre sea tenido por enemigo y sospechoso, y el amigo por amigo, y fiel, porque de este se debe esperar, y de aquel temer, y nunca fiar de su palabra, antes perder la vida que fiarse de ella; porque como infieles se precian de quebrantarla, y lo tienen por religion, principalmente contra fieles. Por esta razon no dexó de culpar el Gobernador á los de la ciudad de Santiago, que no hubiesen ayudado á Diego Perez, pues era de su misma ley y nacion.

Como diximos, fue recibido el General con mucha fiesta, y comun regocijo de toda la ciudad, que por las buenas nuevas de su prudencia y afabilidad, habia sido muy deseada su presencia. A este contento se juntó otro no menor que les dobló el placer y alegria, que fue la persona del Obispo de aquella iglesia, Fr. Hernando de Mesa, dominico, que era un santo varon, y habia ido en la misma armada con el Gorbernador, y fue el primer Prelado que á ella pasó, el qual se hubiera de ahogar al desembarcar de la nao, porque al tiempo que su señoria se desasia del navio, y saltaba en el batel, la barca se aparto algun tanto, de manera que no la pudiendo alcanzar, por ser las ropas largas, cayó entre los dos baxeles, y al descubrirse del agua, dio con la cabeza en la barca, por lo qual se vio en lo ultimo de la vida: los marineros echán-

dose al agua lo libraron. Viéndose la ciudad con dos personages tan principales para el gobierno de ambos estados eclesiástico y seglar, no cesó por muchos dias de festejarlos, unas veces con danzas, saraos y máscaras que hacian de noche, otros con juegos de cañas y toros que corrian y alanceaban; otros dias hacian regocijo á la brida, corriendo sortija, y á los que en ella se aventajaban en la destreza de las armas y caballeria, ó en la discrecion de la letra, ó en la novedad de la invencion, ó en la lindeza de la gala, se les daban premios de honor, de joyas de oro y plata, seda y brocado, que para los victoriosos estaban señalados; y al contrario daban asimismo premios de vituperio á los que lo hacian peor: no hubo justas ni torneos á caballo ni á pie por falta de armaduras.

En estas fiestas y regocijos eu-

traban muchos caballeros de los que habian ido con el Gobernador, así por mostrar la destreza que en toda cosa tenian, como por festejar á los de la ciudad, pues el contento era comun. Para estos regocijos y fiestas ayudaban mucho, como siempre en las burlas y veras suelen ayudar, los muchos, y por extremo buenos caballos que en la isla habia de obra, talle y colores: porque de mas de la bondad natural que los de esta tierra tienen, los criaban entonces con mucha curiosidad, y en gran número, que había hombres particulares que tenian en sus caballerizas á veinte y á treinta caballos; y los ricos á cincuenta y á sesenta por grangeria; porque para las nuevas conquistas que en el Perú, México y otras partes se habian hecho y hacian, se vendian muy bien, y era la mayor y mejor grangeria que en aquel tiempo tenian los morado-

res de la isla de Cuba y sus comarcas.

CAPITULO XII.

Provisiones que el Gobernador proveyó en Santiago de Cuba. Caso notable de los naturales de aquellas islas.

Casi tres meses se entretuvo la gente del Gobernador en las fiestas y regocijos, habiendo entre ella y los de la ciudad toda paz y concordia; porque los unos y los otros procuraban tratarse con toda amistad y buen hospedage. El Gobernador, que atendia á cuidados mayores, visitó en este tiempo los pueblos que en la isla habia, proveyo ministros de justicia, que en ellos quedasen por tenientes suyos, compró muchos caballos para la jornada, y su gente principal hizo lo mismo; para lo

qual dió á muchos de ellos socorro en mas cantidad que lo habia hecho en San Lucar; porque para comprar caballos era menester socorrerles mas magnificamente.

Los de la isla le presentaron muchos, que como hemos dicho, los criaban en gran número, y entonces estaba aquella tierra próspera y rica, y muy poblada de Indios, los quales poco despues dieron en ahorcarse casi todos: y la causa fué, que como toda aquella region de tierra sea muy caliente y humeda, la gente natural que en ella habia era regalada, floja y para poco trabajo, y como por la mucha fertilidad y frutos que la tierra tiene de suyo, no tuviese necesidad de trabajar mucho para sembrar y coger, que por poco maiz que sembraban cogian por año mas de lo que habian menester para el sustento de la vida natural, que ellos no pretendian



otra cosa : y como no conociesen el oro por riqueza, ni lo estimasen, haciase'les de mal el sacarlo de los arroyos y sobre haz de la tierra donde se cria, y sentian demasiadamente, por poca que fuese la molestia, que sobre ello les daban los Españoles ; y como tambien el demonio incitase por su parte, y con gente tan simple, viciosa y holgazana pudiese lo que quisiese, sucedió, que por no sacar oro, que en esta isla lo hay bueno y en abundancia, se ahorcaron de tal manera y con tanta priesa, que hubo dia de amanecer cincuenta casas juntas de Indios ahorcados con sus mugeres e hijos, de un mismo pueblo, que apenas quedo en el hombre viviente, que era la mayor lastima del mundo verlos colgados de los árboles, como paxaros zorzales quando les arman lazos, y no bastaron remedios que los Españoles procura-

ron, é hicieron para lo estorvar. Con esta plaga tan abominable se consumieron los naturales de aquella isla y sus comarcas, que hoy casi no hay ninguno. De este hecho sucedió despues la carestia de los Negros que al presente hay, para llevarlos á todas partes de Indias que trabajen en las minas.

Entre otras cosas que el Gobernador proveyó en Santiago de Cuba, fue mandar, que un Capitan llamado Mateo Aceytuno, caballero natural de Talavera de la Reyna, fuese con gente por la mar á reedificar la ciudad de la Habana; porque tuvo aviso, que pocos dias antes la habian saqueado y quemado cosarios franceses, sin respetar el templo, ni acatar las imágenes que en él habia, de que el Gobernador y toda su gente, como católicos, hicieron mucho sentimiento: en suma proveyó el General todo lo que

le pareció convenir para pasar adelante en la conquista; á la qual no ayudo poco lo que dirémos, y fue, que en la villa de la Trinidad, que es un pueblo de los de aquella isla, vivia un caballero muy rico y principal, llamado Vasco Porcallo de Figuerca, deudo cercano de la ilustrisima casa de Feria, el qual visito al Gobernador en la ciudad de Santiago de Cuba, y como él estuviese en ella algunos dias, y viese la gallardia y gentileza de tantos caballeros y tan buenos soldados como iban á esta jornada, y el aparato magnifico que para ella se proveyò, no pudo contenerse, que su animo ya resfriado de las cosas de la guerra, no volviese ahora de nuevo a encenderse en los deseos de ella. Con los quales voluntariamente se ofreció al Gobernador de ir en su compañia á la conquista de la Florida tan famosa, sin que su edad, que pasaba ya

de los cincuenta años, ni los muchos trabajos que habia pasado así en Indias, como en España é Italia, donde en su juventud habia vencido dos campos de batalla singular, ni la mucha hacienda ganada y adquirida por las armas, ni el deseo natural que los hombres suelen tener de la gozar, fuese para resistirle; antes posponiéndolo todo, quiso seguir al Adelantado, para lo qual le ofreció su persona, vida y hacienda.

El Gobernador, vista una determinacion tan heroica, y que no la movia deseo de hacienda ni honra, sino propia generosidad, y el animo belicoso que este caballero siempre habia tenido, acepto su ofrecimiento, y habiéndole estimado, y con palabras encarecido en lo que era razon, por corresponder con la honra que tan gran hecho merecia, le nombro por Teniente General de te-

da su armada y exército, habiendo muchos dias antes depuesto de este cargo á Nuño Tobar, por haberse casado clandestinamente con Doña Leonor de Bobadilla, hija del Conde de la Gomera.

Vasco Porcallo de Figueroa y de la Cerda, como hombre generoso y riquisimo, ayudó magnificamente para la conquista de la Florida; porque sin los muchos criados Españoles, Indios y Negros que llevó á esta jornada, y sin el demas aparato y omenage de su casa y servicio, llevó treinta y seis caballos para su persona, sin otros mas de cincuenta que presentó á caballeros particuleres del exército.

Proveyo de mucho bastimento de carnage, pescado, maiz, cazavi, sin otras cosas que la armada hubo menester. Fue causa que muchos Españoles de los que vivian en la isla de Cuba, á imitacion suya, se ani-

masen y fuesen á esta jornada Con las quales cosas en breve tiempo se concluyeron las que eran de importancia, para que la armada y gente de guerra pudiese salir y caminar á la Habana.

CAPÍTULO XIII.

El Gobernador va á la Habana: prevenciones que en ella hace para su conquista.

A los postreros de Agosto del mismo año de 1538, salió el General de la ciudad de Santiago de Cuba con cincuenta de á caballo para ir á la Habana, habiendo dexado orden que los demas caballos, que eran trescientos, caminasen en pos de él en quadrillas de cincuenta en cincuenta, saliendo los unos ocho dias despues de los otros, para que fuesen mas acomodados y mejor pro-

veidos. La infanteria y toda su casa y familia mandó que baxando la isla fuese por la mar á juntarse todos en la Habana, donde habiendo llegado el Gobernador, vista la destruccion que los cosarios habian hecho en el pueblo, socorrió de su hacienda á los vecinos y moradores de él, para ayudar á reedificar sus casas; y lo mejor que pudo reparó el templo y las imagenes destrozadas por los hereges; y luego que llegaron á la Habana, dió orden que un caballero, natural de Sevilla, nombrado Juan de Añasco, que iba por contador de la hacienda imperial de S. M., que era gran marinero, cosmografo y astrólogo, con la gente mas plática de la mar que entre ellos se hallaba, fuese en los dos vergantines a costear y descubrir la costa de la Florida, á ver y notar los puertos, calas ó bayas que por ella hubiese.

El contador fue y anduvo dos meses corriendo la costa á una mano y á otra. Al fin de ellos volvió con relacion de lo que habia visto, y traxo consigo dos Indios que habia preso. El Gobernador, visto la buena diligencia que Juan de Añasco habia hecho, mandó que volviese á lo mismo, y muy particularmente notase todo lo que por la costa hubiese, para que la armada sin andar costeando fuese derechamente á surgir donde hubiese de ir. Juan de Añasco volvió á su demanda, y con todo cuidado y diligencia anduvo por la costa tres meses, y al cabo de ellos vino con mas certificada relacion de lo que por allá habia visto y descubierto, y donde podian surgir los navios y tomar tierra: de este viage trajo otros dos Indios que con industria y buena maña habia prendido, de que el Gobernador y todos los suyos recibieron mucho

contento, por tener puertos sabidos y conocidos donde ir á desembarcar. En este paso añade Alonso de Carmona, que por haber estado perdidos el Capitan Juan de Añasco y sus compañeros dos meses en una isla despoblada, donde no comian sino páxaros bobos que mataban con garrotes, y caracoles marinos, y por mucho peligro que habian corrido de ser anegados quando volvieron á la Habana, al salir en tierra dende la lengua del agua, fueron todos los que venian en el navío de rodillas hasta la iglesia, donde les dixeran una misa, y despues de cumplida su promesa, dice que fueron muy bien recibidos del Gobernador y de todos los suyos, los quales habian estado muy desconfiados de temor que se hubiesen perdido en la mar, &c.

Estando el Adelantado Hernando de Soto en la Habana aderezan-

do y proveyendo lo necesario para su jornada, supo como Don Antonio de Mendoza, Visorey que entonces era de México, hacia gente para enviar á conquistar la Florida: y no sabiendo el General a que parte la enviaba, y temiendo no se encontrasen y estorvasen los unos á los otros, y hubiese discordia entre ellos, como la hubo en México, entre el Marqués del Valle, Hernando Cortés, y Pánfilo de Narvaez, que en nombre del Gobernador Diego Velazquez habia ido á tomarle cuenta de la gente y guarda que le habia entregado, y como la hubo en el Perú entre los Adelantados Don Diego de Almagro, y Don Pedro de Alvarado, á los principios de la conquista de aquel reyno: por lo qual, y por excusar la infamia del vender y comprar la gente, como dixeron de aquellos Capitanes, le parecio á Hernando de Soto, seria

bien dar aviso al Visorey de las provisiones y conducta de que S. M. le habia hecho merced, para que supiese, y juntamente suplicarle no levantase gente, ni estorvase su jornada, y si necesario fuese requerirle y protestarle con ellas. A lo que envió un soldado gallego, llamado San Jurge, hombre hábil y diligente para qualquier hecho, el qual fue á México, y en breve tiempo volvió con respuesta del Visorey, que decia hiciese el Gobernador seguramente su entrada y conquista por donde la tenia trazada, y no temiese que se encontrasen los dos; porque el enviaba la gente que hacia á otra parte muy lejos de donde el Gobernador iba: que la tierra de la Florida era tan larga y ancha que habia para todos; y que no solamente no pretendia estorvarle, mas antes deseaba y tenia animo de le ayudar y socorrer si menester fue-

se; y asi le ofrecia su persona y hacienda, y todo lo que con su cargo y administracion pudiese aprovecharle. Con esta respuesta quedo el Gobernador satisfecho y muy agradecido del ofrecimiento del Visorey.

Ya por este tiempo que era mediado Abril, toda la caballeria que en Santiago de Cuba habia quedado, era llegada á la Habana, habiendo caminado á jornadas muy cortas las doscientas y cincuenta leguas, poco mas ó menos, que hay de la una ciudad á la otra.

Viendo el Adelantado que toda su gente asi de á caballo como infantes estaba ya junta en la Habana, y que el tiempo de poder navegar se iba acercando, nombro á Doña Isabel de Bobadilla su muger, é hija del Gobernador Pedro Arias de Avila, muger de toda bondad y discrecion, por Gobernadora de aquella

gran isla, y por su lugar teniente á un caballero noble y virtuoso llamado Juan de Roxas; y en la ciudad de Santiago dexo por Teniente á otro caballero que habia nombre Francisco de Guzman, los quales dos caballeros, antes que el General llegara á esta isla, gobernaban aquellas dos ciudades, y por la buena relacion que de ellos tuvo, los dexo en el mismo cargo que antes ténian. Compró una muy hermosa nao llamada Santa Ana, que á aquella sazon acertó á venir al puerto de la Habana. La qual nao habia ido por Capitana á la conquista y descubrimiento del rio de la Plata, con el Gobernador y Capitan General Don Pedro de Zuñiga y Mendoza, el qual se perdio en la jornoda, y volviéndose á España murio de enfermedad en la mar La nao llegó á Sevilla de aquel viage, y volvio con otro á Mexico, de donde vol-

via entonces quando Hernando de Soto la compró, por ser tan grande y hermosa que llevó en ella ochenta caballos á la Florida.

CAPITULO XIV.

Llega á la Habana una nao, en la qual viene Hernan Ponce, compañero del Gobernador.

El Gobernador andaba ya muy cerca de embarcarse para ir á su conquista, que no esperaba sino la bonanza del tiempo, quando entró en el puerto otra nao que venia de Nombre de Dios, la qual como pareció, entró contra toda su voluntad, forzada del mal temporal que corria; porque en quatro o cinco dias que anduvo contrastando con el viento, la vieron llegar á la boca del puerto tres veces, y volverse á meter en alta mar otras tantas, como huyen-

do de aquel puerto por no le tomar. Mas no pudiendo resistir á la furia de la tormenta que hacia, aunque el principal pasagero que en ella venia hubiese hecho grandes promesas á los marineros, porque no entrasen en el puerto, mal que les peso lo hubieron de tomar, sin poder hacer otra cosa: porque á la furia del mar no hay resistencia. Para lo qual es de saber, que quando Hernando de Soto salió del Perú para venir á España, como se dixo en el capítulo primero, dexó hecha compañia y hermandad con Hernan Ponce, que fuesen ambos á la parte de lo que los dos durante su vida ganasen ó perdiesen, así en los repartimientos de Indios que S. M. les diese, como en las demas cosas de honra y provecho que pudiesen haber. Porque la intencion de Hernando de Soto quando salio de aquella tierra, fue volver á ella á gozar del premio que por los

servicios hechos en la conquista de ella habia merecido, aunque despues como se ha visto, pasó los pensamientos á otra parte. Esta misma compañia se hizo entonces, y despues entre otros muchos caballeros y gente principal que se halló en la conquista del Peru, que aun yo alcancé á conocer algunos de ellos que vivian en ella como si fueran hermanos, gozando de los repartimientos que les habian dado, sin dividirlos.

Hernan Ponce, cuya parentela ni patria no alcancé á saber, mas de que oí decir que era del reyno de Leon, despues de la venida de Hernando de Soto á España, tuvo en el Peru un repartimiento de Indios muy rico, merced que el marques Don Francisco Pizarro en nombre de S. M. le hizo, los quales le dieron mucho oro, plata y piedras preciosas; con lo qual, y con lo que mas pudo re-

coger del valor de las preseas y alhajas de casa, que entonces todo se vendia á peso de oro, y con la cobranza de algunas deudas que Hernando de Soto le dexo, venia á España muy prospero de dinero; y como supiese en Nombre de Dios o en Cartagena, que Hernando de Soto estaba en la Habana con tanto aparato de gente y navios para ir á la Florida, quisiera pasarse de largo sin tocar en ella, por no darle cuenta de lo que entre los dos la habia, y por no partir con él de lo que traia, que temió se lo quitase todo, como hombre menesteroso, que se habia metido en tanto gasto, y esta era la causa de haber rehusado tanto de no tomar el puerto si pudiera no tomarlo: mas no le fue posible, porque la fortuna ó tempestad de la mar, sin atencion o respeto alguno, desdeña o favorece á quien se le antoja.

Luego que la nao entró en el puerto, supo el Gobernador que venia Hernan Ponce en ella: envio á visitarle, darle el parabien de su venida, y ofrecerle su posada y todo lo demas de su hacienda, oficios y cargos; pues como compañero y hermano tenia la mitad en todo lo que él poseia y mandaba; y en pos de este recaudo, fue en persona á verle y sacarle á tierra.

Hernan Ponce no quisiera tanto comedimiento ni hermandad; empero despues de haberse hablado el uno al otro con palabras ordinarias buenas, de buenas cortesias, disimulando su congoja, se escuso lo mejor que pudo de salir á tierra, diciendo, que por el mucho trabajo y poco sueño que en aquellos quatro ó cinco dias con la tormenta de la mar habian tenido, no estaban para desembarcarse, que suplicaba á su señoría por aquella noche siquiera tu-

viese por bien se quedase en el navio que otro dia si estuviese mejor, saldria á besarle las manos, y recibir y gozar toda la merced que le ofrecia. El Gobernador lo dexó á toda su voluntad, por mostrar que no queria ir contra ella en cosa alguna; mas sintiendo el mal que tenia, mandó con mucho secreto poner guardas por mar y por tierra, que con todo cuidado velasen la noche siguiente, y viesen lo que Hernan Ponce hacia de sí.

El qual, no fiando de la cortesia de su compañero, ni pudiendo entender que fuese tanta como despues vio, ni aconsejandose con otro que con la avaricia, cuyos consejos siempre son en perjuicio del mismo que los toma, acordo poner en cobro, y esconder en tierra una gran partida de oro y piedras preciosas que traia: no advirtiendo que en mar ni en tierra en todo aquel dis-

trito podia haber lugar seguro para él, donde le fuera mejor esperar en el comedimiento ageno que en sus propias diligencias: mas el temeroso y sospechoso siempre elige por remedio lo que le es mayor mal y daño. Asi lo hizo este caballero, que dexando la plata para hacer muestra con ella, mandó sacar del navio á media noche todo el oro, perlas y piedras preciosas que en dos cofrecillos traia, que todo ello pasaba de quarenta mil pesos de valor, y llevarlo al pueblo á casa de algun amigo, ó enterrarle en la costa del navio, para volverlo á cobrar pasada la tormenta que recelaba tener con Hernando de Soto. Mas sucedio al reves, porque las guardas y centinelas que velaban tendidos en el monte, que lo hay muy bravo en aquel puerto, y en toda su costa, viendo ir el batel hacia ellos, se estuvieron quedos hasta que desem-

barcase lo que traia ; y quando vieron la gente en tierra y lejos del batel arremetieron con ellos, los quales desamparando el tesoro, huyeron al barco ; unos acertaron á tomarlo, y otros se echaron al agua por no ser muertos ó presos. Los de tierra habiendo recogido la presa sin hacer mas ruido, la llevaron toda al Gobernador, de que él recibió pena por ver que su compañero viniese tan sospechoso de su amistad y hermandad, como lo mostraba por aquel hecho, y mandólo tener encubierto, hasta ver como salia de el Hernan Ponce.

CAPITULO XV.

Cosas que pasan entre Hernan Ponce de Leon, y Hernando de Soto; embarcase el Gobernador para la Florida

Venido el dia siguiente, Hernan Ponce salió de su navio con mucha tristeza y dolor de haber perdido su tesoro, donde pensaba haberlo puesto en cobro: mas disimulando su pena, fue á posar á la posada del Gobernador, y á solas hablaron muy largo de las cosas pasadas y presentes, y llegados al hecho de la noche precedente, Hernando de Soto se le quejo con mucho sentimiento de la desconfianza que habia tenido de su amistad y hermandad, pues no fiando de ella, habia querido esconder su hacienda, temiendo no se la quitase, de que el estaba tan lejos, como él lo veria por la obra. Diciendo

esto, mandó traer ante sí todo lo que la noche antes habian tomado á los del Batel, y lo entregó á Hernan Ponce, advirtiéndole mirase si faltaba algo que lo haria restituir; y para que viese quan diferente ánimo habia sido el suyo de no partir la compañía y hermandad que tenia hecha, le hacia saber, que todo lo que habia gastado para hacer aquella conquista y el haberla pedido á S. M., habia sido debaxo de la union de ella, para que la honra y provecho de la jornada fuese de ambos, y que de esto podia certificarse de los testigos que allí habia, en cuya presencia habia otorgado las escrituras y declaraciones para esto necesarias, y para mayor satisfacion suya, si queria ir á aquella conquista, ó sin ir á ella, como él gustase, de qualquiera manera que fuese, dixo: que luego al presente renunciaria en él el titulo ó titulos que

apeteciese de los que S. M. le habia dado. Demas de esto dixo, holgaria le avisase de todo lo que á su gusto, honra y provecho estuviese bien, que en él hallaria lo que quisiese muy al contrario de lo que él habia temido.

Hernan Ponce se vió confundido de la mucha cortesia del Gobernador, y de la demasiada desconfianza suya, y atajando razones, porque no las hallaba para su descargo, respondió: suplicaba á su señoria le perdonase el yerro pasado, y tuviese por bien de le sustentar, y confirmar las mercedes que le habia hecho en llamarle compañero y hermano, de que él se tenia por muy dichoso, sin pretender otro titulo mejor, que para él no lo podia haber: solo deseaba que las escrituras de su compañia y hermandad, para mayor publicidad de ella, se volviesen á renovar, y que su seño-

ria fuese muy enhorabuena á la conquista, y á él dexase venir á España, que dándoles Dios salud y vida gozarian de su compañia, y adelante si quisiesen partirian lo que hubiesen ganado: y en señal que aceptaba por suya la mitad de lo conquistado, suplicaba á su señoria permitiese que Doña Isabel de Bobadilla, su muger, recibiese diez mil pesos en oro y plata, con que le servia para ayuda á la jornada, puesto que conforme á la compañia, era de su señoria la mitad de todo lo que del Perú traia, que era mayor cantidad. El Gobernador holgó de hacer lo que Hernan Ponce le pedia, y en mucha conformidad de ambos se renovaron las escrituras de su compañia y hermandad, y en ella se mantuvieron el tiempo que estuvieron en la Habana, y el Gobernador aviso á los suyos en secreto, y les persuadio con el exemplo en pú-

blico, tratasen á Hernan Ponce como a su propia persona, y así se hizo, que todos le hablaban señoria, y le respetaban como al mismo Adelantado.

Concluidas las cosas que hemos dicho, pareciéndole al Gobernador que el tiempo convidaba ya á la navegacion, mando embarcar á toda priesa los bastimentos y las demas cosas que se habian de llevar: todo lo qual puesto en los navios como habia de ir, embarcaron los caballos. En la nao de Santa Ana ochenta, en la nao de S. Christobal sesenta, en la llamada Concepcion quarenta; y en los otros tres navios menores, San Juan, Santa Barbara y San Anton embarcaron sesenta: que por todos fueron trescientos y cincuenta caballos los que llevaron á esta jornada. Luego se embarco la gente de guerra, que con los de la isla que quisieron ir a esta conquis-

ta, sin los marineros de los ocho navios, caravela y vergantines, llegaban á mil hombres, toda gente lucida, apercibida de armas y arreos de sus personas y caballos, tanto que hasta entonces ni despues acá no se ha visto tan buena vanda de gente y caballos, todo junto, para jornada alguna que se haya hecho de conquista de Indios.

En todo esto de navios, gente, caballos y aparato de guerra concuerdan igualmente Alonso de Carmona, y Juan Coles en sus relaciones.

Este número de navios, caballos y hombres de pelea, sin la gente marinesca, sacó el Gobernador y Adelantado Hernando de Soto del Puerto de la Habana, quando á los 12 de Mayo del año 1539 se hizo á la vela para hacer la entrada y conquista de la Florida: llevando su armada tan abastada de todo basti-

mento, que mas parecia estar en una ciudad muy proveida que navegar por la mar, donde le dexaremos por volver á una novedad que Hernando Ponce hizo en la Habana, donde con achaque de refrescarse y aguardar mejor tiempo para la navegacion de España, se habia quedado hasta la partida del Gobernador.

Es así que pasados ocho dias que el General se habia hecho á la vela, Hernan Ponce presentó un escrito ante Juan de Roxas, teniente de Gobernador, diciendo haber dado á Hernando de Soto diez mil pesos de oro, sin debérselos, forzado de temor no le quitase, como hombre poderoso, toda la hacienda que traia del Perú. Por tanto le requeria mandase á Doña Isabel de Bobadilla, muger de Hernando de Soto, que los habia recibido, se los volviese, donde no protestaba quejarse de ello an-

te la magestad del Emperador nuestro señor.

Sabida la demanda por Doña Isabel de Bobadilla respondio, que entre Hernan Ponce y Hernando de Soto, su marido, habia muchas cuentas viejas y nuevas que estaban por averiguar, como por las escrituras de la compañia y hermandad entre ellos hecha parecia, y por ellas mismas constaba deber Hernan Ponce á Hernando de Soto mas de cincuenta mil ducados, que era la mitad del gasto que habia hecho para aquella conquista. Por tanto mandó á la justicia prendiese á Hernan Ponce, y lo tuviese á buen recaudo hasta que se averiguasen las cuentas, las quales ella ofrecia dar luego en nombre de su marido. Esta respuesta supo Hernan Ponce antes que la justicia hiciese su oficio, que do quiera, por el dinero se hallan espias dobles, y por no verse en otras con-

tingencias y peligros como los pasados, alzo las velas y se vino á España, sin esperar averiguacion de cuentas, en que habia de ser alcanzado en gran suma de dinero. Muchas veces la codicia del interés ciega el juicio á los hombres, aunque sean ricos y nobles á que hagan cosas que no les sirven mas que de haber descubierto y publicado la baxeza y vileza de sus ánimos.

CAPITULO XVI.

El Gobernador llega á la Florida: halla rastro de Panfilo de Narvaez.

El Gobernador Hernando de Soto que, como diximos, iba navegando en demanda de la Florida, descubrio tierra de ella el postrer dia de Mayo, habiendo tardado diez y nueve dias por la mar, por haberle sido el tiempo contrario. Surgieron las

naos en una baía honda y buena, que llamaron del Espiritu Santo, y por ser tarde no desembarcaron gente alguna aquel dia. El primero de Junio echaron los bateles á tierra, los quales volvieron cargados de yerba para los caballos, y traxeron mucho agraz de parrizas incultas que hallaron por el monte: que los Indios de todo este gran reyno de la Florida no cultivan esta planta, ni la tienen en la veneracion que otras naciones, aunque comen la fruta de ella quando está muy madura ó hecha pasas. Los nuestros quedaron muy contentos de las buenas muestras que traxeron de tierra, por asemejarse en las uvas a España, las quales no hallaron en tierra de México, ni en todo el Perú. El segundo dia de Junio mandó el Gobernador que saliesen á tierra trescientos infantes al auto, y solemnidad de tomar la posesion de ella por el Emperador Car-

los V, Rey de España. Los quales despues del auto anduvieron todo el dia por la costa, sin ver Indio alguno, y á la noche se quedaron á dormir en tierra. Al quarto del alva dieron los Indios en ellos con tanto ímpetu y denuedo que los retiraron hasta el agua; y como tocasen arma, salieron de los navios infantes y caballos á los socorrer con tanta presteza como si estuvieran en tierra.

El Teniente General Vasco Porcallo de Figueroa fue el caudillo del socorro: halló los infantes de tierra apretados y turbados como visoños, que unos á otros se estorbaban al pelear, y algunos de ellos ya heridos de las flechas. Dado el socorro, y seguido un buen trecho el alcance de los enemigos se volvieron á su alojamiento, y apenas habian llegado á él quando se les cayo muerto el caballo del Teniente General

de un flechazo que en la refriega le dieron sobre la silla, que pasando la ropa, tejuelas y bastos entró mas de una tercia por las costillas á lo hueco. Vasco Porcallo holgó mucho de que el primer caballo que en la conquista se empleó, y la primera lanza que en los enemigos se estrenó, fuese el suyo.

Este dia y otro siguiente desembarcaron los caballos, y toda la gente salió á tierra; y habiéndose refrescado ocho ó nueve dias, y dexado órden en lo que á los navios convenia, caminaron la tierra adentro poco mas de dos leguas, hasta un pueblo de un cacique llamado Hirrihigua, con quien Panfilo de Narvaez, quando fue a conquistar aquella provincia, habia tenido guerra, aunque despues el Indio se habia reducido á su amistad, y durante ella no se sabe por qué causa, enojado Panfilo de Narvaez, le habia

hecho ciertos agravios que por ser odiosos no se cuentan.

Por la sinrazon y ofensas quedó el cacique Hirrihigua tan amedrentado y odioso de los Españoles, que quando supo la ida de Hernando de Soto á su tierra se fue á los montes, desamparando su casa y pueblo, y por caricias, regalos y promesas que el Gobernador le hizo, enviándoselas por los Indios sus vasallos que prendia, nunca jamas quiso salir de paz, ni oir recaudo alguno de los que le enviaban; antes se enfadaba con quien se los llevaba, diciendo, que pues sabian quan ofendido y lastimado estaba de aquella nacion, no tenian para que llevarle sus mensages: que si fueran sus cabezas, esas recibiria él de muy buena gana; mas que sus palabras y nombres no les queria oir. Todo esto y mas puede la ofensa, principalmente si fue hecha sin culpa del ofendido: y para

que se vea mejor la rabia que este Indio contra los Castellanos tenia, sera bien decir aquí algunas crueldades y martirios que hizo en quatro Españoles que pudo haber de los de Panfilo de Narvaez, que aunque nos alarguemos algun tanto, no saldrémos del proposito, antes aprovechará mucho para nuestra historia.

Es de saber, que pasados algunos dias despues que Panfilo de Narvaez se fue de la tierra de este cacique, habiendo hecho lo que dexamos dicho, acertó á ir á aquella baía un navio de los suyos en su busca, el qual se habia quedado atrás, y como el cacique supiese que era de los de Narvaez, y que los buscaba, quisiera coger todos los que iban dentro para quemarlos vivos, y por asegurarlos se fingió amigo de Panfilo de Narvaez, y les envió á decir, como su Capitan habia estado allí, y dexado órden de lo que aquel na-

vio debia de hacer si aportase á aquel puerto. y para persuadirles á que le creyesen, mostró desde tierra dos ó tres pliegos de papel blanco, y otras cartas viejas que de la amistad pasada de los Españoles, ó como quiera que hubiese sido, habia podido haber, y las tenia muy guardadas.

Los del navio, con todo esto se recataron, y no quisieron salir á tierra. Entonces el cacique envió en una canoa quatro Indios principales al navio diciendo, que pues no fiaban de él, les enviaba aquellos quatro hombre nobles y caballeros (este nombre caballero en los Indios parece impropio, porque no tuvieron caballos, de los quales se deduxo el nombre, mas porque en España se entiende por los nobles, y entre los Indios los hubo nobilisimos, se podrá tambien decir por ellos) en rehenes y seguridad para que del na-

vio saliesen los Españoles que quisiesen ir á saber de su capitan Panfilo de Narvaez, y que si no se aseguraban que les enviaria mas prendas: viendo esto salieron quatro Españoles, y entraron en la canoa con los Indios que habian llevado las rehenes. El cacique, que los quisiera todos, viendo que no iban mas de quatro, no quiso hacer mas instancia en pedir mas Castellanos, porque esos pocos que iban á él no se escandalizasen y volviesen al navio.

Luego que los Españoles saltaron en tierra, los quatro Indios que habian quedado en el navio por rehenes, viendo que los Christianos estaban ya en poder de los suyos se arrojaron al agua, y dando una larga zabullida, y nadando como peces se fueron á tierra, cumpliendo en esto el orden que su Señor les habia dado. Los del navio, viendose burlados, antes que les aceciese otra

peor se fueron de la baía, con mucho pesar de haber perdido los compañeros tan indiscretamente.

CAPITULO XVII.

Tormentos que un cacique daba á un Español, esclavo suyo.

El cacique Hirrihigua mandó guardar a buen recaudo los quatro Espaçles, para con la muerte de ellos solemnizar una gran fiesta; que segun su gentilidad esperaba celebrar dentro de pocos dias. Venida la fiesta, los mandó sacar desnudos á la plaza, y que uno á uno, corriéndolos de una parte a otra, los flechasen como á fieras, y que no les tirasen muchas flechas juntas, porque tardasen mas en morir, y el tormento les fuese mayor, y á los Indios su fiesta y regocijo mas larga y solemne. Asi lo hicieron con los tres Españoles, recibiendo el cacique gran

contento y placer de verlos huir á todas partes, buscando remedio, y que en ninguna hallasen socorro sino muerte. Quando quisieron sacar el quarto, que era mozo que apenas llegaba á los diez y ocho años, natural de Sevilla, llamado Juan Ortiz, salio la muger del cacique, y en su compañia sacó tres hijas suyas mozas, y puestas delante del marido le dixo, que le suplicaba se contentase con los tres Castellanos muertos, y que perdonase aquel mozo, pues ni él ni sus compañeros habian tenido culpa de la maldad que los pasados habian hecho; pues no habian venido con Panfilo de Narvaez, y que particularmente aquel muchacho era digno de perdon, porque su poca edad le libraba de culpa, y pedia misericordia; que bastaba quedase por esclavo, y no que lo matasen tan crudamente sin haber hecho delito.

El cacique, por dar contento á su muger é hijas, otorgó por entonces la vida á Juan Ortiz, aunque despues se la dió tan triste y amarga, que muchas veces hubo envidia á sus tres compañeros muertos; porque el trabajo continuo sin cesar de acarrear leña y agua era tanto, y el comer y dormir tan poco, los palos, bofetadas y azotes de todos los dias tan crueles, sin los demas tormentos que á sus tiempos en particulares fiestas le daban, que muchas veces sino fuera christiano, tomara por remedio la muerte con sus manos. Porque es así que sin el tormento cotidiano, el cacique por su pasatiempo, muchos dias de fiesta mandaba que Juan Ortiz corriese todo el dia sin parar de sol á sombra en una plaza larga que en el pueblo habia, donde flecharon á sus compañeros; y el mismo cacique salia á verle correr, y con él iban sus gentiles-hombres

apercibidos de sus arcos y flechas para tirarle en dexando de correr. Juan Ortiz empezaba su carrera en saliendo el sol, y no paraba de una parte á otra de la plaza hasta que se ponia, que este era el tiempo que le señalaba. Y quando el cacique se iba á comer, dexaba sus gentiles-hombres que le mirasen, para que en dexando de correr lo matàsen. Acabado el dia, quedaba el triste qual se puede imaginar tendido en el suelo, mas muerto que vivo: la piedad de la muger é hijas del cacique le socorrian estos tales dias, porque ellas lo tomaban luego y lo arropaban y hacian otros beneficios con que le sustentaban la vida, que fuera mejor quitarsela por librarle de aquellos muchos trabajos. El cacique, viendo que tantos y tan continuos tormentos no bastaban á quitar la vida a Juan Ortiz, y creciéndole por horas el odio que le tenia

por acabar con él, mandó un dia de sus fiestas hacer un gran fuego en medio de la plaza, y quando vió mucha brasa hecha mandó tenderla y poner encima una barbacoa, que es un lecho de madera de forma de parrillas, una vara de medir alta del suelo, y que sobre ella pusiesen á Juan Ortiz para asarlo vivo.

Así se hizo, donde estuvo el pobre Español mucho rato tendido de un lado atado á la barbacoa. A los gritos que el triste daba en el fuego, acudieron la muger é hijas del cacique, y rogando al marido, y aun riñendo su crueldad, lo sacaron del fuego ya medio asado, que las begigas tenia por aquel lado como medias naranjas, y algunas de ellas reventadas, por donde le corria mucha sangre, que era lastima verlo. El cacique paso por ello, porque eran mugeres que el tanto queria; y quiza lo hizo tambien por tener

adelante en quien exercitar su ira, y mostrar el deseo de su venganza, porque hubiese en quien la exercitar; que aunque tan pequeña para como la deseaba, todavia se recreaba con aquella poca; y así lo dixo muchas veces, que le habia pesado de haber muerto los tres Españoles tan brevemente. Las mugeres llevaron á Juan Ortiz á su casa, y con zumos de yerbas (que las Indias é Indios, como carecen de médicos, son grandes hervolarios) le curaron con gran lastima de verle qual estaba: qué veces y veces se habian arrepentido ya de haberlo la primera vez librado de muerte, por ver que tan á la larga y con tan crueles tormentos se la daban cada dia. Juan Ortiz al cabo de muchos dias quedó sano, aunque las señales de las quemaduras del fuego le quedaron bien grandes.

El cacique por no verlo así, y por librarse de la molestia que su

muger é hijas con sus ruegos le daban, mandó, porque no estuviese ocioso, exercitarlo en otro tormento no tan grave como los pasados; y fue, que guardase dia y noche los cuerpos muertos de los vecinos de aquel pueblo que se ponian en el campo dentro de un monte, lejos de poblado, lugar señalado para ellos: los quales ponian sobre la tierra en unas arcas de madera que servian de sepulturas, sin gonces, ni otro mas recaudo de cerradura que unas tablas con que las cubrian, y encima unas piedras ó maderos, de las quales arcas por el mal recaudo que ellas tenian de guardar los cuerpos muertos, se los llevaban los leones, que por aquella tierra hay muchos, de que los Indios recibian mucha pesadumbre y enojo. Este sitio mandó el cacique á Juan Ortiz que guardase con cuidado, que los leones no le llevasen algun difunto ó parte de él,

con protestacion y juramento que le hizo, que si lo llevaban, moriria asado sin remedio alguno; y para con que los guardase, le dio quatro dardos que tirase á los leones, o á otras salvaginas que llegasen á las arcas. Juan Ortiz, dando gracias á Dios que le hubiese quitado de la continua presencia del cacique Hirrihigua, su amo, se fue á guardar los muertos, esperando tener mejor vida con ellos que con los vivos. Guardabalos con todo cuidado, principalmente de noche, porque entonces habia mayor riesgo. Sucedió que una noche de las que así velaba se durmió al quarto del alva, sin poder resistir al sueño, porque a esta hora suele mostrar sus mayores fuerzas contra los que velan. A este tiempo acertó á venir un leon, y derribando las compuertas de una de las arcas sacó un niño que dos dias antes habian echado en ella, y se lo lle-

vó. Juan Ortiz recordó al ruido que las compuertas hicieron al caer, y como acudió al arca y no halló el cuerpo del niño se tuvo por muerto. mas con toda su ansia y congoja no dexo de hacer sus diligencias buscando al leon, para si lo topase quitarle el muerto, ó morir a sus manos. Por otra parte se encomendaba á nuestro Señor le diese esfuerzo para morir otro dia, confesando y llamando su nombre; porque sabia que luego que amaneciese habian de visitar los Indios las arcas, y no hallando el cuerpo del niño lo habian de quemar vivo. Andando por el monte de una parte á otra con las ansias de la muerte, salió á un camino ancho que por medio de él pasaba, y yendo por él un rato con determinacion de huirse, aunque era imposible escaparse, oyo en el monte, no lejos de donde iba, un ruido como de perro que roia huesos, y

escuchando bien se certificó en ello, y sospechando que podia ser el leon que estuviese comiendo el niño, fue con mucho tiento por entre las matas, acercándose á donde sentia el ruido, y á la luz de la luna que hacia, aunque no muy clara, vió cerca de sí al leon que á su placer comia el niño. Juan Ortiz, llamando á Dios, y cobrando ánimo le tiró un dardo; y aunque por entonces no vió por causa de las matas el tiro que habia hecho, todavia sintió que no habia sido malo, por quedarle la mano sabrosa, qual dicen los cazadores que la sienten quando han hecho algun buen tiro á las fieras de noche: con esta esperanza, aunque tan flaca, y tambien por no haber sentido que el leon se hubiese alejado de donde le habia tirado, aguardo á que amaneciese, encomendandose á nuestro Señor le socorriese en aquella necesidad.

CAPITULO XVIII.

Prosigue la mala vida del cautivo christiano: como se huyó de su amo.

Con la luz del dia se certificó Juan Ortiz del buen tiro que á tiento habia hecho de noche, porque vió muerto el leon, atravesadas las entrañas y el corazon por medio, como despues se halló quando lo abrieron: cosa que él mismo aunque la veia no podia creer. Con el contento y alegria que se puede imaginar mejor que decir, lo llevó arrastrando por un pie sin quitarle el dardo, para que su amo lo viese asi como lo habia hallado, habiendo primero recogido y vuelto al arca los pedazos que del niño halló por comer. El cacique, y todos los de su pueblo se admiraron grandemente de esta hazaña, porque en aquella tierra, en

general se tiene por cosa de milagro matar un hombre á un leon; y así tratan con gran veneracion y acatamiento al que acierta á matarlo. Y en toda parte, por ser animal tan fiero, se debe estimar en mucho, principalmente si lo toma sin tiro de ballesta ó arcabuz como lo hizo Juan Ortiz: y aunque es verdad que los leones de la Florida, México y Perú no son tan grandes, ni tan fieros como los de Africa, al fin son leones, y el nombre les basta; y aunque el refran comun diga que no son tan fieros como los pintan, los que se han hallado cerca de ellos dicen, que son tanto mas fieros que los dibujados, quanto va de lo vivo á lo pintado.

Con esta buena suerte de Juan Ortiz tomaron mas ánimo y osadia la muger é hijas del Cacique para interceder por el, que lo perdonase del todo, y se sirviese de él en ofi-

cios honrados, dignos de su esfuerzo y valentia. Hirrihigua de allí adelante por algunos dias trató mejor á su esclavo, así por la estima y favor que en su pueblo y casa le hacian, como por acudir al hecho hazañoso que ellos en su vana religion tanto estiman y honran, que lo tienen por sagrado y mas que humano. Empero, como la injuria no sepa perdonar, todas las veces que se acordaba que a su madre habian echado a los perros, y dexadola comer de ellos, y quando se iba á sonar y no hallaba sus narices, le tomaba el diablo por vengarse de Juan Ortiz, como si él se las hubiera cortado, y como siempre traxese la ofensa delante de los ojos, y con la memoria de ella, de dia en dia le creciese la ira, rencor y deseo de tomar venganza, aunque por algun tiempo refrenó estas pasiones, no pudiendo ya resistirlas, dixo un dia

á su muger é hijas, que le era imposible sufrir que aquel Christiano viviese, porque su vida le era muy odiosa y abominable, que cada vez que le veia se le refrescaban las injurias pasadas, y de nuevo se daba por ofendido. Por tanto les mandaba, que en ninguna manera intercediesen mas por él sino querian participar de la misma saña y enojo; y que para acabar del todo con aquel español, habia determinado que tal dia de fiesta, que presto habian de solemnizar, lo flechasen y matasen como habian hecho á sus compañeros, no obstante su valentia, que por ser de enemigo se debia antes aborrecer que estimar. La muger é hijas del Cacique, porque lo vieron enojado, y entendieron que no habia de aprovechar intercesion alguna, y tambien porque les pareció que era demasia importunar, y dar tanta pesadumbre al señor por

el esclavo, no osaron replicar palabra en contra; antes con astucia mugeril acudieron á decirle, que seria muy bien que así se hiciese, pues él gustaba de ello. Mas la mayor de las hijas, por llevar su intencion adelante y salir con ella, pocos dias antes de la fiesta, en secreto dió noticia á Juan Ortiz de la determinacion de su padre contra él; y que ella, ni sus hermanas, ni su madre ya no valian, ni podian cosa alguna con el padre, por haberles puesto silencio en su favor, y amenazádolas si lo quebrantasen.

A estas nuevas tan tristes, queriendo esforzar al Español, añadió otras en contrario, y le dixo: Porque no desconfíes de mi, ni desesperes de tu vida, ni temas que yo dexe de hacer todo lo que pudiere por dartela, si eres hombre, y tienes animo para huirte, yo te daré favor y socorro para que te escapes

y te pongas en salvo. Esta noche que viene á tal hora, y en tal parte, hallarás un Indio de quien fio tu salud y la mia, el qual te guiará hasta una puente que esta dos leguas de aquí: llegando á ella le mandarás que no pase adelante, sino que se vuelva al pueblo antes que amanezca, porque no le echen menos, y se sepa mi atrevimiento y el suyo, y por haberte hecho bien, á él y á mí nos venga mal. Seis leguas mas allá de la puente está un pueblo cuyo señor me quiere bien, y desea casar conmigo, llamase Mucozo; dirasle de mi parte que yo te envio á él, para que en esta necesidad te socorra y favorezca como quien es. Yo sé que hará por tí todo lo que pudiere, como verás. Encomiendate á tu Dios, que yo no puedo hacer mas en tu favor. Juan Ortiz se echó á sus pies en reconocimiento de la merced y bene-

ficio que le hacia, y siempre le habia hecho, y luego se apercibió para caminar la noche siguiente. Á la hora señalada, quando ya los de la casa del Cacique estaban reposados, salio á buscar la guia prometida, y con ella salio del pueblo sin que nadie los sintiese, y en llegando á la puente dixo al Indio, que con todo recato se volviese luego á su casa, habiendo primero sabido de él que no habia donde perder el camino hasta el pueblo de Mucozo.

CAPITULO XIX.

Magnanimidad del Curaca, ó Cacique Mucozo, á quien se encomendó el cautivo.

Juan Ortiz, como hombre que iba huyendo, llegó al lugar antes que amaneciese; mas por no causar algun alboroto no osó entrar en él; y quando fue de dia, vió salir dos Indios del pueblo por el mismo camino que él llevaba, los quales quisieron flecharle, que siempre andan apercibidos de estas armas. Juan Ortiz, que tambien las llevaba, puso una flecha en su arco para defenderse de ellos, y tambien para ofenderles. ¡O quánto puede un poco de favor, y mas si es de dama! pues vemos que el que poco antes no sabia donde esconderse, temiendo la muerte ahora se atreve á darla á otros de su propia mano, solo

por verse favorecido de una moza hermosa, discreta y generosa, cuyo favor escede á todo otro favor humano: con el qual, habiendo cobrado animo, esfuerzo y aun soberbia, les dixo que no era enemigo, sino que iba con embaxada de una señora para el señor de aquel lugar.

Los Indios oyendo esto no le tiraron, antes se volvieron con él al pueblo, y avisaron á su Cacique, como el esclavo de Hirrihigua estaba allí con mensage para él. Lo qual sabido por Mucozo, ó Mocozo, que todo es uno, salió hasta la plaza á recibir el recaudo que Juan Ortiz le llevaba. Este despues de le haber saludado como mejor supo á la usanza de los mismos Indios, en breve le contó los martirios que su amo le habia hecho, en testimonio de los quales le mostro en su cuerpo las señales de las quemaduras, golpes y

heridas que le habian dado, y como ahora ultimamente su señor estaba determinado de matarle, para con su muerte regocijar, y solemnizar tal dia de fiesta que esperaba tener presto, y que la muger é hijas del Cacique su amo, aunque muchas veces le habian dado la vida, no osaban ahora hablar en su favor, por haberla impedido el señor sopena de su enojo, y que la hija mayor de su señor, con deseo que no muriese, por ultimo y mejor remedio le habia mandado, y puestole animo que se huyese, dadole guia que le encaminase á su pueblo y casa, y dichole, que en nombre de ella se presentase ante él: la qual le suplicaba por el amor que le tenia lo recibiese debaxo de su amparo, y como a cosa encomendada por ella le favoreciese como quien era. Mucozo lo recibio afablemente, y le oyo con lastima de saber

los males y tormentos que habia pasado, que bien se mostraban en las señales de su cuerpo, que segun el traje de los Indios de aquella tierra, no llevaba mas de unos pañetes.

En este paso, demas de lo que hemos dicho, añade Alonso de Carmona, que lo abrazó, y besó en el rostro en señal de paz.

Respondiole, que fuese bien venido, y se esforzase á perder el temor de la vida pasada: que en su compañia y casa la tendria bien diferente y contraria; y que por servir á quien lo habia enviado, y por él, que habia ido á socorrerse de su persona y casa, haria todo lo que pudiese como por la obra lo veria: y que tuviese por cierto, que mientras él viviese nadie seria parte para enojarle.

Todo lo que este buen Cacique dixo en favor de Juan Ortiz cum-

plió, y mucho mas de lo que prometió, porque luego lo hizo su camarero: y siempre de dia y de noche lo traia consigo, haciéndole mucha honra, y muy mucha mas despues que supo que habia muerto al leon con el dardo. En suma le trató como a propio hermano, muy querido, que hermanos hay que se aman como el agua y el fuego; y aunque Hirrihigua, sospechando que se fue á valer de Mocozo, se lo pidió muchas veces, siempre Mucozo se escusó de darlo, diciendo entre otras razones por ultima respuesta, que lo dexase pues se le habia ido á su casa, que muy poco perdia en perder un esclavo que tan odioso le era: lo mismo respondió á otro Cacique cuñado suyo llamado Urribarracuxi, de quien el Hirrihigua se valió para lo pedir, el qual viendo que sus mensages no aprovechaban, fue personalmente á pedirselo, y

Mocozo le respondio en presencia lo mismo que en ausencia; y añadió otras palabras con enojo, diciéndole, que pues era su cuñado, no era justo le mandase hacer cosa contra su reputacion y honra; que no haria el deber, si á un afligido que se le habia ido á encomendar entregase á su propio enemigo, para que por su entretenimiento y pasatiempo lo martirizase y matase como á fiera.

De estos dos Caciques, que con mucha instancia y porfia pedian á Juan Ortiz, lo defendió Mocozo con tanta generosidad, que tuvo por mejor perder, como lo perdió, el casamiento que aficionadamente deseaba hacer con la hija de Hirrihigua, y el parentesco y amistad del cuñado, que volver el esclavo á quien lo pedia para matarlo, al qual tuvo siempre consigo muy estimado y regalado, hasta que el goberna-

dor Hernando de Soto entró en la Florida.

Diez años fueron los que Juan Ortiz estuvo entre aquellos Indios, el uno y medio en poder de Hirrihigua, y los demas con el buen Mocozo, el qual aunque barbaro lo hizo con este Christiano muy de otra manera que los famosisimos Varones del Triunvirato que en Layno, lugar cerca de Bolonia, hicieron aquella nunca jamas bastantemente abominada proscripcion, y concierto de dar y trocar los parientes, amigos y valedores, por los enemigos y adversarios; y lo hizo mucho mejor que otros principes christianos que despues acà han hecho otras tan abominables, y mas que aquella, considerada la inocencia de los entregados, la calidad de alguno de ellos, y la fe que debian tener y guardar los entregadores: que aquellos eran gentiles, y éstos se pre-

ciaban del nombre y religion christiana; los quales, quebrantando las leyes y fueros de sus reynos, y sin respetar su propio sér y grado, que eran reyes y grandes príncipes, y con menosprecio de la fé jurada y prometida, cosa indigna de tales nombres, solo por vengarse de sus enojos, entregaron los que no les habian ofendido, por haber los ofensores dado inocentes por culpados, como lo testifican las historias antiguas y modernas, las quales dexarémos por no ofender oidos poderosos, y lastimar los piadosos.

Basta representar la magnanimidad de un infiel para que los príncipes fieles se esfuercen á lo imitar, y sobrepujar si pudieren; no en la infidelidad, como lo hacen algunos indignos de tal nombre, sino en la virtud y grandezas semejantes, á que por la mayor alteza de estado que tienen estan mas obligados: qué

cierto, consideradas bien las circunstancias del hecho valeroso de este Indio, y mirado por quien y contra quien se hizo, y lo mucho que quiso posponer y perder, yendo aun contra su propio amor y deseo por negar el socorro y favor demandado, y por el prometido, se verá que nació de animo generosisimo y heroico, indigno de haber nacido y de vivir en la bárbara gentilidad de aquella tierra: mas Dios y la naturaleza humana, muchas veces en desiertos tan incultos y estériles producen semejantes animos, para mayor confusion y vergüenza de los que nacen, y se crian en tierras fértiles y abundantes de toda buena doctrina, ciencias y religion christiana.

CAPITULO XX.

Envia el Gobernador por Juan Ortiz.

La relacion que hemos dado de la vida de Juan Ortiz, tuvo el Gobernador aunque confusa en el pueblo del Cacique Hirriguà, donde la presente lo tenemos : y antes la habia tenido, aunque no tan larga, en la Habana de uno de los quatro Indios que diximos habia preso el contador Juan de Añasco quando le enviaron á que descubriese la costa de la Florida, que acerto a ser vasallo de este Cacique : el qual Indio, quando en su relacion nombraba en la Habana a Juan Ortiz, dexando el nombre Juan, porque no lo sabia, decia Orotiz, y como á este mal hablar del Indio se añadiese el peor entender de los buenos interpretes que declaraban lo que él queria de-

cir, y como todos los oyentes tuviesen por principal intento el ir á buscar oro, oyendo decir al Indio Orotiz, sin buscar otras declaraciones entendian que llanamente decia que en su tierra habia mucho oro, y se holgaban y regocijaban solo con oirlo nombrar, aunque en tan diferente significacion y sentido.

Pues como el gobernador se certificase que Juan Ortiz estaba en poder del Cacique Mucozo, le pareció seria bien enviar por él, asi por sacarlo de poder de Indios, como porque lo habia menester para lengua e interprete de quien se pudiese fiar. Para lo qual eligió un caballero natural de Sevilla nombrado Baltasar de Gallegos, que iba por alguacil mayor de la armada y del exército; el qual por su mucha virtud, esfuerzo y valentia merecia ser general de otro mayor exército que aquel, y le dixo que con sesenta lan-

zas que llevase en su compañia fuese á Mucozo, y de su parte le dixese, quan agradecidos estaban el y todos los Españoles que consigo tenia de la honra y beneficios que á Juan Ortiz habia hecho, y quanto deseaba que se ofreciese en que gratificarselos: que al presente le rogaba se lo diese, que para cosas que importaban mucho lo habia menester; y quando le pareciese viniese á visitarlo, que holgaria mucho de lo conocer y tener por amigo. Baltasar de Gallegos, con las sesenta lanzas y un Indio que lo guiase, salió del real en cumplimiento de lo que se le mandó.

Por otra parte, el Cacique Mucozo, habiendo sabido la ida del gobernador Hernando de Soto con tanta pujanza de gente y caballos, y que habia tomado tierra tan cerca de la suya, temiendo no le hiciesen daño en ella, quiso con pru-

dencia y buen consejo prevenir el mal que podria venirle, y para lo remediar llamó á Juan Ortiz y le dixo: Habeis de saber hermano, que en el pueblo de vuestro buen amigo Hirrihigua está un capitan español con mil hombres de guerra y muchos caballos que vienen á conquistar esta tierra: bien sabeis lo que por vos he hecho, y como por salvaros la vida, y no entregaros al que os tenia por esclavo, y os queria para matar, elegí caer antes en desgracia de mis deudos y vecinos que hacer lo que ellos contra vos me pedian: ahora se ofrece tiempo y ocasion en que podreis gratificarme la buena acogida, regalo y amistad que os he hecho, aunque yo nunca lo hice con esperanza de galardon alguno; mas pues la ventura lo ha encaminado así, será cordura no perder lo que ella nos ofrece.

Ireis al general español, y de

vuestra parte y mia le suplicareis, que en remuneracion de lo que á él y á toda su nacion en vos he servido, pues por qualquiera de todos ellos hiciera lo mismo, tenga por bien de no hacerme daño en esta poca tierra que tengo, y se digne de recibirme en su amistad y servicio, que desde luego le ofrezco mi persona, casa y estado, para que la ponga debaxo de su proteccion y amparo; y porque vais acompañado como á vos y á mi conviene, llevareis cincuenta gentiles-hombres de mi casa, y mirareis por ellos y por mí como nuestra amistad os tiene obligado.

Juan Ortiz, con regocijo de la buena nueva, dando interiormente gracias á Dios por ella, respondió á Mucozo, que holgaba mucho se hubiese ofrecido tiempo y ocasion en que servir la merced y beneficios que le habia hecho, no solo de

la vida, sino tambien de mucho favor, estima y honra que de su mucha virtud y cortesia habia recibido; de todo lo qual daria muy larga relacion y cuenta al capitan español y á todos los suyos, para que se lo agradeciesen y pagasen, en lo que al presente en su nombre les pidiese, y en lo por venir se ofreciese; que él iba muy confiado que el general haria lo que de su parte le suplicase, porque la nacion española se preciaba de gente agradecida de lo que por los suyos se hubiese hecho: y asi seguramente quedase con esperanza de alcanzar lo que enviaba á pedir al gobernador. Luego vinieron los cincuenta Indios que el Cacique habia mandado apercibir, los quales, y Juan Ortiz tomaron el camino real que va de un pueblo al otro, y salieron el mismo dia que Baltasar de Gallegos salió del real á buscarle.

Sucedió, que despues de haber andado los Españoles mas de tres leguas por el camino real ancho y seguido que iba al pueblo de Mucozo, el Indio que los guiaba, pareciéndole que no era bien hecho usar de tanta fidelidad con gente que venia a les sujetar y quitar sus tierras y libertad, y que de mucho atras se habian mostrado enemigos declarados, aunque de aquel exército hasta entonces no habian recibido agravios de que se poder quejar, mudó el animo de guiarlos, y á la primera senda que vió atravesar, dexando el camino real, la tomó; y á poco trecho que por ella andubo, la perdio, que no era seguida; y asi los traxo gran parte del dia descaminados y perdidos, llevándolos siempre en arco hacia la costa del mar, con deseo de topar alguna cienega, cala o bahia en que si pudiese, los ahogase. Los Castellanos, como no

sabian la tierra, no sentian el engaño del Indio, hasta que uno de ellos, por entre los árboles de un monte claro por donde iban, acertó á ver las gavias de los navios que habian dexado, y vió que estaban muy cerca de la costa, de que dio aviso al capitan Baltasar de Gallegos. El qual, vista la maldad de la guia, lo amenazó con muerte, haciendo ademan que lo queria alancear. El Indio, temiendo no le matasen, por señas y palabras como pudo dixo, que los volveria al camino real, mas que era menester desandar todo lo que fuera de camino habian andado, y asi volvieron por los mismos pasos á buscarlo.

CAPITULO XXI.

Lo que sucedió á Juan Ortiz con los Españoles que por él iban.

Juan Ortíz, caminando por el camino real, llegó á la senda por donde el Indio habia descaminado á Baltasar de Gallegos y á sus caballeros; y sospechando lo que fue, y temiendo no fuesen los Castellanos por otra parte, é hiciesen daño en el pueblo de Mucozo, consultó con los Indios lo que harian: acordaron todos que seria bien siguiesen á toda priesa el rastro de los caballos hasta los alcanzar, y que no tomasen otro camino, porque no los errasen.

Pues como los Indios siguiesen el rastro de los Españoles, y volviesen por el mismo camino que habian llevado, se dieron vista los

unos á los otros en un gran llano, que á una parte de él habia un monte cerrado de matas espesas. Los Indios, viendo los Castellanos, dixeron á Juan Ortiz, que seria cordura asegurar sus personas y vidas con meterse en aquel monte hasta que los Christianos los reconociesen por amigos, porque teniéndoles por enemigos no los alanceasen en lo raso del campo. Juan Ortiz no quiso tomar el buen consejo de los Indios, confiado de que era Español, y que los suyos le habian de conocer luego que le viesen, como si viniera vestido á la Española, ó estuviera en alguna cosa diferenciado de los Indios para ser conocido por Español. El qual, como los demas, no llevaba sino unos pañetes por vestidura, un arco y flechas en las manos, y un plumage de media braza en alto sobre la cabeza por gala y ornamento.

Los Castellanos, como noveles y ganosos de pelear, viendo los Indios, arremetieron á ellos a rienda suelta, y por muchas voces que el capitan les dio, no bastó a los detener. ¿Quién podra con visoños, quando se desmandan?

Los Indios, como viesen quan denodada, é consideradamente iban los Castellanos a ellos, se arrojaron todos en el monte, que no quedo en el campo mas de Juan Ortiz y un Indio, que no se dio tanta prisa como los otros á meterse en la guarida, al qual hirió un Español que habia sido soldado en Italia, llamado Francisco de Morales, natural de Sevilla, de una lanzada en los lomos, alcanzandole á las primeras matas del monte. Con Juan Ortiz arremetió otro Español llamado Alvaro Nieto, natural de la villa de Alburquerque, uno de los mas recios y fuertes Españoles que

iban en todo el exército, el qual cerrando con él le tiró una brava lanzada. Juan Ortiz tuvo buena ventura y destreza, que rebatiendo la lanza con el arco, dió un salto al traves huyendo á un mismo tiempo del golpe de la lanza, y del encuentro del caballo, y viendo que Alvaro Nieto revolvia sobre él, dió grandes voces diciendo Xivilla, Xivilla, por decir Sevilla, Sevilla.

En este paso añade Juan Coles, que no acertando Juan Ortiz á hablar castellano, hizo con la mano y el arco la señal de la cruz para que el Español viese que era christiano: porque con el poco ó ningun uso que entre los Indios habia tenido de la lengua castellana se le habia olvidado hasta el pronunciar el nombre de la propia tierra, como yo podré decir tambien de mí mismo, que por no haber tenido en España con quien hablar mi lengua

natural y materna, que es la general que se habla en todo el Perú, aunque los Incas tenian otro particular que hablaban ellos entre si unos con otros, se me ha olvidado de tal manera, que con saberla hablar tan bien y mejor, y con mas elegancia que los mismos Indios que no son Incas, porque soy hijo de Palla, y sobrino de Incas, que son los que mejor y mas apuradamente la hablan, por haber sido lenguage de la corte de sus principes, y haber sido ellos los principales cortesanos, no acierto ahora á concertar seis ó siete palabras en oracion, para dár á entender lo que quiero decir; y mas, que muchos vocablos se me han ido de la memoria, que no sé quales son, para nombrar en indio tal ó tal cosa; aunque es verdad, que si oyese hablar á un Inca le entenderia todo lo que dixese; y si oyese los vocablos olvidados diria

lo que significan. Empero de mí mismo, por mucho que lo procuro, no acierto á decir quales son: esto he sacado por experiencia del uso, o descuido de las lenguas, que las agenas se aprenden con usarlas, y las propias se olvidan no usandolas.

Volviendo a Juan Ortiz, que la dexamos en gran peligro de ser muerto por los que mas deseaban verlo vivo, como Alvaro Nieto le oyese decir Xivilla, le preguntó si era Juan Ortiz, y como le respondiese que sí, lo asió por un brazo, y echó sobre las ancas de su caballo como a un niño, porque era recio y fuerte este buen soldado, y con mucha alegria de haber hallado lo que iba á buscar, dando gracias á Dios de no haberle muerto, aunque le parecia que todavia le veia en aquel peligro, lo llevó al capitan Baltasar de Gallegos. El qual recibió a Juan Ortiz con gran regocijo,

y luego mandó llamasen á los demas caballeros que por el monte andaban ansiosos por matar Indios, como si fueran venados, para que todos se juntasen á gozar de la buena suerte que les habia sucedido antes que hiciesen algun mal en los amigos, por no conocerlos. Juan Ortiz entro en el monte á llamar los Indios, diciéndoles á grandes voces que saliesen, y no hubiesen miedo. Muchos de ellos no pararon hasta su pueblo á dar aviso á su Cacique de lo que habia pasado. Otros, que no se habian alejado tanto, volvieron de tres en tres, y de quatro en quatro, como acertaban á hallarse, y todos, y cada uno de por sí, con mucha saña y enojo reñian á Juan Ortiz su poca advertencia y mucha visoñeria. Y quando vieron al compañero Indio herido por su causa, se encendieron de manera, que apenas se con-

tenian de poner las manos en él, y se las pusieran si los Españoles no estuvieran presentes; mas vengaban su enojo con mil afrentas que le decian, llamándole tonto, necio, impertinente, que no era Español ni hombre de guerra, y que muy poco o nada le habian aprovechado los duelos, y toda la malaventura pasada, que no en valde se la habian dado, y que la merecia mucho peor. En suma ningun Indio salió del monte que no riñese con él, y todos le decian casi unas mismas palabras, y él propio las declaraba á los demas Españoles para su mayor afrenta. Juan Ortiz quedó bien reprehendido de haber sido bien confiado, mas todo bien empleado atrueque de verse entre Christianos, los quales curaron al Indio herido, y poniéndole sobre un caballo, se fueron con él, con Juan Ortiz y con los demas Indios al real, deseosos de ver al gobernador, por llevar en

tan breve tiempo tan buen recaudo de lo que les habia mandado, y antes que saliesen del puesto, despachó Juan Ortiz un Indio con relacion á Mucozo de todo lo sucedido, porque no se escandalizase de lo que los Indios huidos le hubiesen dicho.

Todo lo que hemos referido de Juan Ortiz lo dicen tambien Juan Coles, y Alonso de Carmona en sus relaciones, el uno de ellos dice, que le cayeron gusanos en las llagas que el fuego le hizo quando lo asaron. Y el otro, que es Juan Coles, dice, que el gobernador le dio luego un vestido de terciopelo negro, y que por estar hechoá andar desnudo no lo pudo sufrir, que solamente traia una camisa, y unos calzones de lienzo, gorra y zapatos, y que andubo asi mas de veinte dias, hasta que poco á poco se hizo á andar vestido. Dicen mas

estos dos testigos dè vista, que entre otras mercedes y favores que el Cacique Mucozo hizo à Juan Ortiz, fue una hacerle su capitan general de mar y tierra.

CAPITULO XXII.

Fiesta que todo el exército hizo à Juan Ortiz: viene Mucozo à visitar al gobernador.

Buena parte de la noche era ya pasada, quando Baltasar de Gallegos y sus compañeros entraron en el real. El gobernador què los sintiò, recibiò sobresalto, temiendo que pues volvian tan presto, les habia acaecido alguna desgracia, porque no les esperaba hasta el dia tercero; mas certificado del buen recaudo que traían, toda la congoja se convirtiò en fiesta y regocijo, rindio las gracias al capitan y à sus soldados de que lo hubiesen hecho

tan bien: recibió á Juan Ortiz como á propio hijo, con lástima y dolor de acordarse de tantos trabajos y martirios como habia dicho, y su mismo cuerpo mostraba haber pasado; porque las señales de las quemaduras de quando lo asaron eran tan grandes, que todo un lado no era mas que una quemadura ó señal de ella. De los quales trabajos daba gracias á Dios le hubiese librado, y del peligro de aquel dia, que no habia sido el menor de los que habia pasado. Acarició los Indios que con él vinieron, y mandó que con gran cuidado y regalo curasen al herido. Despachó aquella misma hora dos Indios al Cacique Mucozo con mucho agradecimiento por los beneficios que habia hecho á Juan Ortiz, por haberselo enviado libremente, y por el ofrecimiento de la persona y amistad; la qual dixo, que en nombre del Emperador y

Rey de España, su Señor que era el principal y el mayor de toda la Christiandad, y en nombre de todos aquellos capitanes y caballeros que con él estaban, y en el suyo, aceptaba para le agradecer y pagar lo que por todos ellos habia hecho en haber escapado de la muerte á Juan Ortiz, que todos ellos le rogaban los visitase, que quedaban con deseo de le ver y conocer.

Los capitanes y ministros asi del exército, como de la hacienda real y caballeros, y todos los demas soldados en comun y particular festejaron grandemente á Juan Ortiz, que no se tenia por compañero el que no llegaba á le abrazar, y dar la enhorabuena de su venida. Asi pasaron aquella noche, que no la durmieron con este general regocijo.

Luego el dia siguiente llamó el general á Juan Ortiz para informar-

se de lo que sabia de aquella tierra, y para que le contase particularmente lo que por él habia pasado en poder de aquellos dos Caciques. Respondió, que de la tierra, aunque habia tanto tiempo que estaba en ella, sabia poco ó nada; porque en poder de Hirrihigua su amo, mientras no le atormentaban con nuevos martirios, no le dexaba desmandarse un paso del servicio ordinario que hacia, acarreando agua y leña para toda la casa: y que en poder de Mucozo, aunque tenia libertad para ir donde quisiese, no usaba de ella, porque los vasallos de su amo viéndolo apartado de Mucozo no le matasen, que para lo hacer tenian su orden y mandato, y que por estas causas no podia dar buena noticia de las calidades de la tierra, mas que habia oido decir que era buena, y quanto mas adentro era mejor y mas fertil, y que la

vida que con los Caciques habia pasado, habia sido en los dos estremos de bien y de mal que en este siglo se puede tener: porque Mucozo se habia mostrado con él tan piadoso y humano, quanto el otro cruel y vengativo, sin poderse encarecer bastantemente la virtud del uno, ni la pasion del otro, como su Señoría habria sido ya informado: para prueba de lo qual mostró las señales de su cuerpo, descubriendo las que se podian ver, y amplió la relacion que de su vida hemos dado, y de nuevo relató otros muchos tormentos que habia pasado, que causaron compasion á los oyentes; y lo dexaremos por escusar prolixidad.

El Cacique Mucozo, al dia tercero de como se le habia hecho el recaudo con los Indios, vino bien acompañado de los suyos: besó las manos del gobernador con toda ve-

neracion y acatamiento. Luego habló al teniente general, al maese de campo, y á los demas capitanes y caballeros, que alli estaban, á cada uno conforme á la calidad de su persona, preguntando primero á Juan Ortiz quien era este, aquel y el otro; y aunque le dixese por alguno de los que le hablaban que no era caballero, ni capitan, sino soldado particular, le trataba con mucho respeto; pero con mucho mas a los que eran nobles y á los ministros del exèrcito: de manera que fue notado por los Españoles. Mucozo, despues que hubo hablado y dado lugar á que le hablasen los que presentes estaban, volvio á saludar al gobernador con nuevos modos de acatamiento. El qual, habiéndole recibido con mucha afabilidad y cortesia, le rindio las gracias de lo que por Juan Ortiz habia hecho, y por haberselo enviado tan amigablemen-

te, dixole que le habia obligado á él, á su exército y á toda la nacion española, para que en todo tiempo se lo agradeciesen. Mucozo respondió, que lo que por Juan Ortiz habia hecho, lo habia hecho por su propio respeto; porque habiéndosele ido a encomendar y socorrer de su persona y casa con necesidad de ella, en ley de quien era estaba obligado á hacer lo que por él habia hecho, y que le parecia todo poco; porque la virtud, esfuerzó y valentia de Juan Ortiz, por sí sola, sin otro respeto alguno, merecia mucho mas, y que el haberlo enviado á su Señoría, mas habia sido por su propio interes y beneficio que por servir á su Señoría, pues habia sido, para que como defensor y abogado, con su intercesion y meritos, alcanzase merced y gracia para que en su tierra no se le hiciese daño: y así ni lo uno, ni

lo otro tenia su señoria que agradecer, ni recibir en servicio: mas que él se holgaba, como quiera que hubiese sido, de haber acertado á hacer cosa de que su señoria, aquellos caballeros y toda la nacion Española, cuyo aficionado servidor él era, se hubiesen agradado y mostrado haber recibido contento. Suplicaba á su señoria, que con el mismo beneplácito lo recibiese en su servicio, debaxo de cuya proteccion y amparo ponia su persona, casa y estado, reconociendo por principal Señor al Emperador y Rey de España, y segundariamente á su señoria como á su Capitan General y Gobernador de aquel reyno, que con esta merced que se le hiciese, se tendria por mas aventajadamente gratificado que habia sido el mérito de su servicio, hecho en beneficio de Juan Ortiz, ni el haberlo enviado libremente, cosa que su señoria tanto habia estima-

do; á lo qual decia, que él estimaba y tenia en mas verse como aquel dia se veia favorecido y honrado de su señoria, y de todos aquellos caballeros, que quanto bueno habia hecho en toda su vida, y que protestaba esforzarse á hacer de allí adelante cosas semejantes en servicio da los Españoles, pues aquellas le habian salido á tanto bien.

Estas y otras muchas gentilezas dixo este Cacique, con toda la buena gracia y discrecion que en un discreto cortesano se puede pintar, de que el Gobernador y los que con él estaban se admiraron no menos que de las generosidades que por Juan Ortiz habia hecho, á las quales imitaban las palabras.

Por todo lo qual el Adelantado Hernando de Soto, y el Teniente General Vasco Porcallo de Figueroa, y otros caballeros particulares, aficionados de la discrecion y vir-

tud del Cacique Mucozo, se movieron á corresponderle en lo que de su parte en agradecimiento de tanta bondad pudiesen premiar. Y así le dieron muchas dádivas, no solo á él, sino tambien á los gentiles-hombres que con él vinieron, de que todos ellos quedaron muy contentos.

CAPÍTULO XXIII.

Viene la madre de Mucozo muy ansiosa por su hijo.

Dos dias despues de lo que hemos dicho, vino la madre de Mucozo muy ansiosa y fatigada de que su hijo estuviese en poder de los Castellanos, la qual por haber estado ausente no supo la venida del hijo á ver al Gobernador, que no se lo consintiera; y así las primeras palabras que al General dixo, fueron que le diese el hijo antes que hiciese de el lo que Panfilo de Narvaez habia he-

cho de Hirrihigua, y que si pensaba hacer lo mismo, que diese libertad á su hijo, que era mozo, y en ella que era vieja hiciese lo que quisiese, que ella sola llevaria la pena de ambos.

El Gobernador la recibió con muchas caricias y respondió, que su hijo por su mucha bondad y discrecion no merecia que le hiciese mal, sino que todos le sirviesen, y ella lo mismo por ser madre de tal hijo: que perdiese el temor que traia, porque ni á ella, ni á su hijo ni á persona de toda su tierra se le haria mal ninguno, sino todo el placer y regalo que fuese posible. Con estas palabras se aquietó algun tanto la buena vieja, y estuvo con los Españoles tres dias, mas siempre tan maliciosa y recatada, que comiendo á la mesa del Gobernador preguntaba á Juan Ortiz, si osaria comer de lo que la daban, que decia

se recelaba y temia le diesen ponzoña para matarla.

El Gobernador y los que con él estaban lo rieron mucho, le dixeron que seguramente podia comer, que no la querian matar sino regalar; mas ella todavia, no fiandose de palabras de estrangeros, aunque le daban del mismo plato del Gobernador, no queria comerlo ni gustarlo, si primero no le hacia la salva Juan Ortiz. Por lo qual le dixo un soldado Español, que como habia ofrecido poco antes la vida por su hijo, pues se recataba tanto de morir. Respondió, que no aborrecia ella el vivir, sino que lo amaba como los demas hombres; mas que por su hijo daria la vida todas las veces que fuese menester, porque lo queria mas que al vivir; por tanto suplicaba al Gobernador se lo diese, que queria irse y llevarlo consigo, que no osaria fiarlo de los christianos.

El General respondió, que se fuese quando ella quisiese, que su hijo gustaba de quedarse por algunos dias entre aquellos caballeros, que eran mozos y soldados, hombres de guerra como él, y se hallaba bien con ellos; que quando le pareciese se iria libremente sin que nadie lo enojase. Con esta promesa se fue la vieja, aunque mal contenta de que su hijo quedase en poder de Castellanos: y á la partida dixo á Juan Ortiz, que librase á su hijo de aquel capitan, y de sus soldados, como su hijo lo habia librado á él de Hirrihigua, y de sus vasallos: lo qual rió muy mucho el Gobernador y los demas Españoles, y el mismo Mucozo ayudaba a reir las ansias de su madre.

Despues de haber pasado estas cosas de risa y contento, estubo el buen Cacique en el exercito ocho dias, en los quales visito en sus po-

sadas al Teniente General, al Maese de Campo, á los Capitanes y Oficiales de hacienda imperial, y á muchos caballeros particulares por su nobleza: con los quales todos hablaba tan familiarmente, con tan buena desenvoltura y cortesia, que parecia haberse criado entre ellos. Preguntaba cosas particulares de la corte de Castilla, y por el Emperador, por los señores, damas y caballeros de ella: decia holgara verla, si pudiera venir á ella. Pasados los ocho dias se fue á su casa, despues volvio otras veces á visitar al Gobernador, y traiale siempre de los regalos que en su tierra habia. Era Mucozo de edad de 26 ó 27 años, lindo hombre de cuerpo y rostro.

CAPITULO XXIV.

Prevenciones que para el descubrimiento se hicieron: como prendieron los Indios á un Español.

No estaba ocioso el Gobernador y Adelantado Hernando de Soto entretanto que estas cosas pasaban entre los suyos, ántes con todo cuidado y diligencia hacia oficio de Capitan y Caudillo; porque luego que los bastimentos y municiones se desembarcaron y pusieron en el pueblo del Cacique Hirrihigua, por ser el mas cercano á la baía del Espíritu Santo, porque estuviesen cerca del mar, mando que de los once navios que habia llevado, volviesen los siete mayores á la Habana á órden de lo que Doña Isabel de Bobadilla su muger dispusiese de ellos, y quedasen los quatro menores para lo que por la mar se les ofreciese y hubie-

se menester. Los vasos que quedaron fueron el navio San Anton, la caravela y los dos vergantines, de los quales dio cargo al Capitan Pedro Calderon, el qual entre otras excelencias que tenia, era haber militado muy mozo debaxo del baston y gobierno del gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba. Procuró con toda diligencia y cuidado atraer de paz y concordia al Cacique Hirrihigua, porque le parecia que conforme al exemplo que este Cacique diese de sí, podria esperar ó temer que harian los demas Caciques de la comarca: deseaba su amistad, porque con ella entendia tener ganada la de todos los de aquel reyno, porque decia, que si aquel que tan ofendido estaba de los Castellanos se reconciliase é hiciese amigo de ellos, ¿quánto mas aina lo serian los no ofendidos? Demas de la amistad de los Caciques esperaba que su reputa-

cion y honra se aumentaria generalmente entre Indios y Españoles, por haber aplacado este tan rabioso enemigo de su nacion; por todo lo qual, siempre que los Christianos corriendo el campo acertaban á prender de los vasallos de Hirrihigua, se los enviaba con dádivas y recaudos de buenas palabras, rogándole con la amistad, y convidándole con la satisfaccion que del agravio hecho por Panfilo de Narvaez deseaba darle. El Cacique, no solamente no salió de paz, ni quiso aceptar la amistad de los Españoles, pero ni aun responder palabra alguna á ningun recaudo de los que le enviaron. Solo decia á los mensageros, que su injuria no sufria dar buena respuesta, ni la cortesia de aquel Capitan merecia que se la diesen mala, y nunca á este propósito habló otras palabras: mas ya que las buenas diligencias que el Gobernador hacia por haber el amistad de Hirri-

higua no aprovecharon para los fines é intento que él deseaba, á lo menos sirvieron de mitigar en parte la ira y rencor que este Cacique tenia contra Españoles, lo qual se vió en lo que diremos luego.

La gente de servicio del Real iba cada dia por yerba para los caballos, en cuya guarda y defensa solian ir de continuo quince ó veinte infantes, y ocho ó diez caballos. Acaeció un dia, que los Indios que andaban en asechanza de estos Españoles dieron en ellos tan de sobresalto, con tanta grita y alarido, que sin usar de las armas, solo con la voceria los asombraron, y ellos que estaban descuidados y desordenados se turvaron; y antes que se recogiesen pudieron haber los Indios á las manos un soldado llamado Grajales, con el qual, sin querer hacer otro mal en los demas christianos, se fueron muy contentos de haberlo preso.

Los Castellanos se recogieron tarde, y uno de los de á caballo fue corriendo al Real, dando arma y aviso de lo que habia pasado, por cuya relacion á toda diligencia salieron del exército veinte caballos bien apercibidos, y hallando el rastro de los Indios que iban con el Español preso lo siguieron, y al cabo de dos leguas que corrieron, llegaron á un gran cañaveral que los Indios por lugar secreto y apartado habian elegido, donde tenian escondidas sus mugeres é hijos. Todos ellos, chicos y grandes, con mucha fiesta y regocijo de la buena presa hecha estaban comiendo á todo su placer, descuidados de pensar que los Castellanos hiciesen tanta diligencia por cobrar un Español perdido. Decian á Grajales, que comiese y no tuviese pena, que no le daria la mala vida que á Juan Ortiz habian dado.

Lo mismo le decian las mugeres

y niños, ofreciéndole cada uno de ellos la comida que para sí tenia, rogandole que la comiese por él y se consolase, que ellos le harian buena amistad y compañia.

Los Españoles, sintiendo los Indios, entraron por el cañaveral haciendo ruido de mas gente que la que iba, por asombrar con el estruendo á los que estaban dentro, porque no se pusiesen en defensa.

Los Indios, oyendo el tropel de los caballos, huyeron por los callejones que á todas partes tenian hechos por el cañaveral para entrar y salir de él; y enmedio del cañaveral tenian rozado un gran pedazo para estancia de las mugeres é hijos, los quales quedaron en poder de los Españoles por esclavos del que poco antes lo era de ellos. La variedad de los sucesos de la guerra, y la inconstancia de la fortuna de ella es tanta, que en un punto se cobra lo

que por mas perdido se tenia, y en otro se pierde lo que en nuestra opinion mas asegurado está.

Grajales, reconociendo las voces de los suyos, salio corriendo á recibirlos, dando gracias a Dios que tan presto le hubiesen librado de sus enemigos. Apenas le conocieron los Castellanos, porque aunque el tiempo de su prision habia sido breve, ya los Indios le habian desnudado, y puestole no mas de con unos pañetes como ellos traen. Regocijaronse con él, y recogiendo toda la gente que en el cañaveral habia de mugeres y niños, se fueron con ellos al exército, donde el Gobernador los recibio con alegria de que se hubiese cobrado el Español, y con su libertad preso tanta gente de los enemigos.

Grajales contó luego todo lo que habia sucedido, y dixo como los Indios quando salieron de su embosca-

da no habian querido hacer mal á los christianos, porque las flechas que les habian tirado, mas habian sido por amedrentarlos, que no por matarlos ni herirlos, que segun los habian hallado descuidados y desmandados pudieran si quisieran matar los mas de ellos, y que luego que lo prendieron se contentaron con él, y sin hacer otro mal se fueron, y dexaron los demas Castellanos, y que por el camino y en el alojamiento del cañaveral le habian tratado bien, y lo mismo sus mugeres é hijos, diciéndole palabras de consuelo, y ofreciéndole cada qual lo que para su comer tenia: lo qual sabido por el Gobernador, mandó traer ante si las mugeres, muchachos y niños que traxeron presos, y les dixo, que les agradecia mucho el buen tratamiento que á aquel Español habian hecho, y las buenas palabras que le habian dicho, y en recompen-

sa de lo qual les daba libertad para que se fuesen á sus casas, y les encargaba que de alli adelante no huyesen de los Castellanos, ni les oviesen temor, sino que tratasen y contratasen con ellos como si todos fueran de una misma nacion, que él no habia ido allí á maltratar naturales de la tierra, sino á tenerlos por amigos y hermanos; y que así lo dixesen á su Cacique, á sus maridos, parientes y vecinos: sin estos halagos les dieron dádivas, y las enviaron muy contentas del favor que el General y todos los suyos les habian hecho.

Entre otros dos lances prendieron despues estos mismos Indios otros dos Españoles, el uno llamado Hernando Vintimilla, grande hombre de la mar, y el otro Diego Muñoz que era muchacho, page del Capitan Pedro Calderon, y no los mataron, ni les dieron la mala vida que

habian dado á Juan Ortiz, antes los dexaron andar libremente como á qualquier Indio de ellos, de tal manera, que pudieron despues estos dos christianos, con buena maña que para ello tuvieron, escaparse de poder de los Indios en un navio que con tormenta acertó á ir á aquella baia del Espíritu Santo, como adelante dirémos. De manera, que con las buenas palabras que el Gobernador envió á decir el Cacique Hirrihigua, y con las buenas obras que á sus vasallos hizo, le forzó que mitigase y apagase el fuego de la saña y rabia que contra Castellanos en su corazon tenia. Los beneficios tienen tanta fuerza, que aun á las fieras mas bravas hacen troçar su propia y natural fiereza.

CAPITULO XXV.

Se empieza el descubrimiento, y la entrada de los Españoles la tierra adentro.

Habiendo pasado estas cosas, que fueron en poco mas de tres semanas, el Gobernador mandó al Capitan Baltasar de Gallegos, que con sesenta lanzas, y otros tantos infantes, entre arcabuceros, ballesteros y rodeleros fuesen á descubrir la tierra adentro, y llegasen hasta el pueblo principal del Cacique Urribarracuxi, que era la provincia mas cercana á las dos de Mucozo, é Hirrihigua. Los nombres de estas provincias no se ponen aqui, porque no se supo si se llamaban del nombre de los Caciques, o los Caciques del nombre de sus tierras, como adelante verémos, que en muchas partes de este gran reyno se llama de un mismo nombre

el Señor, su provincia, y el pueblo principal de ella.

El Capitan Baltasar de Gallegos eligió las mismas sesenta lanzas que habian ido con él quando fue en busca de Juan Ortiz, y otros sesenta infantes, y entre ellos al mismo Juan Ortiz para que por el camino les fuese guia, y con los Indios interprete. Así fueron hasta el pueblo de Mucozo, el qual salió al camino á recibirlos, y con mucha fiesta y regocijo de verlos en su tierra los hospedó y regaló aquella noche. El dia siguiente le pidio el Capitan un Indio que los guiase hasta el pueblo de Urribarracuxi. Mucozo se excuso diciendo, que le suplicaba no le mancase hacer cosa contra su misma reputacion y honra, que parecia mal que á gente estrangera diese guia contra su propio cuñado y hermano, los quales se quexarian de el con mucha razon, de que a su tierra y

casa les hubiese enviado sus enemigos: que ya que él era amigo y servidor de los Españoles, queria serlo sin perjuicio ageno ni de su honor. Y dixo mas, que aunque Urribarracuxi no fuera su cuñado como lo era, sino muy extraño, hiciera por él lo mismo, quanto mas siendo deudo tan cercano de afinidad y vecindad; y que asimismo le suplicaba muy encarecidamente no atribuyesen aquella resistencia á poco amor, y menos voluntad de servir á los Españoles, que cierto no lo hacia sino por no hacer cosa fea, por la qual fuese notado de traydor á su patria, parientes, vecinos y comarcanos, y que á los mismos Castellanos pareceria mal si en aquel caso ó en otro semejante hiciese lo que le mandasen, aunque fuese en servicio de ellos, porque en fin era mal hecho; por lo qual decia, que antes elegiria la muerte que hacer cosa

que no debiese á quien era.

Juan Ortiz, por órden del Capitan Baltasar de Gallegos, respondio y dixo, que no tenian necesidad de la guia para que les mostrase el camino, pues era notorio, que el que habian traido hasta allí, era camino real que pasaba adelante hasta el pueblo de su cuñado, mas que pedian el Indio para mensagero, que fuese delante á dar aviso al Cacique Urribarracuxi, para que no se escandalizase de la ida de los Españoles, temiendo no llevasen ánimo de hacerle mal y daño; y para que su cuñado creyese al mensagero, que siendo amigo no le engañaria, querian que fuese vasallo suyo y no ageno, para que lo fuese mas fidedigno, el qual de parte del Gobernador dixese á Urribarracuxi, que él y toda su gente deseaban no hacer agravio á nadie; y de parte del Capitan Baltasar de Gallegos, que era el

que iba á su tierra, le avisase como llevaba órden y expreso mandato del General, que aunque Urribarracuxi no quisiese paz y amistad con él y sus soldados, ellos la mantuviesen con el Cacique. no por su respeto, que no le conocian ni les habian merecido cosa alguna, sino por amor á Mucozo, á quien los Españoles y su Capitan General deseaban dar contento, y por él á todos sus deudos, amigos y comarcanos, como lo habian hecho con Hirrihigua, el qual, aunque habia estado y estaba muy rebelde, no habia recibido ni recibiria daño alguno.

Mucozo con mucho agradecimiento respondió, que al Gobernador, como á hijo del sol y de la luna, y á todos sus Capitanes y soldados por el semejante, besaba las manos muchas veces por la merced y favor que con aquellas palabras le hacian, que de nuevo le obligaban á

morir por ellos; que ahora que sabia para qué querian la guia holgaba mucho darla; y para que fuese fidedigno á ambas partes, mandaba que fuese un Indio noble, que en la vida pasada de Juan Ortiz habia sido grande amigo suyo, con el quales salieron los Españoles del pueblo de Mucozo muy alegres y contentos, y aun admirados de ver que en un bárbaro hubiese en todas ocasiones tan buenos respetos.

En quatro dias fueron del pueblo de Mucozo al de su cuñado Urribarracuxi. Habria del un pueblo al otro diez y seis ó diez y siete leguas Hallaronlo desamparado, que el Cacique y todos sus vasallos se habian ido al monte, no embargante que el Indio amigo de Juan Ortiz les llevó el recaudo mas acariciado que se les pudo enviar; y aunque despues de llegados los Españoles al pueblo volvió atras dos veces con el mismo re-

caudo, nunca el curaca quiso salir de paz, ni hizo guerra á los Castellanos, ni les dió mala respuesta. Escusóse con palabras comedidas y razones, que aunque frívolas y vanas le valieron.

Este nombre curaca en lengua general de los Indios del Perú significa lo mismo que Cacique; en lenguage de la isla espnñola y sus circunvecinas, que es señor de vasallos; y pues yo soy Indio del Perú, y no de Santo Domingo ni sus comarcanas, se me permita que yo introduzca algunos vocablos de mi lenguage en esta mi obra, porque se vea que soy natural de aquella tierra y no de otra.

Por todas las veinte y cinco leguas que Baltasar de Gallegos y sus compañeros, desde el pueblo de Hirrihigua hasta el de Urribarracuxi anduvieron, hallaron muchos arboles de los de España, que fueron patri-

zas, como atras diximos, nogales, encinas, morales, ciruelos, pinos y robles, y los campos apacibles y deleytosos que participaban tanto de tierra de monte como de campiña. Habia algunas cienegas, mas tanto menores quanto mas la tierra adentro, y apartada de la costa de la mar.

Con esta relacion envió el Capitan Baltasar de Gallegos quatro de á caballo, entre ellos á Gonzalo Silvestre, para que la diesen al Gobernador de lo que habian visto, y como en aquel pueblo y su comarca habia comida para sustentar algunos dias el exercito. Los quatro caballeros anduvieron en dos dias las veinte y cinco leguas que hemos dicho, sin que en el camino se les ofreciese cosa digna de memoria: donde los dexarémos, por contar lo que entretanto sucedió en el Real.

CAPÍTULO XXIV.

Lo que sucedió al Teniente General yendo á prender á un curaca.

Un dia de los que el Gobernador estuvo en el pueblo de Hirrihigua, tuvo aviso y nueva cierta, como el Cacique estaba retirado en un monte no lejos del exército. El Teniente General Vasco Porcallo de Figueroa, como hombre tan belicoso y ganoso de honra, quiso ir por él, por gozar de la gloria de haberlo traido por bien ó por mal, y no aprovechó que el Gobernador quisiese estorvarle el viage, diciéndole que enviase otro Capitan, sino que quiso ir el mismo; y así nombrando los caballeros é infantes que le pareció llevar consigo, salió del Real con gran lozania y mayor esperanza de traer preso, ó hecho amigo al curaca Hirrihigua, el qual, como por

sus espias supiese que el Teniente General, y muchos Castellanos iban donde él estaba, les envió un mensagero diciendo, que les suplicaba no pasasen adelante, porque él estaba en lugar seguro, donde por mas y mas que trabajasen no podrian llegar á él, por los muchos malos pasos de arroyos, cienegas y montes que habia enmedio: por tanto les requeria y suplicaba se volviesen, antes que les acaeciese alguna desgracia si entrasen en alguna parte donde no pudiesen salir, y que este aviso les daba, no de miedo que de ellos tuviese que le hubiesen de prender, sino en recompensa y servicio de la merced y gracia que le habian hecho en no haber hecho el mal y daño que en su tierra y vasallos pudieran haber hecho.

Este recaudo envió muchas veces el Cacique Hirrihigua, que casi se alcanzaban los mensageros unos á

otros; mas el Teniente General, quanto ellos mas se multiplicaban, tanto mas deseaba pasar adelante, entendiendo al contrario, y persuadiéndose que era temor del curaca, y no cortesia ni manera de amistad, y que porque no se le podia escapar porfiaba tanto con los mensages. Con estas imaginaciones se daba mas priesa á caminar, sirviendo de espuelas á todos los que con él iban, hasta que llegaron á una grande y mala cienega. Dificultaron todos el pasar por ella, solo Vasco Porcallo hizo instancia á que entrasen, y por moverles con el exemplo, porque como práctico soldado que habia sido, sabia que para ser un Capitan obedecido en las dificultades, no tenia mejor remedio que ir delante de sus soldados, aunque esta era temeridad, dió de espuelas al caballo, y entró apriesa en la cienega, y en pos de él entraron otros muchos,



mas: á pocos pasos que el Teniente General dio, cayó el caballo con él, donde se hubieran de ahogar ambos, porque los de á pie por ser légamo y lodo no podian nadar para llegar apriesa á socorrerle, y por ser cieno se hundian si iban andando, y los de á caballo por lo mismo no podian llegar á favorecerle, que todos corrian un mismo peligro, sino que el de Vasco Porcallo era mucho mayor, por estar cargado de armas, envuelto en el cieno, y haberle tomado el caballo una pierna debaxo, con que lo ahogaba sin dexarle valer de su persona.

De este peligro salió Vasco Porcallo, mas por misericordia divina que por socorro humano, y como se vio lleno de lodo, perdidas las esperanzas que de prender al Cacique llevaba, y que el Indio sin haber salido con armas al encuentro á pelear con el, solo con palabras envia-

das á decir por via de amistad le hubiese vencido, corrido y avergonzado de sí propio, lleno de pesar y melancolía, mandó volver la gente, y como con el enojo de esta desgracia se juntase la memoria de su mucha hacienda, el descanso y regalo que en su casa habia dexado, que su edad ya no era de mozo, que la mayor parte de ella era ya pasada, que los trabajos venideros de aquella conquista todos ó los mas habian de ser, como los de aquel dia o peores, y que él no tenia necesidad de tomarlos por su voluntad, pues le bastaban los que habia pasado, le pareció volverse á su casa y dexar aquella jornada para los mozos que a ella iban.

Con estas imaginaciones fue por todo el camino hablándolas á solas, y á veces en publico, repitiendo á menudo los nombres de los dos curacas Hirrihigua, y Urribarracuxi,

desmembrándolos por sílabas, y trocando en ellas algunas letras para que le saliesen mas aproposito á lo que por ellas queria inferir, diciendo, hurri harri, hurri higa, burra coja, hurri harri, doy al diablo la tierra donde los primeros y mas continuos nombres que en ella he oido son tan viles é infames: voto á tal, que de tales principes no se pueden esperar buenos medios ni fines, ni de tales agueros buenos sucesos. Trabaje quien lo ha menester para comer ó ser honrado, que á mí me sobra hacienda y honra para toda mi vida, y aun para despues de ella.

Con estas palabras y otras semejantes, repetidas muchas veces, llegó al exercito, y luego pidio licencia al Gobernador para volverse á la isla de Cuba. El General se la dió con la misma liberalidad y gracia que habia recibido su ofrecimiento para la conquista, y con la licencia

le dió el galeoncillo San Anton, en que se fue.

Vasco Porcallo repartió por los caballeros y soldados que le pareció sus armas, caballos y el demas aparato y servicio de casa; que como hombre tan rico y noble lo habia llevado muy bueno y aventajado. Mando dexar para el exército todo el bastimento y matalotage que para su persona y familia habia sacado de su casa: dió orden, que un hijo suyo natural llamado Gomez Suarez de Figueroa, habido en una india de Cuba, se quedase para ir en la jornada con el Gobernador: dexole dos caballos, armas, y lo demas necesario para la conquista. El qual anduvo despues en toda ella como muy buen caballero y soldado, hijo de tal padre, sirviendo con mucha prontitud en todas las ocasiones que se ofrecieron, y despues que los Indios le mataron los caballos, andu

vo siempre á pie, sin querer aceptar del General ni de otro personage alguno, caballo prestado ni dado, ni otro ningun regalo ni favor, aunque se viese herido y en mucha necesidad, por parecerle que todos los regalos que le hacian y ofrecian, no llegaban á recompensar los servicios y beneficios por su padre hechos en comun y particular á todo el exército, de que el Gobernador andaba congojado y deseoso de agradar y regalar á este caballero, mas su ánimo era tan estraño y esquivo, que nunca jamás quiso recibir nada de nadie.

CAPITULO XXVII.

Relacion que Baltasar de Gallegos envió de lo que habia descubierto.

Concluidas en brevisimo tiempo las cosas que hemos dicho, se embarcó Vasco Porcallo, y llevó consigo todos los Españoles, Indios y Negros que para su servicio habia traido, dexando nota en todo el exército, no de cobardia, porque no cabia en su ánimo, sino de inconstancia, como en la isla de Cuba quando se ofreció para la conquista, la habia dexado de ambicion demasiada, por desamparar su casa, hacienda y regalo por cosas nuevas, sin necesidad de ellas. En casos graves, siempre las determinaciones no consultadas con la prudencia y consejo de los amigos suelen causar arrebatados y aun desesperados arrepentimientos,

con mal, daño y mucha infamia del que así las executa: que si este caballero mirara antes de salir de su casa lo que miró despues para volverse á ella, no fuera notado de lo que fue, ni inquietara su persona para menoscabo y perdida de su reputacion y gasto de su hacienda; pudiendo haberla empleado en la misma jornada, con mas prudencia y mejor consejo para mas loa y honra suya. Mas ¿quién domará una bestia fiera, ni aconsejará á los libres y poderosos, confiados de sí mismos, y persuadidos que conforme á los bienes de fortuna tienen los del ánimo, y que la misma ventaja que hacen a los demas hombres en la hasienda que ellos no ganaron, esa misma les hacen en la discrecion y sabiduria que no aprendieron? Por lo qual, ni piden consejo, ni lo quieren recibir, ni pueden ver a los que son para darselo.

El dia siguiente á la partida de Vasco Porcallo, llegaron al exército los quatro caballeros que Baltasar de Gallegos envio con la relacion de lo que habia visto y oido, de las tierras que habian andado. Los quales la dieron muy cumplida, y de mucho contento para los Españoles; porque todas las cosas dixeron en favor de su pretension y conquista, salvo una que dixeron, que adelante del pueblo de Urribarracuxi habia una grandisima cienega, y muy mala de pasar. Todos se alegraron con las buenas nuevas, y á lo de la cienega respondieron, que Dios habia dado al hombre ingenio y maña para allanar y pasar por las dificultades que se le ofreciesen.

Con esta relacion mandó el Gobernador echar vando, que se apercibiesen para caminar pasados los tres dias siguientes. Ordenó que Gonzalo Silvestre con otros veinte de á

caballo volvtese á dar aviso á Baltasar de Gallegos, como al quarto dia saldria el exército en su seguimiento.

Habiendo de salir el Gobernador del pueblo de Hirrihigua, era necesario dexar presidio y gente de guarnicion que defendiese y guardase las armas, bastimentos y municiones que el exército tenia, porque de todo esto habia llevado mucha cantidad, y tambien que la caravela y los dos vergantines que estaban en la baia no quedasen desamparados. Para lo qual nombró al Capitan Pedro Calderon que quedase por caudillo de mar y tierra, y tuviese á su cargo lo que en ambas partes quedaba, para cuya defensa y guarda dexó quarenta lanzas, y ochenta infantes, sin los marineros de los tres navios, con orden que estuviesen quedos sin mudarse á otra parte, hasta que les enviasen á mandar otra

cosa, y que con los Indios de la comarca procurasen tener siempre paz, y en ninguna manera guerra, aunque fuese sufriendoles mucho desden, y particularmente regalasen é hiciesen toda buena amistad á Mucozo.

Dexada esta orden, la qual el Capitan Pedro Calderon guardó como buen capitan y soldado, salió el Gobernador de la baia del Espíritu Santo y pueblo de Hirrihigua, y caminó hacia el de Mucozo, al qual llegó á dar vista la mañana del dia tercero de su camino. Mucozo que sabia su venida, salió á recibirle con muchas lagrimas y sentimiento de su partida, y le suplicó se quedase aquel dia en su pueblo. El Gobernador, que deseaba no molestarle con tanta gente, le dixo, que le convenia pasar adelante, porque llevaba las jornadas contadas, que se quedase con Dios, y hubiese por enca-

mendados al capitan y soldados que en el pueblo de Hirrihigua quedaban: rindiole de nuevo las gracias de lo que por él, por su exército, y por Juan Ortiz habia hecho: abrazóle con mucha ternura y señales de grande amor, que lo merecia la bondad de este famoso Indio, el qual con muchas lágrimas, aunque procuraba retenerlas, besó las manos al Gobernador, y entre otras palabras que para significar la pena de su ausencia le habló, dixo: Que no sabria decir qual habia sido mayor, ó el contento de haberle conocido y recibido por señor, ó el dolor de verle partir sin poder seguir a su señoria, que le suplicaba por última merced se acordase de él. Despedido del General, habló á los demas capitanes y caballeros principales, y por buen término les dixo la tristeza y soledad en que le dexaban, y que el sol les encaminase y prospe-

rase en todos sus hechos. Con esto se quedó el buen Mucozo, y el Gobernador pasó adelante en su viage hasta el pueblo de Urribarracuxi, sin que por el camino se le ofreciese cosa digna de memoria.

De la baia del Espíritu Santo al pueblo de Urribarracuxi caminaron siempre al Nordeste, que es al Norte, torciendo un poco hácia donde sale el sol. En este rumbo, y en todos los demas que en esta historia se dixeren, es de advertir, que no se tomen precisamente para culparme, si otra cosa pareciere despues, quando aquella tierra se ganare, siendo Dios servido: que aunque hice todas las diligencias necesarias para poderlos escribir con certidumbre, no me fue posible alcanzarla; porque como el primer intento que estos Castellanos llevaban, era conquistar aquella tierra, y buscar oro y plata, no atendian á otra cosa

que no fuese plata y oro, por lo qual dexaron de hacer otras cosas que les importaban mas que el demarcar la tierra. Y esto basta para mi descargo de no haber escrito con la certinidad que he deseado, y era necesario.

CAPITULO XXVIII.

Pasan mal dos veces la cienega grande: el Gobernador sale á buscarle paso: lo halla.

Llegado que fue el Gobernador al pueblo de Urribarracuxi, donde el Capitan Baltasar de Gallegos le esperaba, envió mensageros al cacique que estaba retirado en los montes, ofreciendole su amistad, mas ninguna diligencia fue parte para que saliese de paz, lo qual visto por el Gobernador, dexó al Indio y entendió en enviar corredores por tres partes, que fuesen á descubrir paso

á la cienega que estaba tres leguas del pueblo, la qual era grande y muy dificultosa de pasar, por ser de una legua en ancho, tener mucho cieno (de donde toman el nombre de cienega) y muy hondo á las orillas. Los dos tercios á una parte y otra de la cienega eran de cieno, y la otra tercia parte en medio de agua, tan honda que no se podia vadear; mas con todas estas dificultades le hallaron paso los descubridores, los quales al fin de ocho dias que habian salido, volvieron con la nueva de haberlo hallado y muy bueno. Con esta relacion salió el Gobernador y toda su gente del pueblo, y en dos dias llegaron al paso de la cienega, y la pasaron con facilidad, porque el paso era bueno, mas por ser ella tan ancha tardaron en pasarla todo un dia. A media legua pasada la cienega se alojaron en un buen llano, y el dia siguien-

te, habiendo salido los mismos descubridores para ver por donde habian de caminar, volvieron diciendo, que en ninguna manera podian pasar adelante, por las muchas cienegas que habia de los arroyos que salian de la cienega mayor, y anegaban los campos, lo qual era causa que se pasase bien la cienega por el paso que hemos dicho, porque como encima del paso se derramase mucha agua, saliendo de la madre vieja, facilitaba que pasasen bien la cienega mayor, y dificultaba que pudiesen andar los campos. Por lo qual quiso el Gobernador ser el descubridor del camino; porque en los trances y pasos dificultosos, si él mismo no les descubria no se satisfacia de otro. Con esta determinacion volvió á pasar la cienega desotra parte, y eligiendo cien caballos y cien infantes que fuesen con él, dexo el resto del exército donde se

estaba con el Maese de Campo, y caminó tres dias la cienega arriba por un lado de ella, enviando á trechos descubridores que viesen si se hallaba algun paso.

En todos los tres dias nunca faltaron Indios que saliendo del monte que habia por la orilla de la cienega, sobresaltaban los Españoles, tirándoles flechas, y se acogian al monte, mas algunos quedaban burlados, muertos y presos; los presos, por librarse de la importunidad y pesadumbre que les daban los Españoles preguntandoles por el camino y paso de la cienega, se ofrecian á guiarles, y como eran enemigos los guiaban y metian en pasos dificultosos, y en partes donde habia Indios emboscados que salian á flechar á los christianos. A estos tales, que fueron quatro, luego que les sentian la malicia, les echaban los perros y los mataban. Por lo qual

un Indio de los presos, temiendo la muerte, se ofreció á guiarlos fielmente, y sacandolos de los malos pasos por donde iban, los puso en un camino limpio, llano y ancho apartado de la cienega, y habiendo caminado por él quatro leguas, volvieron sobre la cienega, donde hallaron un paso que á la entrada y salida estaba limpio de cieno, y el agua se vadeaba á los pechos una legua de largo, salvo en medio de la canal, que por su mucha hondura, por espacio de cien pasos no se podia vadear, donde los Indios tenian hecha una mala puente de dos grandes arboles caidos en el agua, y lo que ellos no alcanzaban estaba añadido con maderos largos, atados unos con otros, y atravesados otros palos menores en forma de varandillas. Por este mismo paso diez años antes pasó Panfilo de Narvaez con su exercito desdichado.

El Gobernador Hernando de Soto, con mucho contento de haberlo hallado, mandó á dos soldados naturales de la isla de Cuba, mestizos, que así nos llaman en todas las indias occidentales a los que somos hijos de Español y de India, o de Indio y Española, y llaman mulatos, como en España, á los hijos de Negro y de India, o de Indio y de Negra. Los Negros llaman criollos á los hijos de Español y Española, y á los hijos de Negro y Negra que nacen en Indias, por dar á entender que son nacidos alla, y no de los que van de acá de España: este vocablo criollo han introducido los Españoles ya en su lenguage, para significar lo mismo que los Negros. Llaman asimismo quarteron, o quatratuo, al que tiene quarta parte de Indio, como es el hijo de Español y de mestiza, ó de mestizo y de Española. Llaman Negro llanamen-

te al Guineo, y Español al que lo es. Todos estos nombres hay en Indias para nombrar las naciones intrusas no naturales de ella.

Como deciamos, el Gobernador mandó á los dos Isleños que habian por nombre Pedro Moron, y Diego de Oliva, grandisimos nadadores, que llevando sendas hachas cortasen unas ramas que se atravesaban por la puente, é hiciesen todo lo que les pareciese convenir a la comodidad de los que habian de pasar por ella. Los dos soldados con toda presteza pusieron por obra lo que se les mandó, y en la mayor furia y diligencia de ella vieron salir en canoas Indios que entre las muchas eneas y juncos que hay en las riberas de aquella cienega estaban escondidos, y venian con gran furia á tirarles flechas. Los mestizos se echaron de la puente abaxo de cabeza, y a zabullidas salieron á donde los suyos esta-

ban heridos ligeramente, que por haber sido debaxo del agua no penetraron mucho las flechas. Con este sobresalto que los Indios dieron, sin hacer otro daño, se retiraron del paso, y se fueron donde no los vieron mas. Los Españoles aderezaron la puente sin recibir mas molestia, y á tres tiros de arcabuz encima de aquel paso hallaron otro muy bueno para los caballos.

El Gobernador, hallando los pasos que deseaba para pasar la cienega, le pareció dar luego aviso de ellos á Luis de Moscoso, su Maese de Campo, para que con el exército caminase en pos de él, y tambien para que luego que tuviese la nueva le enviase socorro de vizcocho y queso; porque la gente que consigo tenia padecia necesidad de comida, que pensando no alejarse tanto habian sacado poco bastimento: para lo qual llamo á Gonzalo Silvestre,

y en presencia de todos le dixo : á vos os cupo en suerte el mejor caballo de todo nuestro exército, y fue para mayor trabajo vuestro, porque os hemos de encomendar los lances mas dificultosos que se nos ofrezcan ; por tanto prestad paciencia, y advertid que á nuestra vida y conquista conviene que volvais esta noche al Real, y digais á Luis de Moscoso lo que habeis visto, y como hemos hallado paso á la cienega, que camine luego con toda la gente en nuestro seguimiento ; y á vos, que luego que llegueis os despache con dos cargas de vizcocho y queso, con que nos entretengamos hasta hallar comida, que padecemos necesidad de ella ; y para que volvais mas seguro que vais os mande dar treinta lanzas que os aseguren el camino, que yo os esperaré en este mismo lugar hasta mañana en la noche que habeis de ser aquí de vuelta, y aun-

que el camino os parezca largo y dificultoso, y el tiempo breve, yo sé á quien encomiendo el hecho, y porque no vayais solo, tomad el compañero que mejor os pareciere, y sea luego, que os conviene amanecer en el Real, porque no os maten los Indios si os coge el dia antes de pasar la cienega.

Gonzalo Silvestre sin responder palabra alguna se partió del Gobernador, subió en su caballo, y de camino como iba encontró con un Juan Lopez Cacho, natural de Sevilla, page del Gobernador, que tenia un buen caballo y le dixo: El General manda que vos y yo vayamos con un recaudo suyo á amanecer al Real: por tanto seguidme luego, que ya yo voy caminando. Juan Lopez respondió diciendo, por vida vuestra que lleveis otro, que yo estoy cansado y no puedo ir allá. Replicó Gonzalo Silvestre, el Gobernador

me mandó que escogiese un compañero, yo elijo vuestra persona: si quisiéredes venir, venid enhorabuena, y sino quedaos en ella misma, que porque vamos ambos no se disminuye el peligro, ni porque yo vaya solo se aumenta el trabajo. Diciendo esto dió de espuelas al caballo, y siguió su camino. Juan Lopez, mal que le pesó, subió en el suyo y fué en pos de él Salieron de donde quedaba el Gobernador á hora que el sol se ponia, ambos mozos que apenas pasaban de los veinte años.

CAPITULO XXIX.

Lo que pasaron los dos Españoles en su viage hasta que llegaron al Real.

Estos dos esforzados y animosos Españoles, no solamente no huyeron el trabajo, aunque lo vieron tan essesivo, ni temieron el peligro, aunque era tan eminente, antes con toda facilidad y prontitud como hemos visto se ofrecieron á lo uno y á lo otro; y así caminaron las primeras quatro ó cinco leguas sin pesadumbre alguna, por ser el camino limpio sin monte, cienegas, ni arroyos, y por todas ellas no sintieron Indios. Mas luego que las pasaron dieron en las dificultades y malos pasos que al ir habian llevado, con atolladeros, montes y arroyos que salian de la cienega mayor, y volvian á entrar en ella: y no po-

dian huir estos malos pasos, porque como no habia camino abierto, ni ellos sabian la tierra, erales forzoso para no perderse volver siguiendo el mismo rastro que los tres dias pasados al ir habian hecho: caminaban solamente al tino de lo que reconocian haber visto y notado en la ida.

El peligro que estos dos compañeros llevaban de ser muertos por los Indios era tan cierto, que ninguna diligencia que ellos pudieran hacer bastara á sacarlos de él, si Dios no los socorriera por su misericordia, mediante el instinto natural de los caballos, los quales, como si tuvieran entendimiento, dieron en rastrear el camino que al ir habian llevado, y como podencos ó perdigueros hincaban los hocicos en tierra para rastrear y seguir el camino; y aunque á los principios no entendiendo sus dueños la intencion de los caballos les tiraban de las rien-

das, no querian alzar las cabezas buscando el rastro; y para lo hallar quando lo habian perdido, daban unos grandes soplos y bufidos de que á sus dueños les pesaba, temiendo ser por ellos sentidos de los Indios. El de Gonzalo Silvestre era el mas cierto en el rastro, y en hallarlo quando lo perdian: mas no hay que espantarnos de esta bondad, ni de otras muchas que este caballo tuvo, porque de señales y color naturalmente era señalado para en paz y en guerra ser bueno en extremo, porque era castaño obscuro, peceño, calzado el pie izquierdo, y lista en la frente que bebia con ella: señales que en todas las colores de caballos, o sean rocines o hacas, prometen mas bondad y lealtad que otras ningunas; y el color castaño, principalmente peceño, es sobre todos los colores, bueno para veras y burlas, para lodos y polvos. El de

Juan Lopez Cacho era bayo tostado, que llaman zorruno, de cabos negros, bueno por extremo, mas no igualaba á la bondad del castaño, el qual guiaba á su amo y al compañero. Gonzalo Silvestre, habiendo reconocido la intencion y bondad de su caballo, quando baxaba la cabeza para rastrear y buscar el camino, lo dexaba á todo su gusto, sin contradecirle en cosa alguna, porque así les iba mejor. Con estas dificultades y otras que se pueden imaginar mejor que escribir, caminaron sin camino toda la noche estos dos bravos Españoles, muertos de hambre, que los dos dias pasados no habian comido sino cañas de maiz, que los Indios tenian sembrado, e iban alcanzados de sueño y fatigados de trabajo, y los caballos lo mismo, que tres dias habia que no se habian desensillado, y á duras penas quitadoles los frenos para que comiesen

algo ; mas ver la muerte al ojo sino vencian estos trabajos, les daba esfuerzo para pasar adelante. A una mano y á otra de como iban dexaban grandes quadrillas de Indios que á la lumbre del mucho fuego que tenian, se parecia como baylaban, saltaban y cantaban, comiendo y bebiendo con mucha fiesta, regocijo, gran plática y voceria que entre ellos habia, que en toda la noche cesaron: si era celebrando alguna fiesta de su gentilidad, ó platicando de la gente nuevamente venida á su tierra no se sabe; mas la grita y algazara que los Indios tenian regocijandose, era salud y vida de los dos Españoles que por entre ellos pasaban; porque con el mucho estruendo y regocijo no sentian el pasar de los caballos, ni echaban de ver el mucho ladrar de sus perros, que sintiéndolos pasar se mataban a alharidos; lo qual todo fue

providencia divina, que si no fuera por este ruido de los Indios, y el rastrear de los caballos, imposible era que por aquellas dificultades caminaran una legua, quanto mas doce, sin que los sintieran y mataran.

Habiendo caminado mas de diez leguas con el trabajo que hemos visto, dixo Juan Lopez al compañero, ó me dexad dormir un rato, ó me matad á lanzadas en este camino, que ya no puedo pasar adelante, ni tenerme en el caballo, que voy perdidísimo de sueño. Gonzalo Silvestre, que ya otras dos veces le habia negado la misma demanda, vencido de su importunidad le dixo: Apeaos y dormid lo que quisiéredes, pues á trueque de no resistir una hora mas el sueño quereis que nos maten los Indios. El paso de la ciénega segun lo que hemos andado ya no puede estar lejos, y fuera razon que la pasaramos antes que amane-

ciera, porquē si el dia nos toma de esta parte, es imposible que escapemos de la muerte.

Juan Lopez Cacho, sin aguardar mas razones, se dexó caer en el suelo como un muerto, y el compañero le tomó la lanza y el caballo de rienda. A aquella hora sobrevino una grande obscuridad, y con ella tanta agua del cielo que parecia un diluvio; mas por mucha que caia sobre Juan Lopez no le quitaba el sueño, porque la fuerza que esta pasion tiene sobre los cuerpos humanos es grandísima, y como alimento tan necesario no se le puede escusar.

El cesar el agua, quitarse el nublado y parecer el dia claro todo fue en un punto, tanto que se quejaba Gonzalo Silvestre no haber visto amanecer, mas pudo ser que se hubiese dormido sobre el caballo, tambien como el compañero en el sue-

lo : que yo conocí un caballero, entre otros, que caminando iba tres y quatro leguas dormido sin dispertar, y no aprovechaba que le hablasen, y se vió algunas veces en peligro de ser por ello arrastrado de su cavalgadura. Luego que Gonzalo Silvestre vio el dia tan claro, á mucha priesa llamó á Juan Lopez, y porque no le bastaban las voces roncas, baxas y sordas que le daba, se valió del cuento de la lanza, y lo recobró á buenos recatonazos diciéndole: mirad lo que nos ha causado vuestro sueño, veis el dia claro que teniamos, que nos ha cogido donde no podemos escapar de no ser muertos á manos de los enemigos.

Juan Lopez subió en su caballo, y á toda diligencia caminaron mas que de paso, corriendo á media rienda, que los caballos eran tan buenos que sufrian el trabajo pasado y el presente. Con la luz del dia no

pudieron los dos caballeros dexar de ser vistos por los Indios, y en un momento se levantó un alharido y voceria, apercibiéndose los de la una y otra vanda de la cienega con tanto zumbido, estruendo y retumbar de caracoles, vocinas, tamborinos y otros instrumentos rústicos, que parecia quererlos matar con la grita sola.

En el mismo punto parecieron tantas canoas en el agua que salian de entre la enea y juncos, que á imitacion de las fabulas poéticas, decian estos Españoles, que no parecia sino que las hojas de los arboles caidas en el agua se convertian en canoas. Los Indios acudieron con tanta diligencia y presteza al paso de la cienega, que quando los Christianos llegaron á él, ya por la parte alta los estaban esperando.

Los dos compañeros aunque vieron el peligro tan eminente que al

cabo de tanto trabajo pasado en tierra les esperaba en el agua, considerando que lo habia mayor y mas cierto en el temer que en el osar, se arrojaron á ella con gran esfuerzo y osadia, sin atender á mas que á darse priesa en pasar aquella legua, que como hemos dicho la tenia de ancho esta mala cienega. Fue Dios servido, que como los caballos iban cubiertos de agua, y los caballeros bien armados, salieron todos libres sin heridas, que no se tuvo á pequeño milagro, segun la infinidad de flechas que les habian tirado: que uno de ellos, contando despues la merced que el Señor particularmente en este paso les habia hecho de que no les hubiesen muerto ó herido, decia que salido ya fuera del agua, habia vuelto el rostro á ver lo que en ella quedaba, y que la vió tan cubierta de flechas, como una calle suele estar de juncia

en dia de alguna gran solemnidad de fiesta.

En lo poco que de estos dos Españoles hemos dicho, y en otras cosas semejantes que adelante veremos, se podra notar el valor de la nacion española, que pasando tantos y tan grandes trabajos, y otros mayores que por su descuido no se han escrito, ganasen el Nuevo Mundo para su Principe. ¡ Dichosa ganancia para Indios y Españoles, pues estos ganaron riquezas temporales, y aquellos las espirituales!

Los Españoles que en el exercito estaban, oyendo la grita y voceria de los Indios tan extraña, sospechando lo que fue, y apellidándose unos á otros, salieron á toda prisa al socorro del paso de la cienega mas de treinta caballeros.

Delante de todos ellos un gran trecho venia Nuño Tobar corriendo á toda furia encima de un hermosi-

mo caballo, rucio rodado, con tanta ferocidad y braveza del caballo, y con tan buen denuedo y semblante del caballero, que con sola la gallardia y gentileza de su persona, que era lindo hombre de la gineta, pudo asegurar en tanto peligro los dos compañeros: que este buen caballero, aunque desfavorecido de su Capitan general, no dexaba de mostrar en todas ocasiones las fuerzas de su persona, y el esfuerzo de su animo, haciendó siempre el deber por cumplir con la obligacion y deuda que á su propia nobleza debia; que nunca el desden con toda su fuerza pudo rendirle á que hiciese otra cosa, que la generosidad del ánimo no consiente vileza en los que de veras la poseen. A que los principes y poderosos que son tiranos, quando con razon ó sin ella se dan por ofendidos, suelen pocas veces o ninguna corresponder con la reconcilia-

cion y perdon que los tales merecen; antes parece que se ofenden mas y mas de que porfien en su virtud: por lo qual, el que en tal se viere, de mi parecer y mal consejo, vaya á pedir por amor de Dios para comer quando no lo tenga de suyo, antes que porfiar en servicio de ellos, porque por milagros que en él hagan, no bastarán á reducirlo en su gracia.

CAPITULO XXX.

Salen treinta lanzas en pos del Gobernador con el socorro del vizcocho.

Los Indios, aunque vieron fuera del agua los dos Españoles, no dexaron de seguirlos por tierra, tirándoles muchas flechas, con gran corage que cobraron de que hubiesen caminado tantas leguas sin que los suyos los sintiesen, mas luego

que vieron á Nuño Tovar y á los demas caballeros que venian al socorro, los dexaron y se volvieron al monte, y á la cienega, por no ser ofendidos de los caballos, que no se sufria burlar con ellos en campo raso.

Los dos compañeros fueron recibidos de los suyos con gran placer y regocijo, y mucho mas quando vieron que no iban heridos. El Maese de Campo Luis de Moscoso, sabida la orden del General, apercibió los treinta caballeros que volviesen luego con Gonzalo Silvestre, el quàl apenas tuvo lugar de almorzar dos bocados de unas mazorcas cocidas de maiz á medio granar, y un poco de queso que le dieron, porque no habia otra cosa, que todo el real padecia hambre. Llevaron dos acemilas cargadas de vizcocho y queso, socorro para tanta gente harto flaco, si Dios no lo proveyera por otra

parte, como adelante verémos. Con este recaudo se partio Gonzalo Silvestre con los treinta compañeros, no habiendo pasado una hora de tiempo que habia llegado al real. Juan Lopez se quedó en él diciendo: A mi no me mando el General volver ni venir.

Los treinta de á caballo pasaron la cienega sin contradicion de los Indios, aunque del exército llevaban gente que les ayudara en el paso, mas no fue menester. Caminaron todo el dia sin ver enemigo; y por buena prisa que se dieron no pudieron llegar al sitio donde el Gobernador les dixo les esperaria hasta que fuese dos horas de noche: hallaron que el General habia pasado la cienega, é idose adelante, de que ellos se afligieron mucho, por verse treinta hombres solos enmedio de tantos enemigos como temian que habia sobre ellos. Por no saber donde era ido el

Gobernador no pasaron en pos de él. Acordaron quedarse en el mismo alojamiento que él tuvo la noche antes, con orden que entre sí dieron, que los diez rondasen á caballo el primer tercio de la noche, y los otros diez estuviesen velando con los caballos ensillados y enfrenados, teniéndolos de la rienda para acudir con presteza donde fuese menester pelear, y los otros diez tuviesen los caballos ensillados y sin frenos, y los dexasen comer, para que de esta manera, trabajando unos, y descansando otros por su rueda, pudiesen llevar el trabajo nocturno: asi pasaron toda la noche sin sentir enemigos.

Luego que fue de dia, viendo el rastro que el Gobernador dexaba hecho en la cienega, la pasaron con buena dicha de que los Indios no la tuviesen ocupada para les defender el paso: que les fuera de mucho tra-

bajo haberlo de ganar peleando en el agua hasta los pechos, sin poder acometer, ni huir, ni tener armas de tiro con que detener á lejos los enemigos, y ellos por el contrario tener grandisima agilidad para entrar y salir con sus canoas en los nuestros, y tirarles las flechas de lejos ó cerca. Y cierto en este paso, y en otros semejantes que la historia dirá, es de considerar qual fuese la causa, que unos mismos Indios en unos propios sitios y ocasiones peleasen unos dias con tanta ansia y deseo de matar los Castellanos; y otros dias no se les diese nada por ellos. Yo no puedo dar otra razon, sino que para pelear ó no pelear debian de guardar algunas abusiones de su gentilidad, como lo hacian algunas naciones en tiempo del grande Julio Cesar: ó que por verlos ir de paso y no parar en sus tierras los dexaban. Como quiera que fuese, los

treinta caballeros lo tuvieron á buena suerte, y siguieron el rastro del Gobernador; y habiendo caminado seis leguas, le hallaron alojado en unos hermosisimos valles de grandes maizales, tan fértiles que cada caña tenia á tres y quatro mazorcas, de las quales cogian de encima de los caballos para entretener la hambre que llevaban: comianselas crudas, dando gracias á Dios nuestro Señor que los hubiese socorrido con tanta artura, que á los menesterosos qualquiera se les hace mucha.

El Gobernador los recibió muy bien, y con palabras magnificas y grandes alabanzas encareció la buena diligencia que Gonzalo Silvestre habia hecho, y el mucho peligro é incomportable trabajo que habia pasado. Dixo á lo último, que humanamente no podia haberse hecho mas: ofreció para adelante la gratificacion de tanto mérito. Por otra

parte le pedia perdon de no haberle esperado, como quedó de esperarle, y decia disculpándose, que habia pasado adelante, lo uno, porque no se podia sufrir la hambre en que los dexó, y lo otro, porque no tuvo por muy cierta su vuelta, por el mucho peligro en que iba, y que habia temido le hubiesen muerto los Indios.

Esta provincia tan fértil donde los treinta caballeros hallaron al Gobernador se llamaba Acuera, y el Señor de ella habia el mismo nombre El qual, sabiendo la ida de los Castellanos á su tierra, se fue al monte con toda su gente. De la provincia de Urribarracuxi á la de Acuera habrá veinte leguas poco mas ó menos, Norte Sur.

El Maese de Campo Luis de Moscoso, recibida la orden del General, luego aquel mismo dia puso por obra la partida del Exército. Pasaron la cienega con facilidad, por

no haber contradicion de enemigos: siguieron su camino, y en otros tres dias llegaron al otro paso de la misma cienega, y por ser aquel vado mas ancho, y llevar mas agua que el otro, tardaron tres dias en pasarlo, en los quales ni en las doce leguas que caminaron por la ribera de la cienega vieron Indio alguno, que no fue poca merced que ellos les hicieron: porque siendo los pasos de suyo tan dificultosos, por poco que les contradixeran les aumentaran mucho trabajo.

El Gobernador, mientras Luis de Moscoso pasaba la cienega, porque su gente padecia hambre, le envió mucha zara ò maiz, con que se hartaron y llegaron donde el Gobernador estaba.

CAPITULO XXXI.

Descomedida respuesta del Señor de la provincia Acuera.

Habiendose juntado todo el exército en Acuera, entretanto que la gente y los caballos se reformaban de la hambre que los dias atras habian pasado, que no fue poca, el Gobernador, con su acostumbrada clemencia, envió al cacique Acuera Indios que prendieron de los suyos con recaudos, diciendo, le rogaban saliese de paz, y holgase tener los Españoles por amigos y hermanos, que era gente belicosa y valiente, los quales, sino aceptaba la amistad de ellos, podrian hacerle mucho mal y daño en sus tierras y vasallos. Asimismo supiese y tuviese por cierto, que no traian ánimo de hacer agravio á nadie, como no lo habian hecho en las provincias que atras dexaban, sino

mucha amistad á los que habian querido recibirla, y que el principal intento que llevaban, era reducir por paz y amistad todas las provincias y naciones de aquel gran reyno a la obediencia y servicio del poderosísimo Emperador y Rey de Castilla, su Señor, cuyos criados ellos eran, y que el Gobernador deseaba verle y hablarle, para decirle estas cosas mas largamente, y darle cuenta de la órden que su Rey y Señor le habia dado, para tratar y comunicar con los Señores de aquella tierra.

El cacique respondió descomedidamente diciendo, que ya por otros Castellanos que años antes habian ido á aquella tierra, tenia larga noticia de quien ellos eran, y sabia muy bien su vida y costumbres, que era tener por oficio andar vagamundos de tierra en tierra, viviendo de robar, saquear y matar a los que no les habian hecho ofensa alguna, que

con gente tal en ninguna manera queria amistad ni paz, sino guerra mortal y perpetua; que puesto caso que ellos fuesen tan valientes como se jactaban, no les habia temor alguno, porque sus vasallos y él no se tenian por menos valientes: para prueba de lo qual les prometia mantenerles guerra todo el tiempo que en su provincia quisiesen parar, no descubierta ni en batalla campal, aunque podia darsela, sino con asechanzas y emboscadas tomandolos descuidados; por tanto les apercibia y requeria se guardasen y recatasen de él y de los suyos, á los quales tenia mandado le llevasen cada semana dos cabezas de christianos, y no mas, que con ellas se contentaba: porque degollando cada ocho dias dos de ellos, pensaba acabarlos todos en pocos años, pues aunque poblasen é hiciesen asiento, no podian perpetuarse, porque no traian mugeres para

tener hijos, y pasar adelante con su generacion. Y á lo que decian de dar la obediencia al Rey de España, respondia: que el era Rey en su tierra, y que no tenia necesidad de hacerse vasallo de otro, quien tantos tenia como él. Que por muy viles y apocados tenia a los que se metian debaxo de yugo ageno pudiendo vivir libres. Que él y todos los suyos protestaban morir cien muertes por sustentar su libertad y la de su tierra, que aquella respuesta daban entonces, y para siempre. A lo del vasallage, y á lo que decian que eran criados del Emperador y Rey de Castilla, y que andaban conquistando nuevas tierras para su Imperio, respondia: Que lo fuesen muy enhorabuena, que ahora los tenia en menos, pues confesaban ser criados de otro, y que trabajaban y ganaban reynos para que otros los señoreasen, y gozasen del fruto de sus

trabajos : que ya que en semejante empresa pasaban hambre y cansancio, y los demas afanes, y aventuraban á perder sus vidas, les fuera mejor, mas honroso y provechoso ganar y adquirir para sí y para sus descendientes que no para los agenos : y que pues eran tan viles que estando tan lejos no perdian el nombre de criados, no esperasen amistad en tiempo alguno, que no podria emplearla tan vilmente, ni queria saber el órden de su Rey, que él sabia lo que habia de hacer en su tierra, y de la manera que los habia de tratar; por tanto que se fuesen lo mas presto que pudiesen, sino querian morir todos á sus manos.

El Gobernador, oida la respuesta del Indio, se admiró de ver que con tanta soberbia y altivez de ánimo acertase un bárbaro á decir cosas semejantes. Por lo qual de alli adelante procuró con mas instancia

atraerle á su amistad, enviándole muchos recaudos de palabras amorosas y comedidas. Mas el curaca á todos los Indios que á él iban decia, que ya con el primero habia respondido, que no pensaba dar otra respuesta, ni la dio jamas.

En esta provincia estuvo el exército veinte dias, reformándose del trabajo y hambre del camino pasado, apercibiendo cosas necesarias para pasar adelante. El Gobernador procuraba en estos dias haber noticia y relacion de la provincia. Envió corredores por toda ella, que con cuidado y diligencia viesen y notasen las buenas partes de ella, los quales traxeron buenas nuevas.

Los Indios en aquellos veinte dias no se durmieron ni descuidaron, antes por cumplir con los fieros y amenazas que su curaca habia hecho á los Castellanos, y porque ellos viesen que no habian sido va-

nas, andaban tan solícitos y astutos en sus asechanzas, que ningun Español se desmandaba cien pasos del Real que no lo flechasen y degollasen luego; y por priesa que los suyos se daban á los socorrer, los hallaban sin cabezas, que se las llevaban los Indios para presentarlas al Cacique, como él les tenia mandado.

Los christianos enterraban los cuerpos muertos donde los hallaban. Los Indios volvian la noche siguiente, y los desenterraban y hacian tasajos, y los colgaban por los árboles donde los Españoles pudiesen verlos. Con las quales cosas cumplian bien lo que su Cacique les habia mandado, que cada semana le llevasen dos cabezas de christianos, que en dos dias, de dos en dos, le llevaron quatro, y catorce en toda la temporada que los Españoles estuvieron en su tierra, sin los que hirieron,

que fueron muchos mas. Salian á hacer estos saltos tan á su salvo, y tan cerca de las guaridas, que eran los montes, que muy libremente se volvian á ellos, dexando hecho el daño que podian, sin perder lance que se les ofreciese. De donde vinieron á verificar los Castellanos las palabras que los Indios que hallaron por todo el camino de la cienega mayor les decian á grandes voces: pasad adelante ladrones, traidores, que en Acuera, y mas allá en Apalache os tratarán como vosotros mereceis, que á todos os pondrán hechos quartos y tasajos por los caminos en los árboles mayores.

Los Españoles, por mucho que lo procuraron, en toda la temporada mataron cincuenta Indios, porque andaban muy recatados y vigilantes en sus asechanzas.

CAPITULO XXXII.

Llega el Gobernador á la provincia Ocali: lo que en ella le sucedió.

Pasados los veinte dias, salió el Gobernador de la provincia Acuera, sin hacer daño alguno en los pueblos ni sementeras, porque no los notasen de crueles é inhumanos. Fueron en demanda de otra provincia llamada Ocali: de la una á la otra hay cerca de veinte leguas. Llevaron su viage al Norte, torcido algun tanto al Nordeste. Pasaron un despoblado que hay entre ambas provincias de diez ó doce leguas de traviesa, en el qual habia mucha arboleda de nogales, pinos y otros árboles no conocidos en España. Todos parecian puestos á mano: habia tanto espacio de unos a otros, que seguramente podian correr caballos

por entre ellos: era un monte muy claro y apacible.

En esta provincia no se hallaban ya tantas cienegas y malos pasos de atolladeros como en las pasadas; porque por estar mas alejada de la costa, no alcanzaban los esteros y baias que en las otras entraban de la mar: que por ser por este parage la tierra tan baxa y llana entra la mar por ella, por una parte treinta leguas, por otras quarenta, cincuenta y sesenta, y por algunas mas de ciento, haciendo grandes cienegas y tremedales, que dificultan y aun imposibilitan el pasar por ellas; que algunas hallaban estos Castellanos tan malas, que poniendo el pie en ellas temblaba la tierra veinte y treinta pasos á la redonda, y por cima parecia que podian correr caballos segun tenia la haz enxuta, sin sospecha que hubiese agua o cieno debaxo; y rompida aquella tez se

hundian y ahogaban los caballos sin remedio, y tambien los hombres; y para descabezar los tales pasos se veian en mucho trabajo. Hallaron asimismo ser esta provincia de Ocali mas abundante de mantenimientos que las otras que hemos dicho, así por haber en ella mas gente que cultivase la tierra, como por ser de suyo mas fertil, y lo propio se notó en todas las provincias que estos Españoles anduvieron por este gran reyno, que quando la tierra era mas adentro y alejada de la mar, tanto mas poblada y habitada era de gente, y ella en sí mas fértil y fructifera.

En las quatro provincias que quedan referidas, y en las demas que adelante diremos, y generalmente en toda la tierra de la Florida que estos Españoles descubrieron, pasaron mucha necesidad de vianda de carne, que por todo lo que anduvie-

ron no la hallaron, ni los Indios la tienen de doméstico ganado. Venados y gamos hay muchos por toda aquella tierra, que los Indios matan con sus arcos y flechas: los gamos son tan grandes, que son poco menores que los ciervos de España, y los ciervos son como grandes toros. Tambien hay osos grandísimos, y leones pardos como atras diximos.

Pasadas las doce leguas de despoblado, caminaron otras siete de tierra poblada de pocas casas, derramadas por los campos sin órden de pueblo. En todas las siete leguas habia esta manera de poblacion. Al cabo de ellas estaba el pueblo principal llamado Ocali, como la misma provincia y el Cacique de ella; el qual con todos los suyos, llevándose lo que tenian en sus casas, se fueron al monte.

Los Españoles entraron en el pueblo, que era de seiscientas casas,

y en ellas se alojaron, donde hallaron mucha comida de maiz y otras semillas y legumbres, y diversas frutas, como ciruelas, nueces, pasas, bellota. El Gobernador envió luego Indios al curaca principal, convidándole con la paz y amistad de los Castellanos. El Indio se excusó por entonces con palabras comedidas, diciendo que no podia salir tan presto. Pasados seis dias salió de paz, aunque sospechosa: porque todo el tiempo que estuvo con los Españoles nunca anduvo á derechas. El Gobernador y los suyos, habiéndole recibido con muchas caricias, disimulaban lo malo que en él sentian, porque no se escandalizase mas de lo que con sus malos propósitos lo estaba de suyo, como luego verémos.

Cerca del pueblo habia gran rio de mucha agua, que aun entonces con ser de verano no se podia vadear: tenia las barrancas de una par-

te y otra de dos picas en alto, tan cortadas como paredes. En toda la Florida, por la poca ó casi ninguna piedra que la tierra tiene, caban mucho los rios, y tienen barrancas muy hondas. Describese este rio mas particularmente que otro alguo, porque adelante se ha de hacer mencion de un hecho notable que en él hicieron treinta Españoles.

Para pasar este rio era menester hacer una puente de madera; y habiendo tratado el Gobernador con el curaca la mandase hacer á sus Indios, salieron un dia á ver el sitio donde podria hacerse. Andando ellos trazando la puente, salieron mas de quinientos Indios flecheros de entre unas matas que habia de la otra parte del rio, y diciendo á grandes voces: puente quereis ladrones, holgazanes, advenedizos, no la vereis hecha de nuestras manos, echaron una rociada de flechas hácia do estaban

el Cacique y el Gobernador, el qual le preguntó ¿cómo permitia aquella desvergüenza habiéndose dado por amigo? Respondió, que no era en su mano remediarla, porque muchos de sus vasallos, por haberle visto inclinado á la amistad y servicio de los Españoles, le habian negado la obediencia y perdido el respeto, como al presente lo mostraban, de que él no tenia culpa.

A la grita que los Indios levantaron al tirar de las flechas, arremetió un lebrel que un page del Gobernador llevaba asido por el collar, y arrastrando al page lo derribó por tierra, se hizo soltar, y se arrojó al agua: y por muchas voces que los Españoles le dieron no quiso volver atrás. Los Indios, yendo nadando el perro, lo flecharon tan diestramente, que en la cabeza y en los hombros que llevaba descubiertos, le clavaron mas de cincuenta flechas, y con

todas ellas llegó el perro á tomar tierra, mas en saliendo del agua cayo luego muerto: de que al Gobernador y á todos los suyos pesó mucho, porque era pieza rarisima, y muy necesaria para la conquista, en la qual, en lo poco que duró, habia hecho en los Indios enemigos de noche y de dia suertes de no poca admiracion, de las quales contarémos solo una, que por ella se verá que tal fue.

CAPITULO XXXIII.

Otros sucesos que acaecieron en la provincia Ocali.

En los seis dias que el Cacique Ocali estuvo retirado en los montes, antes que saliese de paz, tenia el Gobernador cuidado de enviarle cada dia tres y quatro mensageros con recaudos de amistad, para que el Indio viese que no se olvidaba de él,

los quales volvian con la respuesta que el curaca les daba. Con un mensagero de estos vinieron quatro Indios mozos, gentiles hombres, con muchas plumas sobre la cabeza, que son la mayor gala que ellos traen, los quales no venian á otra cosa mas de á ver el exército de los Españoles, y á notar que gente era la nuevamente venida, qué disposicion en sus personas, qué manera de vestidos, qué armas, qué animales eran los caballos, con los quales tanto los habian asombrado: en suma, ellos venian á certificarse ó á desengañarse de las bravezas que de los Españoles habian oido contar.

El Gobernador, habiéndolos recibido con afabilidad, porque supo que eran hombres nobles y curiosos, que solo venian á ver su exército, habiéndoles dado algunas dádivas de las cosas de España, por atraerlos á su amistad, y con ellos al

Cacique, mandó que los llevasen á otra parte de su alojamiento, y les diesen de merendar.

Los Indios, estando comiendo en toda quietud, quando mas descuidados sintieron los Castellanos, se levantaron todos quatro juntos, y á todo correr fueron al monte, tan ligeros que dexaron á los christianos bien desconfiados de alcanzarlos á pie, pues no los siguieron ni á caballo, porque no los tenian á mano.

El lebrel que acertó á hallarse cerca, oyendo la grita que daban á los Indios, y viéndolos huir los siguió; y como si tuviera entendimiento humano pasó por el primero que alcanzó, y tambien por el segundo y tercero hasta llegar al quarto, que iba delante, y echandole mano de un hombro, lo derribó y lo tuvo caido en el suelo. Entre tanto llegó el Indio que iba mas cerca, y como el perro vió que pasaba delan-

te, soltó al que tenia, y asió al que se le iba, y habiéndole derribado aguijó tras el tercero, que ya habia pasado delante, y haciendo de él lo mismo que de los dos primeros, fue al quarto que se le iba, y dando con él en tierra volvio sobre los otros, y anduvo entre ellos con tanta destreza y maña, y soltando al que derribaba, prendiendo y derribando al que se levantaba, y amedrentandoles con grandes ladridos al tiempo del echarles mano, que los embarazó y detuvo, hasta que llegó el socorro de los Españoles que prendieron los quatro Indios, y los volvieron al Real: y apartados cada uno de por sí les preguntaron la causa de haberse huido tan sin ocasion, temiendo no fuesen contraseña de algun trato doble que tuviesen armado. Respondieron todos quatro concordando en uno, que no lo habian hecho por otra cosa sino por vana

imaginacion que les habia dado de parecerles que seria gran hazaña y prueba de mucha gallardia y ligereza si de aquella suerte se fuesen de enmedio de los Castellanos, del qual hecho hazañoso pensaban gloriarse despues entre los Indios, por haber sido al parecer de ellos victoria grande, la qual les habia quitado de las manos el lebrel bruto, que así llamaban al perro.

En este lugar Juan Coles, habiendo contado algunos pasos de los que hemos dicho, cuenta otra hazaña particular del lebrel bruto, y dice: Que en otro rio antes de Ocali, estando Indios y Españoles á la ribera de él hablando en buena paz, un Indio temerario, como lo son muchos de ellos, dió con el arco á un Castellano un gran palo sin proposito alguno, y se arrojo al agua, y en pos de el todos los suyos, y que el lebrel que estaba cerca, viendo el

hecho se arrojo tras ellos, y aunque alcanzó otros Indios dice, que no asió de alguno de ellos hasta que llegó al que habia dado el palo, y echándole mano lo hizo pedazos en el agua.

De estas ofensas y de otras que Bruto les habia hecho, guardando el exército de noche, que no entraba Indio enemigo que luego no lo degollase, se vengaron los Indios con matarle como se ha dicho, que por tenerle conocido por estas nuevas, le tiraban de tan buena gana, mostrando en el tirarle la destreza que tenian en sus arcos y flechas.

Cosas de grande admiracion han hecho los lebreles en las conquistas del Nuevo Mundo, como fue becerrillo en la isla de San Juan de Puerto Rico, que de las ganancias que los Españoles hacian, daban al perro, o por él a su dueño, que era un arcabucero, parte y media de arca-

bucero, y á un hijo de este lebrel llamado leoncillo, le cupo de una partija quinientos pesos en oro, de las ganancias que el famoso Vasco Nuñez de Balboa hizo despues de haber descubierto la mar del Sur.

CAPÍTULO XXXIV.

Hacen los Españoles una puente: pasan el rio de Ocali: llegan á Ochile.

Viendo el Gobernador el poco respeto y menos obediencia que los Indios tenian á su Cacique Ocali, y que para el hacer de la puente ni para otro efecto alguno le aprovechaba poco o nada el tenerlo consigo, acordo darle libertad, para que se fuese á los suyos, porque los demas Señores de la comarca no se escandalizasen, entendiendo que lo detenian contra su voluntad; y así

le llamó un dia y le dixo, que siempre le habia tenido en libertad, y tratadole como á amigo, y que no queria que por su amistad perdiese con sus vasallos, ni que ellos pensando que lo tenian preso se amotinasen mas de lo que estaban. Por tanto le rogaba se fuese á ellos quando quisiese, y volviese quando le pluguiese, ó no volviese como mas gusto le diese, que para todo le daba libertad.

El curaca la tomó alegremente diciendo, que solo por reducir sus vasallos á la obediencia del Gobernador queria volver á ellos, para que todos viniesen á servirle, y quando no pudiese atraerlos, volveria solo por mostrar el amor que al servicio de su Señoria tenia. Con esta promesa hizo otras muchas, mas ninguna cumplió, ni volvió como habia prometido, que de los prisioneros que debaxo de sus palabras sa-

len de la prision, pocos han hecho lo que Atilo Régulo.

Habiéndose ido el Cacique, los Españoles por industria de un ingeniero ginovés, llamado Maese Francisco, trazaron la puente por geometria, y la hicieron de grandes tablones echados sobre el agua, asidos con gruesas maromas que para semejantes necesidades llevaban prevenidas. Trababan y encadenaban las tablas con largos y gruesos palos, que cruzaban por cima de ellas, que como habia tanta madera en aquella tierra, á pedir de boca gastaban la que querian, con lo qual en pocos dias se acabó la obra de la puente, y salió tan buena, que hombres y caballos pasaron por ella muy á placer.

El Gobernador, antes que pasasen el rio, mandó á los suyos, que puestos en emboscadas prendiesen los Indios que pudiesen, para llevar

quien los guiase, porque esos pocos que habian venido á servir los Castellanos se huyeron con la ida del Cacique. Prendieron treinta Indios entre chicos y grandes, á los quales con halagos, dádivas y promesas, y por otra parte con grandes amenazas de cruel muerte si no hacian el deber, los hicieron que los guiasen en demanda de otra provincia que está de la de Ocali diez y seis leguas. Las quales aunque estaban despobladas eran de tierra apacible, llena de mucha arboleda y arroyos que por ella corrian, muy llana y fértil si se cultivase.

Las ocho leguas primeras anduvo el exército en dos dias; y el dia tercero, habiendo caminado la media jornada, se adelantó el Gobernador con cien caballos y cien infantes, y caminando el resto del dia y toda la noche siguiente, dio al amanecer en un pueblo llamado Ochi-

le, que era el primero de una gran provincia que habia por nombre Vitachuco. Esta provincia era muy grande, tenia por donde los Españoles pasaron mas de cincuenta leguas de camino: tenianla repartida entre si tres hermanos, el mayor de ellos se llamaba Vitachuco, como la misma provincia y el pueblo principal de ella, que adelante veremos, el qual señoreaba la mitad, como de diez partes las cinco. El segundo, cuyo nombre por haberse ido de la memoria no se pone aquí, poseia de las otras cinco las tres, y el menor, que era Señor de este pueblo Ochile, y del mismo nombre, tenia las dos partes. Porque causa, ó como hubiese sido este repartimiento no se supo; porque en las demas provincias que estos Castellanos anduvieron, las heredaban los primogenitos, como se heredan los mayorazgos sin dar parte á los segundos. Pu-

do ser que estas partes se hubiesen juntado por casamiento que se hubiesen hecho con aditamento que se volviesen á dividir en los hijos, ó que parientes que hubiesen muerto sin herederos forzosos las hubiesen dexado a los padres de estos tres hermanos con la misma condicion, que se dividiesen en los sucesores, porque hubiese memoria de ellos: que el deseo de la inmortalidad conservada en la fama, por ser natural al hombre, lo hay en todas las naciones por barbaras que sean.

Pues como deciamos, el Adelantado llegó al amanecer al pueblo Ochile, que era de cincuenta casas grandes y fuertes, porque era frontera y defensa contra la provincia vecina que atrás quedaba, que era enemiga, que en aquel reyno casi todas lo son unas de otras. Dió de sobresalto en el pueblo: mandó tocar los instrumentos musicales de la

guerra, que son trompetas, pifanos y atambores, para con el ruido de ellos causar mayor asombro. Prendieron muchos Indios que con la novedad del estruendo salian pavoridos de sus casas á ver que era aquello que nunca habian oido. Acometieron la casa del curaca, que era hermosisima: toda ella era una sala de mas de ciento y veinte pasos de largo, y quarenta de ancho. Tenia quatro puertas á los quatro vientos principales. Al derredor de la gran sala, pegados á ella, habia por de fuera muchos aposentos, los quales se mandaban por de dentro de la sala como oficinas de ella.

En esta casa estaba el Cacique con mucha gente de guerra, que la tenia de ordinario siempre consigo, como hombre enemistado, y con el rebato acudió mucha mas gente de pueblo. El curaca mando tocar al arma, y quiso salir á pelear con los

Castellanos, mas por priesa que él y sus Indios se habian dado á tomar las armas para salir de la casa, ya los christianos les tenian ganadas las quatro puertas, y defendiéndoles la salida les amenazaban, que sino se rendian los quemarian vivos. Por otra parte les ofrecian paz, amistad y todo buen tratamiento. Mas el curaca, ni por los fieros, ni por los alhagos, quiso rendirse hasta que salido el sol le traxeron muchos de los suyos que habian preso, los quales le certificaron que los Españoles eran muchos, que no podrian prevalecer contra ellos por las armas, sino que fiase de ellos y de su amistad, porque á ninguno de los presos habian tratado mal, que se conformase con la necesidad presente, pues no tenia otro remedio.

Por las persuasiones se rindió el Cacique. El Gobernador lo recibió afablemente, y mandó que los Espa-



ñoles tratasen con mucha amistad á los Indios, y reteniendo consigo al curaca, hizo soltar libremente todos los demas Indios, de que el Señor y los vasallos quedaron muy contentos.

Alcanzada esta victoria, viendo el General que de la otra parte del pueblo, en un hermosisimo valle, habia gran poblacion de casas derramadas de quatro en quatro, y de cinco en cinco, de mas y de menos, donde habia mucho número de Indios, le pareció no era seguro esperar la noche siguiente en aquel pueblo, porque los Indios, juntándose y viendo los pocos Castellanos que eran, no se atreviesen á quitarles el curaca é hiciese n algun levantamiento con todos los Señores de la comarca; por lo qual salió del pueblo, fue donde estaban los suyos, llevó consigo el curaca, y halló alojada su gente tres leguas del pueblo: esta-

ban congojados de su ausencia, mas con su venida y la buena presa se regocijaron mucho. Con el Cacique fueron sus criados y otros muchos Indios de guerra que de su voluntad quisieron ir con él.

CAPITULO XXXV.

Viene de paz el hermano del curaca Ochile: envian embaxadores á Vitachuco.

El dia siguiente entró el exército en Ochile en forma de guerra, puestos en esquadron los de á pie y los de á caballo, tocando las trompetas, pífanos y atambores, porque viesen los Indios que no era gente con quien ellos podian burlarse. Alojado el exército, trató el Gobernador con el curaca Ochile enviase mensageros á sus dos hermanos, con recaudos de paz y amistad, porque siendo los

mensages suyos, los recibirian mejor, y darian mas crédito á sus palabras. El Cacique los envió á cada uno de los dos hermanos de por sí, con las mejores palabras y razones que supo formar, diciéndoles, como aquellos Españoles habian venido a sus tierras, y que traian deseo y animo de tener á todos los Indios por amigos y hermanos, y que iban de paso á otras provincias, y no hacian daño por do pasaban, principalmente á los que les salian á recibir de paz, que se contentaban no mas de con la comida necesaria, y que sino salian á servir, les hacian estrago en los pueblos, quemaban en lugar de leña la madera de las casas, por no ir por ella al monte, derramaban con desperdicio los bastimentos que hallaban, tomando á discrecion mas de lo que habian menester, y hacian otras cosas como en tierra de enemigos. Lo qual todo

se escusaba con admitirles la paz, que ellos ofrecian, y con mostrarseles amigos siquiera por su propio interes.

El hermano segundo, que estaba mas cerca, cuyo nombre no sabemos, respondió luego dando gracias al hermano por el aviso que le enviaba, diciendo holgaba mucho con la venida de los Castellanos á su tierra, que deseaba verlos y conocerlos, y que no iba luego con los mensageros, porque quedaba aderezando las cosas necesarias para mejor servirles, y para recibirles con la mayor fiesta y solemnidad que les fuese posible, que dentro de tres ó quatro dias iria á besar las manos al Gobernador, y á darle la obediencia. Entretanto rogaba á su hermano aceptase y confirmase la paz y amistad con los Españoles, que él desde luego los tenia por señores y amigos.

Pasados los tres dias vino el hermano de Ochile acompañado de mucha gente noble, muy lucida: besó las manos del Gobernador, habló con mucha familiaridad á los demas capitanes, ministros y caballeros particulares del exército, preguntando quien era cada uno de ellos: habiase tan desenvueltamente como si se hubiera criado entre ellos: fueron muy acariciados de los Españoles el Cacique y todos sus caballeros, porque el General y sus ministros con mucha atencion y cuidado regalaban á los curacas é Indios, que salian de paz, y á los que eran rebeldes tampoco se les hacia agravio ni daño en sus pueblos y heredades, sino era el que no se podia escusar, tomando lo necesario para comer.

El tercer hermano, que era el mayor en edad, y mas poderoso en estado, no quiso responder al recaudo que su hermano Ochile le envió,

antes detuvo los mensageros que no los dexó volver; por lo qual los dos hermanos con persuasion é instancia que el Gobernador les hizo, enviaron de nuevo otros mensageros con el mismo recaudo, añadiendo palabras muy honrosas en loor de los Españoles, diciendo que no dexase de recibir la paz y amistad que aquellos Christianos le ofrecian, porque le hacian saber que no era gente con quien se podia presumir de ganar por guerra, que por sus personas eran valentísimos, que se llamaban invencibles, y por su linage, calidad y naturaleza eran hijos del sol y de la luna, sus dioses, y como tales habian venido de allá de donde sale el sol, y que traian unos animales que llamaban caballos, tan ligeros, bravos y fuertes, que ni con la huida se podian escapar de ellos, ni con las armas y fuerzas los podian resistir.

Por lo qual, como hermanos deseosos de su vida y salud, le suplicaban no reusase de aceptar lo que tan bien le estaba, porque hacer otra cosa no era sino buscar mal y daño para sí, para sus vasallos y tierras.

Vitachuco respondió estrañisimamente, con una bravosidad nunca jamas oida ni imaginada en Indio: que cierto, si los fieros tan desatinados que hizo, y las palabras tan soberbias que dixo se pudieran escribir como los mensageros las refirieron, ningunas de los mas bravos caballeros que el Divino Ariosto y el ilustrísimo, y muy enamorado Conde Mateo Maria Boyardo, su antecesor, y otros claros poetas introducen en sus obras, igualaran con las de este Indio; de las quales, por el largo tiempo que ha pasado en medio, se han olvidado muchas, y tambien se ha perdido el orden

que en su proceder traian. Mas diranse con verdad las que se acordaren, que en testimonio cierto y verdadero son suyas las que en el capitulo siguiente se escriben: las quales envió a decir á sus dos hermanos, respondiendo á la embaxada que le hicieron.

CAPITULO XXXVI.

De la soberbia y desatinada respuesta de Vitachuco: van sus hermanos á persuadirle á la paz.

Bien parece que sois mozos, y que os falta juicio y experiencia para decir lo que acerca de esos Españoles decis. Loaislos mucho de hombres virtuosos que á nadie hacen mal ni daño, que son muy valientes é hijos del sol; y que merecen qualquiera servicio que se les haga. La prision en que os habeis metido, y el animo vil y cobarde que en ella

habeis cobrado en el breve tiempo que ha que os rendisteis á servir y ser esclavos, os hace hablar como á mugeres, loando lo que debierades vituperar y aborrecer. ¿No mirais que esos christianos no pueden ser mejores que los pasados, que tantas crueldades hicieron en esta tierra, pues son de una misma nacion y ley? ¿No advertis sus traiciones y alevosias? Si vosotros fuerades hombres de buen juicio, vierades que su misma vida y obras muestran ser hijos del diablo y no del sol y luna, nuestros dioses, pues andan de tierra en tierra matando, robando y saqueando quanto hallan, tomando mugeres é hijas agenas, sin traer de las suyas; y para poblar y hacer asiento no se contentan de tierra alguna de quantas ven y huellan: porque tienen por deleyte andar vagamundos manteniendose del trabajo y sudor ageno. Si como de-

cis fueran virtuosos, no salieran de sus tierras, que en ellas pudieran usar de su virtud, sembrando, plantando y criando para sustentar la vida, sin perjuicio ageno é infamia propia; pues andan hechos salteadores, adulteros, homicidas, sin vergüenza de los hombres ni temor de algun Dios.

Decidles que no entren en mi tierra, que yo les prometo por valientes que sean si ponen los pies en ella, que no han de salir, porque los he de consumir y acabar todos, y los medios han de morir asados, y los medios cocidos.

Esta fue la primera respuesta de Vitachuco que los mensageros traxeron, en pos de la qual envió otros muchos recaudos, que cada dia venian dos y tres Indios tocando siempre una trompeta, y decian nuevas amenazas y otros fieros mayores que los pasados. Vitachuco presumia

asombrarlos con diferentes maneras de muertes que habia de dar á los Castellanos, imaginadas en su animo feroz. Unas veces enviaba á decir, que quando fuesen á su provincia habia de hacer que la tierra se abriese y los tragase á todos. Otras veces, que habia de mandar que por do caminasen los Españoles se juntasen los cerros que hubiese, los cogiesen en medio, y los enterrasen vivos. Otras, que pasando los Españoles por un monte de pinos y otros árboles muy altos y gruesos que habia en el camino, mandariá que corriesen tan recios y furiosos vientos que derribasen los árboles, los echasen sobre ellos, y los ahogasen todos. Otras, que habia de mandar pasase por encima de ellos gran multitud de aves con ponzoña en los picos, y la dexasen caer sobre los Españoles, para que con ella se pudriesen y corrompiesen sin remedio

alguno. Otras, que les habia de atosigar las aguas, yerbas, árboles y campos, y aun el ayre; de tal manera, que ni hombre, ni caballo de los christianos pudiese escapar con la vida, porque en ellos escarmentasen los que adelante tuviesen atrevimiento de ir á su tierra contra su voluntad.

Estos desatinos, y otros semejantes envió á decir Vitachuco á sus hermanos, y á los Españoles juntamente, con los quales mostraba la ferocidad de su animo; y aunque por entonces los Castellanos rieron y burlaron de sus palabras, por parecerles disparates y boberias, como lo eran, despues, por lo que este Indio hizo, como verémos adelante, entendieron que no habian sido palabras sino ardentísimos deseos de un corazon tan bravo y soberbio como el suyo, y que no habian nacido de boberia ni de simpleza, sino de so-

bra de temeridad y ferocidad.

Con estos recaudos y otros tales que cada dia enviaba de nuevo á los Españoles, los entretuvo este curaca ocho dias, que ellos tardaron en caminar por los estados de los dos hermanos, los quales con todas sus fuerzas y buen animo servian y regalaban á los Castellanos, dándoles á entender que deseaban agradarles: por otra parte con toda instancia y solicitud trabajaban por atraer al hermano mayor á la obediencia y servicio del General; y viendo que los mensages y persuasiones que le enviaban á decir aprovechaban poco ó nada, acordaron ser ellos mismos los mensageros; y dando cuenta de esta determinacion al Gobernador, le pidieron licencia para la poner por obra, el qual la dió con muchas dadivas y ofrecimientos de amistad que llevasen á Vitachuco.

Con la presencia de los hermanos, con lo mucho que ellos de parte del Gobernador y suya le dixeron, y con saber que los Españoles estaban ya dentro de su tierra, y que podrian si quisiesen hacerle daño, le pareció á Vitachuco deponer el mal ánimo y odio que á los Castellanos tenia, guardándolo para mejor tiempo y ocasion, la qual pensaba hallar en el descuido y confianza que los Españoles tuviesen en su fingida amistad, y que entonces debaxo de ella, con mas facilidad y menos peligro que en guerra descubierta, podria matarlos todos. Con este mal proposito trocó las palabras que hasta entonces habia dicho tan asperas, en otras de mucha suavidad y blandura, diciendo á sus hermanos, que no habia entendido que los Castellanos eran gente de tan buenas partes y condicion como le decian, que ahora que estaba cer-

tificado de ellos, holgaria mucho tener paz y amistad con ellos: mas que primero queria saber qué dias habian de estar en su tierra, qué cantidad de bastimento les habia de dar quando se fuesen, y qué otras cosas habian menester para su camino.

Con este recaudo hicieron los dos hermanos un mensagero al Gobernador, el qual respondió, que no estarian mas dias de los que Vitachuco quisiese tenerlos en su tierra, ni querian mas bastimentos de los que por bien tuviese de darles, ni habian menester otra cosa, mas de su amistad, que con ella tendrian todo lo necesario.

CAPITULO XXXVII.

Vitachuco sale de paz: arma traicion á los Españoles: la comunica á los interpretes.

Con la afable respuesta que el Gobernador envió, mostró Vitachucó haber recibido contento, y para mas disimular su mala intencion, daba á entender, y publicamente decia, que de dia en dia le crecia la aficion y deseo de ver los Españoles para servirlos, como ellos mismos verian. Mandó á los suyos, los que eran nobles, que se apercibiesen para salir á recibir al Gobernador, y que en el pueblo hubiese mucho recaudo de agua, leña y comida para la gente, y yerba para los caballos; y que de los otros pueblos de su estado traxesen mucho bastimento, y lo recogiesen todo en aquel donde estaban, porque no hubiese falta de cosa al-

guna para el servicio y regalo de los Castellanos.

Juan Coles dice en su relacion, que afirmaban los Indios tener esta provincia de los tres hermanos doscientas leguas de largo.

Proveidas estas cosas salió Vitachuco de su pueblo, acompañado de sus dos hermanos, y de quinientos caballeros Indios, gentiles hombres, hermosamente aderezados, con plumages de diversas colores, sus arcos en las manos, y las flechas de las mas pulidas y galanas que ellos hacen para su mayor ornamento y gala; y habiendo caminado dos leguas, hallo al Gobernador alojado con su exèrcito en un hermoso valle. Hasta alli habia caminado el General á jornadas muy cortas, porque supo que gustaria Vitachuco de salir al camino á besarle las manos; y asi se las besó con ostentacion de toda paz y amistad; suplico al Go-

bernador le perdonase las palabras desordenadas que con mala relacion habia hablado de los Castellanos, mas que ahora que estaba desengañado, mostraria por las obras quanto deseaba servir á su Señoría y á todos los suyos, y por ella satisfaria lo que con las palabras les hubiese ofendido, y para lo hacer con mejor título dixo, que por sí y en nombre de todos sus vasallos daba á su Señoría la obediencia, y le reconocia por Señor.

El Gobernador le recibió y abrazó con mucha fidelidad, y le dixo, que no se acordaba de las palabras pasadas, porque no las habia oido para tenerlas en la memoria, que de la amistad presente holgaba mucho, y holgaria asimismo saber su voluntad para darle contento sin salir de su gusto.

El Maese de Campo, los demas capitanes de guerra, los ministros

de la hacienda de S. M., y en comun todos los Españoles hablaron á Vitachuco con muestras de alegria de su buena venida, el qual seria de edad de treinta y cinco años, de muy buena estatura de cuerpo, como generalmente lo son todos los Indios de la Florida: mostraba bien en su aspecto la bravosidad de su ánimo.

El dia siguiente entraron los Castellanos en forma de guerra en el pueblo principal de Vitachuco, llamado del mismo nombre, que era de doscientas casas grandes y fuertes, sin otras muchas pequeñas que en contorno de ellas como arrabales habia. En las unas y en las otras se aposentaron los christianos: el Gobernador, la gente de su guardia y servicio, y los tres hermanos curacas se alojaron en la casa de Vitachuco, que segun era grande hubo para todos.

Dos dias estuvieron juntos con

con mucha fiesta y regocijo los tres Caciques, y los Españoles: al dia tercero los dos hermanos curacas pidieron licencia al Gobernador y á Vitachuco para volver á sus tierras, la qual habida, con dadivas que el General les dió, se fueron en paz, muy contentos del buen tratamiento que los Españoles les habian hecho.

Otros quatro dias anduvo Vitachuco despues que sus hermanos se fueron, haciendo grandes ostentaciones en el servicio de los christianos, por descuidarlos para con mas seguridad hacer lo que contra ellos deseaba, y tenia imaginado: porque su fin é intento era matarlos á todos, sin que escapase alguno: y este deseo era en él tan ardiente y apasionado, que le tenia ciego para que no mirase y considerase los medios que tomaba para el efecto, ni los consultase con sus capitanes y criados, ni procurase otro consejo

alguno de parientes ó amigos que desapasionadamente le dixesen lo que le convenia; sino que le parecia que antes le habian de estorvar su buen hecho que ayudar en él, y que bastaba desearlo él y trazarlo por sí solo para que todo le sucediese bien; y el consejo que pidió y tomo fue de quien se lo dió conforme á su gusto y deseo, sin mirar los inconvenientes, y sin juicio ni prudencia; y huyó de los que podian darselo acertadamente: condicion es de gente confiada de sí misma, á quien sus propios hechos dan el castigo de su imprudencia, como hicieron á este Cacique, pobre de entendimiento, y falto de razon.

No pudiendo Vitachuco sufrir mas los estímulos y fuegos de la pasion, y deseo que tenia de matar los Castellanos, al quinto dia de como se habian ido sus hermanos, llamo en secreto quatro Indios que el Gober-

nador llevaba por lenguas, que como las provincias tenian diferentes lenguages, era menester casi de cada una un interprete, que de mano en mano fuese declarando lo que el primero decia. Dioles cuenta de sus buenos propositos: dixoles, que tenia determinado matar los Españoles, los quales con la mucha confianza que en su amistad tenian, segun le parecia, andaban ya muy descuidados, y se fiaban de él y de sus vasallos; de los quales dixo tenia apercibidos mas de diez mil hombres de guerra escogidos, y les habia dado orden, que teniendo las armas escondidas en un monte que estaba cerca de allí, saliesen y entrasen en el pueblo con agua, leña, yerba y las demas cosas necesarias para el servicio de los christianos; para que ellos viéndolos sin armas, y tan serviciales, se descuidasen y se fiasen del todo: y que pasados otros

dos ó tres dias, convidaria al Gobernador á que saliese al campo á ver sus vasallos, que se los queria mostrar puestos en forma de guerra, para que viese el poder que tenia, y el número de soldados con que en las conquistas que adelante hiciese le podria servir. A estas razones añadió otras, y dixo. El Gobernador, pues somos amigos, saldrá descuidado, y yo mandaré que vayan cerca de él una docena de Indios fuertes y animosos, que llegando cerca de mi esquadron le arrebaten en peso como quiera que salga, á pie ó á caballo, y den con él en medio de los Indios, los quales arremeterán entonces con los demas Españoles, que estarán desapercibidos, y con la repentina prision de su Capitan turbados, y así con mucha facilidad los prenderán y matarán. En los que prendiesen, pienso executar todas las maneras de muertes que les he en-

viado á decir por amenaza, porque vean que no fueron locuras y disparates, como las juzgaron y rieron por tales, sino verdaderas amenazas. Dixo que á unos pensaba asar vivos, á otros cocer vivos, y á otros enterrar vivos con las cabezas de fuera, y que otros habian de ser atosigados con tósigo manso, para que se viesen perdidos y corrompidos. Otros habian de ser colgados por los pies de los árboles mas altos que hubiese, para que fuesen manjar de las aves: de manera que no habia de quedar género de cruel muerte que no se executase en ellos: que les encargaba le dixesen su parecer, y le guardasen el secreto, que les prometia acabada la jornada si quisiesen quedar en su tierra, darles cargos, oficios honrosos, mugeres nobles y hermosas, y las demas preeminencias, honras y libertades que los mas nobles de su estado gozaban: y

si quisiesen volverse á sus tierras, los enviaria bien acompañados y asegurados los caminos por do pasasen, hasta ponerlos en sus casas. Mirasen que aquellos christianos los llevaban por fuerza hechos esclavos, y que los llevarian tan lejos de su patria, que aunque despues les diesen libertad no podrian volver á ella. Atendiesen demas del daño particular de ellos, al general universal de todo aquel gran reyno, que los Castellanos no iban á les hacer bien alguno, sino á quitarles su antigua libertad, hacerlos sus vasallos y tributarios, y á tomarles sus mugeres é hijas, las mas hermosas, y lo mejor de sus tierras y haciendas, imponiéndoles cada dia nuevos pechos y tributos. Todo lo qual no era de sufrir, sino de remediar en tiempo, antes que tomasen asiento, y se arraigasen entre ellos. Que les rogaba y encargaba, pues el hecho era bien co-

mun, le ayudasen con industria y consejo, y ayudasen su pretension por justa, su determinacion por animosa, y la traza y orden por acertada.

Los quatro Indios intérpretes le respondieron, que la empresa y hazaña era digna de su ánimo y valerosidad, y que todo lo que tenia ordenado les parecia bien, y que conforme á tan buena traza no podia dexar de salir el efecto como lo esperaban: que todo el reyno le quedaba en gran cargo y obligacion por haber amparado y defendido la vida, hacienda, honra y libertad de todos sus moradores, y que ellos harian lo que les mandaba, guardarian el secreto, suplicarian al sol y á la luna encaminasen y favoreciesen aquel hecho como él lo tenia trazado y ordenado, que ellos no podian servirle mas de con el animo y voluntad, que si como tenian los

deseos tuvieran las fuerzas, no tuviera su Señoria necesidad de mas criados que ellos para acabar aquella hazaña tan grande y famosa.

CAPÍTULO XXXVIII.

Vitachuco manda á sus Capitanes concluyan la traicion: pide al Gobernador salga á ver su gente.

Con gran contento interior se apartaron de su consulta el soberbio Vitachuco y los quatro Indios intérpretes. Estos, esperando verse presto libres, en grandes cargos y oficios, y con mugeres nobles y hermosas, y aquel imaginándose ya victorioso de la hazaña que tenia mal pensada, y peor trazada: ya le parecia verse adorar de las naciones comarcanas, y de todo aquel gran reyno, por los haber libertado y conservado sus vidas y haciendas:

imaginaba ya oir los loores y alabanzas que los Indios por hecho tan famoso con grandes aclamaciones le habian de dar. Fantaseaba los cantares que las mugeres y niños en sus corros, baylando delante de él habian de cantar, compuestos en loor y memoria de sus proezas, cosa muy usada entre aquellos Indios.

Ensoberbecido Vitachuco mas y mas de hora en hora con estas imaginaciones y otras semejantes, que los imprudentes y locos para su mayor mal y perdicion suelen concebir, llamó á sus capitanes, y dandoles cuenta de sus vanos pensamientos y locuras, no para que las contradixesen, ni para que le aconsejasen lo que le convenia, sino para que llanamente le obedeciesen y cumpliesen su voluntad, les dixo, que se diesen priesa á poner en execucion lo que para matar á aquellos christianos tantos dias antes les te-

nia mandado, y no le dilatasen la honra y gloria que por aquel hecho, mediante el esfuerzo y valentia de ellos, tenia alcanzada, de la qual gloria les dixo que ya él gozaba en su imaginacion: por tanto les encargaba le sacasen de aquellos cuidados que le daban pena, y le cumpliesen las esperanzas que por tan ciertas tenia.

Los capitanes respondieron, que estaban prestos y apercibidos para le obedecer y servir como á Señor que ellos tanto amaban, y dixeron que tenian aprestados los Indios de guerra para el dia que los quisiese ver juntos, que no aguardaban mas de que les señalase la hora para cumplir lo que tenia ordenado. Con esta respuesta quedó Vitachuco muy contento, y despidió á los Capitanes diciéndoles, avisaria con tiempo para lo que hubiesen de hacer.

Los quatro Indios intérpretes,

volviendo á considerar con mejor juicio lo que el Cacique les habia dicho y comunicado, les parecio la empresa dificultosa, y la victoria imposible, así por la fortaleza de los Españoles que se mostraban invencibles, como porque nunca los sentian tan mal apercibidos y descuidados que pudiesen tomarlos á traicion, ni eran tan simples que se dexasen llevar y traer como Vitachuco lo tenia pensado y ordenado: por lo qual, venciendo el temor cierto y cercano á la esperanza dudosa y alejada, porque les parecia que tambien ellos habian de morir, como participantes de la traicion, si los Castellanos la sabian antes que ellos la revelasen, acordaron mudar consejo, y quebrantando la promesa del secreto que habian de guardar, dieron cuenta á Juan Ortiz de la traicion ordenada, para que él con larga relacion de todo lo que Vitachu-

co les habia comunicado se la diese al Gobernador.

Sabia por el Adelantado la maldad y alevosia del curaca, y habiéndola consultado con sus Capitanes, les parecio disimular con el Indio, dándole á entender que ignoraban el hecho; y así mandaron á los demas Españoles, que andando recatados y sobre aviso mostrasen descuido en sí, porque los Indios no se escandalizasen. Parecióles asimismo, que el mejor y mas justificado camino para prender á Vitachuco, era el mismo que él habia imaginado para prender al Gobernador, porque cayese en sus propias redes. Para el qual efecto mandaron apercibir una docena de soldados de grandes fuerzas que fuesen con el General, para que prendiesen al Cacique el dia que él convidase al Gobernador que saliese á ver su exército. Con estas cosas apercibidas en secreto estuvieron

los Castellanos á la mira de lo que Vitachuco hacia de sí.

El qual, venido el dia por él tan deseado, habiendo apercibido todo lo que para salir con su mala intencion le pareció ser bastante y necesario, llegó luego por la mañana al Gobernador, y con mucha humildad y veneracion le dixo: suplicaba á su Señoria tuviese por bien hacer una gran merced y favor á él y á todos sus vasallos de salir al campo, donde le esperaban para que los viese puestos en esquadron en forma de batalla, para que favorecidos con su vista y presencia, todos quedasen obligados á servirle con mayor ánimo y prontitud en las ocasiones que adelante en servicio de su Señoria se ofreciesen, y que gustaria que los viese de aquella manera en forma de guerra, para que conociese la gente, y viese el numero con que podria servirle, y tambien pa-

ra que viese si los Indios de aquella tierra sabian hacer un escuadron como las otras naciones, de quien habia oido contar que eran diestros en el arte militar.

El Gobernador con semblante de ignorancia y descuido respondió, holgaria mucho verlos como lo decia, y que para mas hermosear el campo, y para que los Indios tuviesen asimismo que ver, mandaria saliesen los Españoles caballeros é infantes puestos en sus esquadrones, para que unos con otros como amigos escaramuzasen y se holgasen, exercitándose en las burlas para las veras.

El curaca no quisiera tanta solemnidad y aparato, mas con la obstinacion y ceguera que en su ánimo tenia de que habia de salir con aquel hecho, no rehusó el partido, pareciéndole que el esfuerzo y valentia propia, y la de sus vasallos,

bastaria á vencer y desbaratar los Castellanos, por mas apercibidos que fuesen.

CAPITULO XXXIX.

Prenden á Vitachuco: rompimiento de batalla que hubo entre Indios y Españoles.

Habiéndose pues ordenado la gente de una parte y otra como se ha dicho, salieron los Españoles hermosamente aderezados, armados y puestos a punto de guerra en sus esquadrones, divididos los caballeros de los infantes. El Gobernador, por mas fingir que no sabia la traicion de los Indios, quiso salir á pie con el curaca.

Cerca del pueblo habia un gran llano. Tenia á un lado un monte alto y espeso que ocupaba mucha tierra, al otro dos lagunas. La primera

era pequeña, que bojaba una legua en contorno, limpia de monte y cieno, empero tan honda que á tres ó quatro pasos de la orilla no se hallaba pie. La segunda, que estaba mas apartada del pueblo, era muy grande: tenia de ancho mas de media legua, y de largo parecia un gran rio, que no sabian donde iba á parar. Entre el monte y estas dos lagunas pusieron sus esquadrones los Indios, quedándoles á mano derecha las lagunas, y á la izquierda el monte. Serian casi diez mil hombres de guerra, gente escogida, valientes y bien dispuestos: sobre las cabezas tenian unos grandes plumages, que son el mayor ornamento de ellos, aderezados y compuestos de manera que suben media braza en alto: con ellos parecen los Indios mas altos de lo que son.

Tenian sus arcos y flechas en el suelo cubiertas con yerba, para dar

á entender que como amigos estaban sin armas. El esquadron tenian formado en toda perfeccion militar, no quadrado, sino prolongado, las hileras derechas y algo abiertas con dos cuernos á los lados de sobresalientes, puestos en tan buena orden que cierto era cosa hermosa a la vista. Esperaban los Indios á Vitachuco, su Señor, y á Hernando de Soto que saliesen á los ver. Los quales salieron á pie, acompañados de cada doce de los suyos, ambos con un mismo ánimo y deseo el uno contra el otro. A mano derecha del Gobernador iban los escuadrones de los Españoles: el de la infanteria arrimado al monte, y la caballeria por medio del llano.

Llegados el Gobernador y el Cacique al puesto donde Vitachuco habia dicho daria la seña para que los Indios prendiesen al General; el General la dio primero, porque su con-

trario, que llevaba el mismo juego, no le ganase por la mano, que por ella se habia de ganar este envite que entre los dos iba hecho. Hizo disparar un arcabuz, que era seña para los suyos. Alonso de Carmona dice que la seña fue toque de trompeta: pudo ser lo uno y lo otro.

Los doce Españoles que iban cerca de Vitachuco le echaron mano, y aunque los Indios que entre ellos iban quisieron defenderle, y se pusieron á ello, no pudieron librarlo de prision.

Hernando de Soto, que secretamente iba armado, y llevaba cerca de sí dos caballos de rienda, subiendo en uno de ellos, que era rucio rodado, y le llamaban Aceytuno, porque Mateo de Aceytuno, (de quien atrás diximos habia ido á reedificar la Habana, el qual se quedó en ella por Alcayde de una fortaleza que habia de fundar, que es

la que hoy tiene aquella ciudad y puerto, que la fundo este caballero, aunque no en la grandeza y magestad que ahora tiene) se lo habia dado, y era un bravísimo y hermosísimo animal, digno de haber tenido tales dueños, subiendo pues el Gobernador en él, arremetió al esquadron de los Indios, y por él entró primero que otro alguno de los Castellanos, así porque iba mas cerca del esquadron, como porque este valiente Capitan en todas las batallas y recuentros que de dia ó de noche en esta conquista y en la del Perú se le ofrecieron, presumia siempre ser de los primeros, que de quatro lanzas, las mejores que á las Indias occidentales hayan pasado, ó pasen, fue la suya una de ellas; y aunque muchas veces sus Capitanes se le quejaban de que ponia su persona á demasiado riesgo y peligro, porque en la conservacion de su vida y salud,

como de cabeza, estaba la de todo su exército, y aunque él viese que tenian razon, no podia refrenar su ánimo belicoso, ni gustaba de las victorias, sino era el primero en ganarlas. No deben ser los caudillos tan arriscados.

Los Indios, que á este punto tenian ya sus armas en las manos, recibieron al Gobernador con el mismo ánimo y gallardia que él llevaba, y no le dexaron romper muchas filas del esquadron, porque á las primeras que llegó, de muchas flechas que le tiraron le acertaron con ocho, y todas dieron en el caballo, que, como verémos en el discurso de la historia, siempre estos Indios procuraban matar primero los caballos que los caballeros, por la ventaja que con ellos los hacian. Las quatro le clavaron por los pechos, y las otras quatro por los costillos, dos por cada lado, con tanta destreza y fero-

cidad, que sin que menease pie ni mano, como si con una pieza de artilleria le dieran en la frente, lo derribaron muerto.

Los Españoles, oyendo el tiro del arcabuz, arremetieron al esquadron de los Indios, siguiendo á su Capitan General. Los caballos iban tan cerca de él que pudieron socorrerle antes que los enemigos le hiciesen algun otro mal. Un page suyo llamado Fulano Viota, natural de Zamora, é hijodalgo, apeándose del caballo se lo dió, y ayudó á subir en él. El Gobernador arremetió de nuevo á los Indios, los quales no pudiendo resistir al ímpetu de trescientos caballos juntos, porque no tenian picas, volvieron las espaldas sin hacer mucha prueba de sus fuerzas y valentia, bien contra la opinion que poco antes su Cacique y ellos de si tenian, que les parecia imposible que tan pocos Españoles

venciesen á tantos y tan valientes Indios como ellos presumian ser.

Rompido el esquadron, huyeron los Indios á las guaridas que mas cerca hallaron. Una gran vanda de ellos entró en el monte, donde salvaron sus vidas: otros muchos se arrojaron en la laguna grande, donde escaparon de la muerte: otros, que eran de retaguarda, y tenian lejos las guaridas, fueron huyendo por el llano adelante, donde alanceados murieron mas de trescientos, y fueron presos algunos, aunque pocos.

Los de la vanguardia, que eran los mejores, y como tales en las batallas suelen pagar siempre por todos, fueron mas desdichados, porque recibieron el primer encuentro, y el mayor ímpetu de los caballos; y no pudiendo acogerse al monte ni á la laguna grande, que eran las mejores guaridas, se arrojaron en la pequeña mas de novecientos de ellos.

Este fue el primer lance de las bravosidades de Vitachuco: el recuentro sucedio á las nueve ó diez de la mañana.

Los Españoles siguieron el alcance por todas partes hasta entrar en el monte, y en la laguna grande, mas viendo que toda la diligencia que hacian no les valia para prender siquiera un Indio, se volvieron todos, y acudieron á la laguna pequeña, donde, como diximos, se habian echado mas de novecientos Indios, á los quales, para que se rindiesen, combatieron todo el dia, mas con las amenazas y asombros que no con las armas: tirabanles con las ballestas y arcabuces para amedrentarlos y no para matarlos; porque como á gente casi rendida, que no se les podia huir, no les querian hacer mal.

Los Indios no cesaron todo el dia de tirar flechas a los Castellanos, hasta que se les acabaron, y

para poderlas tirar desde el agua, porque no podian hacer pie, se subia un Indio sobre tres ó quatro de ellos, que andaban juntos nadando, y en peso hasta que gastaba las flechas de toda su quadrilla; de esta manera se entretuvieron todo el dia sin rendirse alguno.

Venida la noche, los Españoles cercaron la laguna, poniéndose á trechos de dos en dos los de á caballo, y de seis en seis los infantes, los unos cerca de los otros, porque con la obscuridad de la noche no se le fuesen los Indios. Asi los estuvieron molestando sin dexarles poner los pies en la orilla, y quando los sentian cerca de ella, les tiraban para que se alejasen, y cansados del nadar se rindiesen mas aina: amenazabanles por una parte con la muerte si no se rendian, y por otra les convidaban con el perdon, paz y amistad á los que quisiesen recibirla.

CAPITULO XL.

Espacioso rendirse de los Indios vencidos : constancia de siete de ellos.

Por mucho que los Castellanos afligieron los Indios que estaban en la laguna, no pudieron hacer tanto que ellos no mostrasen el ánimo y esfuerzo que tenian : que aunque reconocian el trabajo y peligro en que estaban, sin esperanza de ser socorridos, elegian por menos mal la muerte que mostrar flaqueza en aquella adversidad.

Con esta pertinacia se estuvieron hasta las doce de la noche, que no hubo alguno de ellos que quisiese rendirse, y habian pasado catorce horas de tiempo que estaban en el agua. De allí adelante, por las muchas persuasiones de Juan Ortiz, de los quatro Indios intérpretes que

con él estaban, y por las promesas y juramentos que les hacian asegurándoles las vidas, empezaron á salir los mas flacos, á darse de uno en uno, y de dos en dos tan remisamente, que quando amaneció no habia cincuenta Indios rendidos. Por la persuasion de estos, viendo los que quedaban en el agua que no los habian muerto, ni hecho otro mal, antes como ellos decian, los trataban bien, se dieron en mayor número, aunque con tanta dilacion y tan por fuerza, que muchos de cerca de la orilla se volvian á lo fondo de la laguna, mas el amor de la vida volvia á sacarlos de ella.

De esta manera anduvieron recelando la salida, y el rendirse hasta las diez del dia: entonces se dieron juntos los que habian quedado, que serian como doscientos hombres, habiendo pasado veinte y quatro horas de tiempo que habian andado na-

dando en el agua. Era gran lastima verlos salir medio ahogados, hinchados de la mucha agua que habian bebido, traspasados del trabajo, hambre, cansancio y falta de sueño que habian padecido.

Solo siete Indios quedaron en la laguna, tan pertinaces y obstinados, que ni los ruegos de las lenguas intérpretes, ni las promesas del Gobernador, ni el exemplo de los que se habian rendido fueron parte para que ellos hiciesen lo mismo: antes parecia que mostraban haber cobrado el ánimo que los demas habian perdido, y querian morir y no ser vencidos. Así esforzándose como mejor pudieron, respondieron á lo que les decian, que ni querian sus promesas, ni temian sus amenazas, ni la muerte.

Con esta constancia y fortaleza estuvieron hasta las tres de la tarde, y estuvieran hasta acabar la vi-

da, sino que á aquella hora, pareciéndole al Gobernador inhumanidad dexar perecer hombres de tanta magnanimidad y virtud, que aun en los enemigos nos enamora, mandó á doce Españoles, grandes nadadores, que llevando las espadas en las bocas, á imitacion de Julio Cesar, en Alexandria de Egipto, y de los pocos Españoles que haciendo otro tanto en el rio Albis vencieron al Duque de Saxonia, y á toda su liga, entrasen en la laguna y sacasen los siete valerosos Indios que en ella estaban. Los nadadores entraron en el agua, y asiéndolos, qual por pierna, brazo ó cabellos, los sacaron arrastrando hasta echarlos en tierra, mas ahogados que vivos, que casi no sentian de sí. Quedaron tendidos en el arena tales, quales se puede imaginar estarian hombres que habia casi treinta horas que sin haber puesto los pies en tierra, á lo que pare-

ció, ni haber recibido otro algun alivio, habian andado contrastando con el agua : hazaña por cierto increible, y que yo no osara escribirla si la autoridad de tantos caballeros y hombres grandes que en Indias y en España, hablando de ella y de otras que en este descubrimiento vieron, no me la certificaran, sin la autoridad y verdad de el que me dió la relacion de esta historia, que en toda cosa es digno de fe.

Y porque nombramos al rio Albis, será razon no pasar adelante, sin referir un dicho muy católico que el Maese de Campo Alonso Vivas, hermano del buen doctor Luis Vivas, á cuyo cargo quedó la guarda de la persona del Duque de Saxonia, dixo despues de aquella rota : y fue, que hablandose un dia delante de aquel grosisimo y fiero Saxon de muchos milagros que las imagines de nuestra Señora en diversas partes

del mundo habian hecho, el Duque, como hombre atosigado de las heregias de Martin Lutero, dixo estas palabras: En una villa de las mias habia una imagen de Maria, y decian que hacia milagros: yo la hice echar en el rio Albis, mas no hizo milagro alguno. El Maese de Campo, lastimado de tan malas palabras, salió con gran presteza y dixo: ¿qué mas milagro quereis Duque, que haberos perdido vos en ese mismo rio de la manera que os perdisteis, tan en contra de vuestras esperanzas, y las de toda vuestra liga? El Duque baxó el rostro hasta hincar la barba en el pecho, y no la alzo mas en todo aquel dia, ni salió de su aposento en otros tres de corrido y avergonzado de que el católico Español hubiese convencido su infidelidad y su heregia, probando haber hecho aquella imagen de nuestra Señora milagro en su misma per-

sona, y haberlo él experimentado en su propio daño. Este cuento y otros muchos de aquellos tiempos, y de otros mas atras y mas adelante, me conto Don Alonso de Vargas, mi tio, que se halló presente á él, y sirvio en toda aquella jornada de Alemania con oficio de Sargento mayor, con un tercio de Españoles, llamándose Francisco de Plasencia, y despues fue capitan de caballos.

Los Españoles, movidos de lástima y compasion del trabajo que los siete Indios pasaron en el agua, y admirados de la fortaleza y constancia de animo que mostraron, los llevaron á su alojamiento, y los hicieron todos los beneficios posibles para revocarlos a esta vida: con los quales, y con su buen ánimo, volvieron en sí en toda la noche siguiente, que segun escaparon los tristes fue menester todo este tiempo.

Venida la mañana, el Goberna-

dor mandó llamarlos, y con muestra de enojo, mandó preguntarles la causa de su pertinacia y rebeldia, que viéndose quales estaban, y sin esperanza de socorro, no quisiesen rendirse como lo habian hecho los demas sus compañeros. Los quatro de ellos eran hombres de á treinta y cinco años, poco mas ó menos, y respondieron hablando á veces, ya el uno ya el otro, y tomando este la razon, donde aquel, por turbarse y no acertar á salir con ella, la dexaba: otras veces ayudaba uno de los que callaban con la palabra, que el que iba hablando no acertaba á decir, que es estilo de los Indios ayudarse unos á otros en los razonamientos que tienen con personas graves, ante quien temen turbarse.

Guardando pues su estilo estos quatro Indios, respondieron al Gobernador muchas y largas razones, por las quales en suma se entendió

que habian dicho lo siguiente: Que bien habian visto el peligro en que estaban de perder sus vidas, y la desconfianza que tenian de ser socorridos, mas que con todo eso les habia parecido, y lo tenian por cosa muy cierta, que en ninguna manera cumplian en rendirse con la obligacion de los oficios y cargos militares que exercitaban, porque habiendo sido elegidos en la prosperidad por su Principe y Señor, honrados y aventajados con nombres é insignias de capitanes, porque los tuvo por hombres de fortaleza, ánimo y constancia, era justo que en la adversidad satisfacieran á la obligacion de los oficios, mostraran no haber sido indignos de ellos, y dieran a entender a su curaca y señor no haberse engañado en la eleccion que de ellos habia hecho.

Querian asimismo, demas de haber cumplido con las obligaciones mi-

litares, y con lo que á su señor debian, dexar exemplo a sus hijos, sucesores, y á todos los soldados y hombres de guerra, como se hubiesen de haber en casos semejantes, principalmente á los puestos y constituidos por capitanes y superiores de otros, cuyos hechos de ánimo y fortaleza, ó de flaqueza y cobardia, eran mas notados, para los honrar ó vituperar, que los de la gente plebeya, soez y baxa, que no tenian honra, ni cargo con quien cumplir.

Por todo lo qual, con haber pasado lo que su señoria habia visto, en haber quedado con las vidas, no quedaban satisfechos que hubiesen hecho el deber, ni cumplido con las obligaciones de capitan y caudillo, por tanto fuera para ellos mayor merced y honra haberles dexado morir en la laguna que no haberles dado la vida; y asi no dexando de reconocer el beneficio que les habia

hecho, suplicaban á su Señoría mandasen quitarsela, porque con grandísima vergüenza y afrenta vivirian en el mundo, y jamas osarian parecer ante su Señor Vitachuco, que tanto los habia honrado y estimado, sino morian por él.

CAPÍTULO XLI.

De lo que pasó al Gobernador con los tres Indios, Señores de vasallos, y con el curaca Vitachuco.

Habiendo respondido los quatro Indios capitanes lo que en el capitulo pasado se ha dicho, el Gobernador, no sin admiracion de haber oido sus razones, volvió los ojos á los otros tres que estaban callando, que eran mozos de poca edad, que ninguno de ellos pasaba de los diez y ocho años, y eran hijos de señores de

vasallos de la comarca y vecindad de Vitachuco, sucesores de los estados de sus padres, y por oir lo que dirian les dixo: Que por que ellos no siendo capitanes, ni teniendo la obligacion que aquellos quatro, habian permanecido en la misma obstinacion y pertinacia. Los mozos, con un animo ageno de prisioneros, y con semblante grave, como si estuvieran libres, ayudándose uno a otro en sus razones, respondieron en su lenguage las palabras siguientes, que interpretadas en la castellana dicen así.

El principal intento que nos sacó de las casas de nuestros padres, cuyos hijos primogenitos somos, y herederos que habiamos de ser de sus estados y señorios, no fue derechamente el deseo de tu muerte, ni la destruccion de tus capitanes y exército, aunque no se podia conseguir nuestra intencion sin daño

tuyo y de todos ellos. Tampoco nos movió el interés que en la guerra se suele dar á los que en ella militan, ni la ganancia de los sacos que en ella suele haber de los pueblos y exércitos vencidos: ni salimos por servir á nuestros principes, para que agradados y obligados con nuestros servicios, adelante nos hiciesen mercedes, conforme á nuestros méritos. Todó esto faltó en nosotros, que nada de ello habiamos menester.

Salimos de nuestras casas con deseo de hallarnos en la batalla pasada, solo por codicia y ambicion de honra y fama, por ser como nuestros padres y maestros nos han enseñado, la que en las guerras se alcanza de mayor valor y estima que otra alguna de este mundo. Con esta nos convidaron, é incitaron nuestros vecinos y comarcanos, y por ella nos pusimos al trabajo y peligro

en que ayer nos viste; del qual por tu clemencia y piedad nos sacaste, y por ella misma somos hoy tus esclavos.

Pues como la ventura nos quitase la victoria, en la qual pensabamos alcanzar la gloria que pretendiamos, y la diese á tí, como á quien la merecia mejor, y á nosotros al contrario nos sujetase á las desventuras y trabajos que los vencidos suelen padecer, pareciónos que en estas mismas adversidades la podiamos ganar, sufriéndolas con el propio ánimo y esfuerzo que traiamos para las prosperidades, porque como nuestros mayores nos han dicho, no merece menos el vencido constante que pospone la vida por la honra de conservar la libertad de la patria y la suya, que el vencedor victorioso que usa bien de la victoria.

De todas estas cosas, y otras

muchas, veniamos doctrinados de nuestros padres y parientes: por lo qual, aunque no teniamos cargos ni oficios de guerra, nos parecia que no era nuestra obligacion menor que la de estos quatro capitanes, antes mayor y mas obligatcria, por habernos elegido la suerte para mayor preeminencia y estado, pues habiamos de ser señores de vasallos, á los quales queriamos dar á entender que pretendiamos suceder en los estados de nuestros padres, y antecesores, por los mismos pasos que ellos subieron á ser señores, que fueron por los de la fortaleza, constancia y otras virtudes que tuvieron, con las quales sustentaron sus estados y señorios: queriamos asimismo con nuestra propia muerte consolar á nuestros padres y parientes, muriendo por hacer el deber, mostrando ser sus deudos é hijos.

Estas fueron las causas, inven-

cible capitan, de habernos hallado en esta empresa, y tambien lo han sido de la rebeldía y pertinacia que dices que hemos tenido, si asi se puede llamar el deseo de la honra y fama, y el cumplimiento de nuestra obligacion y deuda natural. La qual, conforme á la mayor calidad y estado, es mayor en los principes, señores y caballeros, que en la gente comun.

Si basta esto para nuestro descargo, perdonanos, hijo del sol, que nuestra obstinacion no fue por desacatarte, sino por lo que has oido: y sino merecemos perdon, ves aqui nuestras gargantas, hagase de nuestras vidas lo que mas te agradare, que tuyos somos, y al vencedor nada le es prohibido.

Muchos de los Españoles circunstantes, oyendo las últimas palabras, viendo mozos tan nobles y de tan poca edad puestos en tal aflic-

cion, y que acertasen á hablar de aquella suerte, no pudieron abstenerse de mostrar compasion y ternura hasta descubrirla por los ojos, y el Gobernador, que asimismo era de animo piadoso, tambien se enterneció, y levantándose á ellos, como si fueran propios hijos, los abrazó a todos tres juntos, y despues á cada uno de por sí, y entre otras palabras de mucho amor les dixo: que en la fortaleza que en la guerra habian tenido, y en la discrecion que fuera de ella habian mostrado, daban á entender muy claramente ser quien eran, y que los tales hombres merecian ser señores de grandes estados, que se holgaban mucho de haberlos conocido y librado de la muerte, y holgaria asimismo ponerlos presto en libertad, que se alegrasen y perdiesen la pena que por su adversidad podian tener.

Dos dias la tuvo el Gobernador

consigo despues de esta plática, haciéndoles todo regalo y caricia, sentándolos á comer á su mesa, por atraer á sus padres á su amistad y devocion, la qual honra los mozos estimaron en mucho. Pasados los dos dias, con dádivas de lienzos, paños, sedas, espejos y otras cosas de España, que les dio para sus padres y madres, los envió á sus casas, acompañados de algunos Indios que entre los que habia preso se hallaron suyos, y les mando dixesen á sus padres, quan buen amigo les habia sido, y que tambien lo seria de ellos si quisiesen su amistad.

Los mozos, habiendo rendido las gracias al Gobernador, por haberles dado la vida, y por las mercedes que de presente les hacia, se fueron muy contentos á sus tierras, llevando bien que contar a ellas. A los quatro capitanes mando el Gobernador retener en prision, para repre-

henderlos juntamente con su Cacique, y así otro dia, despues de la partida de los mozos, mandó llamar á todos cinco, y con graves palabras les dixo, quan mal hecho habia sido, que debaxo de paz y amistad hubiesen tratado de matar los Castellanos, sin haberles hecho agravio alguno, por lo qual eran dignos de muerte exemplar, que sonara por todo el mundo: mas que por mostrar á los naturales de todo aquel gran reyno que no queria vengarse de sus injurias, sino tener paz y amistad con todos, les perdonaba el delito pasado, con que en lo por venir fuesen buenos amigos; y que pues él de su parte mostraba que lo era, les rogaba y encargaba, que sin acordarse de lo pasado tratasen de conservar sus vidas y haciendas, y no pretendiesen hacer otra cosa; porque si la intentasen, no les sucederia mejor que en lo pasado; y á

parte dixo al curaca otras muchas cosas con palabras muy amorosas, por mitigarle el odio y rencor que á los christianos tenia, y mandó que volviese á comer á su mesa, que hasta entonces por castigo lo habia alejado y mandado que comiese en otra parte.

Mas en Vitachuco, obstinado y ciego en su pasion, no solamente no hicieron buen efecto las razones, caricias, regalos y otras muchas cosas, que con muestra de amor el Gobernador le hizo y dixo, antes lo incitaron á mayor locura y desatino, porque avasallado de la furia y temeridad, estaba ya incapaz de consejo, y de toda razon, ingrato y desconocido al perdon y beneficios por el Gobernador hechos, y como hombre perdido, gobernandose por su pasion, no paró hasta ver su destruccion y muerte, y la de sus vasallos, como adelante verémos.

CAPITULO XLII.

Donde se responde á una objeccion.

Antes que pase adelante en nuestra historia, será bien responder á una objeccion que se nos podria poner diciendo, que en otras historias de las Indias Occidentales, no se hallan cosas hechas ni dichas por los Indios como aqui las escribimos; porque comunmente son tenidos por gente simple, sin razon ni entendimiento, y que en paz y en guerra se han poco mas que bestias, y que conforme á esto no pudieron hacer ni decir cosas dignas de memoria y encarecimiento, como algunas que hasta aqui parece que se han dicho, y adelante con el favor del Cielo dirémos; y que lo hacemos, ó por presumir de componer, ó por loar nuestra nacion, que aunque las regiones y tierras esten tan distan-

tes parece que todas son Indias.

A esto se responde primeramente, que la opinion que de los Indios se tiene es incierta, y en todo contraria á la que se debe tener, como lo nota, arguye y prueba muy bien el muy Venerable Padre Josef de Acosta en el primer capítulo del sexto libro de la historia natural y moral del nuevo orbe, donde remito al que lo quisiere ver, donde sin esto hallará cosas admirables escritas como de tan insigne maestro. Y en lo que toca al particular de nuestros Indios, y á la verdad de nuestra historia, como dixe al principio, yo escribo de relacion agena de quien lo vió y manejó personalmente, el qual quiso ser tan fiel en su relacion, que capítulo por capitulo, como se iban escribiendo, los iba corrigiendo, quitando o añadiendo lo que faltaba o sobraba de lo que él habia dicho, que ni una palabra agena por

otra de las suyas nunca las consintió; de manera que yo no puse mas de la pluma como escribiente; por lo qual, con verdad podré negar que sea ficcion mia: porque toda mi vida, sacada la buena poesía, fui enemigo de ficciones, como son libros de caballerias y otras semejantes: las gracias de esto debo dar al ilustre caballero Pedro Megia de Sevilla, por que con una reprehension que en la heroyca obra de los Cesares hace a los que se ocupan en leer y componer los tales libros, me quitó el amor que como muchacho les podia tener, y me hizo aborrecerlos para siempre.

Pues decir que escribo encarecidamente por loar la nacion, porque soy Indio, cierto es engaño; porque con mucha vergüenza mia confieso la verdad, que antes me hallo con falta de palabras necesarias para contar y poner en su punto las verdades que en la historia se me ofre-

cen, que con abundancia de ellas para encarecer las que no pasaron. Y esta falta causo la infidelidad del tiempo de mis niñeces, que faltaron escuelas de letras, y sobraron las de las armas, asi las de á pie como las de á caballo, particularmente las de la gineta; en la qual, por ser la silla con que nuestra tierra se ganó, mis condiscipulos y yo nos exercitamos desde muy muchachos, tanto que muchos de ellos, o todos, salieron famosos hombres de á caballo, y esto fue habiendo aprendido poco mas de los nominativos, de que ahora me doy por infelicisimo, aunque la culpa no fue nuestra ni de nuestros padres, sino de nuestra ventura, que no tuvo entonces mas que darnos, por ser la tierra tan recien ganada, y por las guerras civiles que luego sucedieron de los Pizarros y Almagros, hasta las de Francisco Hernandez Giron. Con las quales falta-

ron los maestros de las ciencias, y sobraron los de las armas. Ya en estos tiempos, por la misericordia de Dios, es al contrario.

Volviendo á nuestro primer proposito, que es de certificar en ley de christiano que escribimos verdad en lo pasado, y con el favor de la suma verdad, la escribirémos en lo por venir, diré lo que en este paso me pasó con el que me daba la relacion; al qual, sino lo tuviera por tan hijodalgo y fidedigno como lo es, y como adelante en otros pasos dirémos de su reputacion, no presumiera yo que escribia tanta verdad como la presumo, y certifico por tal. Digo pues, que llegando á la respuesta que hemos dicho, que los quatro Indios capitanes dieron al Gobernador, y luego á la de los tres mozos, hijos de señores de vasallos, pareciendome que las razones, conforme á la comun opinion que de los

Indios se tiene, eran mas que de Indios bárbaros, le dixe: Segun la reputacion universal en que los Indios están, no han de creer que son suyas estas razones. Respondióme: Bien sabeis que la opinion es falsa, y no hay que hacer caso de ella, antes será justo deshacerla con decir la verdad de lo que en ello hay; porque como vos mismo lo habeis visto y conocido, hay Indios de muy buen entendimiento, que en paz y en guerra, en tiempos adversos y prósperos, saben hablar como qualquiera otra nacion de mucha doctrina.

Lo que os he dicho respondieron los Indios en substancia, sin otras muchas lindezas, que ni me acuerdo de ellas, ni que me acordase las sabria decir como ellos las dixeron; tanto que el Gobernador y los que con él estabamos, nos admiramos de sus palabras y razones, mas que no de la hazaña de haberse dexado estar

nadando en el agua casi treinta horas. Y muchos Españoles leidos en historias, quando los oyeron, dixeron que parecia haber militado los capitanes entre los mas famosos de Roma quando ella imperaba el mundo con las armas, y que los mozos, señores de vasallos, parecia haber estudiado en Atenas quando ella florecia en letras morales. Por lo qual, luego que respondieron, y el Gobernador los hubo abrazado, no quedó capitan, ni soldado de cuenta que con grandísima fiesta no los abrazase, aficionados de haberles oido.

Por ende escribid con todo el encarecimiento que pudiéredes lo que os he dicho, que yo os prometo que por mucho que en loor de las generosidades y excelencias de Mucozo, y del esfuerzo, constancia y discrecion de estos siete Indios capitanes y señores de vasallos os afileis, y adelgaceis la pluma; y por mas y

mas que en las bravosidades y terriblezas de Vitachuco, y de otros principales, que adelante hallarémos, os alargueis, no llegueis donde ellos estaban en sus grandezas y hazañas.

Por todo lo qual escribid sin escrúpulo alguno lo que os digo, creanlo ó no lo crean, que con haber dicho verdad de lo que sucedió, cumplimos con nuestra obligacion, y hacer otra cosa seria hacer agravio á las partes. Todo esto, como lo he dicho, me pasó con mi autor, y yo lo pongo aquí para que se entienda y crea que presumimos escribir verdad, antes con falta de elegancia y retorica necesaria para poner las hazañas en su punto, que con sobra de encarecimiento, porque no lo alcanzo, y porque adelante en otras cosas tan grandes y mayores que verémos, será necesario reforzar la reputacion de nuestro credito, no

diré ahora mas sino que volvamos á nuestra historia.

CAPITULO XLIII.

Desatino que ordenó Vitachuco para matar los Españoles, y causó su muerte.

Los Indios que salieron rendidos de la laguna pequeña, que fueron mas de novecientos, habian quedado por órden del Gobernador presos y repartidos entre los Castellanos, para que de ellos se sirviesen como de siervos, y los tuviesen por tales, en pena y castigo de la traicion que habian cometido, lo qual se hizo solo por amedrentar y poner freno á los Indios de la comarca donde la fama del hecho pasado llegase, porque no se atreviesen á hacer otro tanto; empero con proposito de soltarlos, y darles libertad luego que saliesen de su provincia.

Pues como Vitachuco, que estaba retirado en su casa en figura de preso, supiese esto, y como el triste estuviese ciego en su pasion, y de noche y de dia no imaginase en otra cosa, sino de qué manera pudiese matar los Españoles, precipitado ya en su obstinacion y ceguera, le pareció que por ser aquellos novecientos Indios, segun la relacion de quatro pagecillos que le servian, y segun que era verdad, de los mas nobles, valientes y escogidos de toda su gente, bastarian ellos solos á hacer lo que todos juntos no habian podido, y que cada qual de ellos podria matar un Castellano, como él pensaba matar al suyo, pues poco mas ó menos eran tantos los Indios como los christianos. Persuadióse que al tiempo de acometer el hecho tendrian ventaja los Indios á los christianos, porque seria quando todos ellos estuviesen descuidados

comiendo, y tambien porque no estarian recatados de hombres rendidos, hechos esclavos y sin armas. Y como imaginó el desatino, así se precipito en él, sin advertir si los Indios estaban aprisionados ó sueltos, si tendrian armas o no, pareciéndole que como á él no habian de faltar armas, hechas de sus fuertes brazos, así las tendrian todos ellos.

De esta determinacion tan acelerada y desatinada dió cuenta Vitachuco por sus quatro pages á los mas principales de los novecientos Indios: mandóles que para el tercero dia venidero á mediodia en punto estuviesen apercibidos para matar cada uno de ellos al Español que le hubiese cabido en suerte por señor, que á la misma hora él mataria al Gobernador, y que tratasen esto con secreto, pasando el mandato de unos á otros. Y que para empezar el hecho les daba por seña una voz,

que quando matase al General daria, tan recia que se oyese en todo el pueblo. Esto mandó Vitachuco el mismo dia que el Gobernador le habia dado la reprehension, y restituidole á su amistad y gracia, para que se vea de qué manera agradecen los ingratos y desconocidos los beneficios que les hacen.

Los pobres Indios, aunque vieron el desatino que su Cacique les enviaba á mandar, obedecieron y respondieron diciendo, que con todas sus fuerzas harian lo que les mandaba, ó moririan en la empresa.

Los Indios del Nuevo Mundo tienen tanta veneracion, amor y respeto a sus Reyes y Señores, que los obedecian y adoraban, no como á hombres sino como á Dioses: que como ellos lo mandasen, tan facilmente se arrojaban en el fuego como en el agua, porque no atendian á su vida, ó muerte, sino al cum-

plimiento del precepto del señor, en el qual ponian su felicidad : y por esta religion, que por tal la tenian, obedecieron á Vitachuco tan llanamente sin replicarle palabra alguna.

Siete dias despues de la refriega y desbarate pasado, al punto que el Gobernador y el Cacique habian acabado de comer, que por hacerlo amigo le hacia el General todas las caricias posibles, Vitachuco se enderezo sobre la silla en que estaba sentado, y torciendo el cuerpo á una parte y á otra, con los puños cerrados extendió los brazos á un lado y á otro, y los volvió á recoger hasta poner los puños sobre los hombros, y de allí los volvió á sacudir una y dos veces con tanto ímpetu y violencia que las canillas y coyunturas hizo crugir, como si fueran cañas cascadas. Lo qual hizo por despertar y llamar las fuerzas para lo que pensaba hacer; que es cosa ordina-

ria, y casi convertida en naturaleza hacer esto los Indios de la Florida quando quieren hacer alguna cosa de fuerzas.

Habiéndolo pues hecho, Vitachuco se levantó en pie con toda la bravosidad y fiereza que se puede imaginar, y en un instante cerró con el Adelantado, á cuya diestra habia estado al comer, y asiéndole con la mano izquierda por los cabezones, con la derecha á puño cerrado le dió un tan gran golpe sobre los ojos, narices y boca, que sin sentido alguno como si fuera un niño lo tendió de espaldas á él, y á la silla en que estaba sentado: y para acabarlo de matar se dexó caer sobre el, dando un bramido tan recio que un quarto de legua en contorno se pudiera oir.

Los caballeros y soldados, que acertaron a hallarse á la comida del General, viéndole tan mal tratado,

y en tanto peligro de la vida por un hecho tan extraño y nunca imaginado, echando mano á sus espadas arremetieron á Vitachuco, y á un tiempo le atravesaron diez o doce de ellas por el cuerpo, con que el Indio cayó muerto, blasfemando del cielo y de la tierra por no haber salido con su mal intento.

Socorrieron estos caballeros á su Capitan en tan buena coyuntura, y con tan buena dicha, que á no hallarse presentes para valerle, ó á tardarse algun tanto con el socorro, de manera que el Indio pudiera darle otro golpe, lo acabara de matar, que el que le dió fue tan bravo que estuvo el Gobernador mas de media hora sin volver en sí, y le hizo reventar la sangre por los ojos, narices, boca, encias y labios altos y baxos, como si le diera con una gran maza. Los dientes y muelas quedaron de tal manera atormentados que

se le andaban para caer, y en mas de veinte dias no pudo comer cosa que se hubiese de mascar, sino viandas de cuchara. El rostro, particularmente las narices y labios, quedaron tan hinchados que en los veinte dias hubo bien que emplastar en ellos. Tan terrible y fuerte como hemos dicho se mostro Vitachuco para haber de morir; de donde se colizió, que los fieros y amenazas tan extrañas que de principio habia hecho; habian nacido de esta bravosidad y fiereza de ánimo, la qual por haber sido rara, no habia admitido consigo la consideracion, prudencia y consejo que los hechos grandes requieren.

Juan Coles, demas de lo que hemos dicho de la puñada, añade que derribó con ella dos dientes al Gobernador.

CAPITULO XLIV.

Extraña batalla que los Indios presos tuvieron con sus amos.

Oida la voz del Cacique, la qual como digimos habia dado á sus vasallos por seña de la desesperacion que causó su muerte, y la de todos ellos, sucedieron en el Real entre Indios y Españoles lances no menos crueles y espantables que dignos de risa; porque en oyendo el bramido del Cacique, cada Indio arremetió con su amo por le matar ó herir, llevando por armas los tizones del fuego, ó las demas cosas que en las manos tenian, que a falta de las que deseaban, convertian en armas ofensivas quanto hallaban por delante.

Muchos dieron á sus amos en la cara con las ollas de su comida, que segun las tenian hirviendo algunos salieron quemados. Otros les dieron con

platos, escudillas, jarros y cántaros. Otros con los bancos, sillas y mesas, donde las habia, y con todo lo demás que á las manos se les ofrecia, aunque no les servia mas que de mostrar el deseo que tenian de los matar, segun que cada uno podrá imaginar que pasaria en caso semejante.

Con los tizones hicieron mas daño que con otras armas, y pudo ser que los tuviesen apercibidos para este efecto, porque los mas salieron con ellos. Un Indio dió á su amo un golpe en la cabeza con un tizon, y lo derribó á sus pies, y acudiéndole con otros dos ó tres le hizo saltar los sesos: muchos Españoles sacaron desbaratadas las cejas y narices, y estropeados los brazos á tizonazos: otros alcanzaron grandes puñadas, bofetones, pedradas ó palos, cada qual segun le cupo la suerte de tan civil mercado, como den-

tro en sus casas sin pensarlo ellos se les ofreció.

Un Indio, despues de haber maltratado a palos á su amo, y hechole los hocicos á puñadas, huyendo de otros Castellanos que venian al socorro, subio por una escalera de mano á un aposento alto, llevó consigo una lanza que halló arrimada á la pared, y con ella defendio la puerta de manera que no le pudieron entrar.

A la grita acudió un Caballero deudo del Gobernador, que se decia Diego de Soto, que traía una ballesta armada, y desde el patio se puso á tirarle. El Indio, que no pretendia conservar la vida sino venderla lo mejor que pudiese, no quiso, aunque vió que el Español le apuntaba con la ballesta, huir el cuerpo, antes por tirar bien su lanza, se puso frontero de la puerta, y la desembarazo al mismo tiempo que Diego de Soto

soltaba su ballesta: no le acertó el Indio con la lanza, mas pasóle tan cerca del hombro izquierdo, que dándole con el hasta un gran varapalo, le hizo arrodillar en tierra, y hincó por ella media braza de la lanza que quedo blandeando en el suelo. Diego de Soto acertó mejor al Indio, que le dió por los pechos y le mató.

Los Españoles, vista la desvergüenza y atrevimiento de los Indios, y sabiendo quan mal parado estaba el Gobernador de la puñada, perdieron la paciencia, y dieron en matarlos y vengarse de ellos, principalmente los que estaban lastimados de los palos, ó afrentados de las bofetadas, los quales con mucha cólera mataban los Indios que topaban por delante.

Otros Españoles que no se daban por ofendidos, pareciéndoles cosa indigna de sus personas y calidad matar hombres rendidos, puestos en fi-

gura y nombre de esclavos, los sacaban a la plaza, y los entregaban á los Alabarderos de la guarda del Gobernador que en ella estaban para los justiciar, los quales los mataban con sus alabardas y partesanas. Y para que los Indios intérpretes, y otros que en el exército habia de servicio, llevados de las provincias que atrás habian dexado, metiesen prendas, y se enemistasen con los demas Indios de la tierra, y no osasen adelante huirse de los Españoles, les mandaban que los flechasen y los ayudasen á matar, y así lo hicieron.

Un Castellano llamado Francisco Saldaña, pequeño de cuerpo, y muy pulido en sí, por no matar un Indio que le habia tocado en suerte quando los dieron por esclavos, lo llevaba tras sí atado por el pescuezo á un cordel, para lo entregar á los justiciadores. El Indio, quando asomó á la plaza y vió lo que en ella pasaba,

recibió tanto corage, que asió á su amo por detrás como venia, con la una mano por los cabezones, y con la otra por la orcajadura, y levantándolo en alto como á un niño lo volvió cabeza abaxo, sin que el Castellano pudiese valerse, y dió con él en el suelo tan gran golpe que lo aturdió, y luego saltó de pies sobre él con tanta ira y rabia que hubiera de rebentarlo á coces y patadas.

Los Españoles que lo vieron, acudieron al socorro con las espadas en las manos. El Indio, quitando á su amo la que traia ceñida, salió á recibirles tan feroz y bravo, que aunque ellos eran mas de cincuenta los detuvo, haciendo de ellos una gran rueda, trayendo la espada á dos manos, con tanta velocidad de cuerpo y desesperacion de animo, que mostraba bien el deseo y ansia que tenia de matar alguno antes que lo

matasen. Los Castellanos se apartaban de él no queriendo matarle, por no recibir daño á trueque de matar un desesperado. Así anduvo el Indio cercado de todas partes, acometiendo á todos, sin que alguno quisiese acometerle, hasta que traxeron armas enastadas con que lo mataron,

Estos y otros muchos casos semejantes acaecieron en esta mas que civil batalla, donde hubo quatro Españoles muertos, y muchos malamente lastimados. Y fue buena dicha que los mas Indios estaban en cadenas y otras prisiones, que á hallarse sueltos, segun eran valientes y animosos, hicieran mas daño: mas con todo eso aunque aprisionados, tentaron hacer todo el que pudieron, por lo qual los mataron á todos sin dexar alguno á vida, que fue gran lástima.

Este fin tuvo la temeridad y soberbia de Vitachuco, nacida de su

ánimo mas feroz que prudente, sobrado de presuncion, y falto de consejo, que sin proposito alguno se causo la muerte, y la de mil y trescientos vasallos suyos, los mejores y mas nobles de su estado, por no haberse aconsejado con alguno de ellos, como lo hizo con los estraños, que como tales despues le fueron enemigos.

Tambien causó la muerte de los quatro buenos capitanes que habian escapado de la pequeña laguna, que á vuelta de los demás Indios los mataron á ellos: porque van á mal partido los cuerdos que están sujetos y obligados a obedecer y hacer lo que ordena y manda un loco, que es una de las mayores miserias que en esta vida se padece.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

Pag.

FIN DEL TOMO I.